

Historias de Gallero

Una vida en el ELN

HISTORIAS DE GALLERO UNA VIDA EN EL ELN

ANTONIO GARCÍA

Colección
Realismo y Utopía

EDITORIAL
EL COLECTIVO 
BUENOS AIRES, 2019

García, Antonio

Historias de Gallero. Una vida en el ELN / Antonio García; ilustrado por Martín Malamud; prólogo de Hernán Ouviaña. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Colectivo, 2019. 192 p.: 20 x 14 cm. - Colección Realismo y utopía

ISBN 978-987-47280-5-0

1. Literatura Colombiana. 2. Narrativa Colombiana. 3. Guerrillas. I. Malamud, Martín, ilus. II. Ouviaña, Hernán, prolog. III. Título. CDD Co860

Ilustraciones de interior y tapa: **Martín Malamud**

Diagramación interior y diseño de tapa: **Francisco Farina**

Corrección y cuidado de la edición: **Omaira Pérez y Francisco Farina**

Editorial El Colectivo

www.editorialelcolectivo.com

contacto@editorialelcolectivo.com

Facebook: Editorial El Colectivo

Twitter: @EditElColectivo

IG: @EditorialElColectivo

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 2019

EN TALLERES GRÁFICOS ELÍAS PORTER, PLAZA 1202, CIUDAD DE BUENOS AIRES, ARGENTINA



Esta edición se realiza bajo la licencia de **uso creativo compartido** o **Creative Commons**.

Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

- ÍNDICE -

Presentación a la edición colombiana <i>Por el equipo editor de Rojo y Negro Editores</i> <i>Comité de Presos Políticos Camilo Torres Restrepo</i>	07
Presentación a la edición argentina <i>Por Editorial El Colectivo</i>	09
Prólogo. Narrar (desde) la guerra -o por qué es tan importante insurgir la memoria colectiva- <i>Por Hernán Oviña</i>	13
I. Palabra de Gallero	31
II. De Mahoma a mi nuevo destino	41
III. El Viejón	49
IV. El Parque Natural	69
V. El arriendo a la Naturaleza	79
VI. Porroco	85

VII. Petele	89
VIII. La justicia de Chucho Guarapo	97
IX. Prefiero hacerme matar	101
X. La barbarie	115
XI. Requieren mi concurso	119
XII. En el guacal	133
XIII. Ángel Guardián	137
XIV. Salgar	145
XV. Cachita	149
XVI. El hueco	153
Cronología de la lucha Elena	161

Presentación a la edición colombiana

*Tomarse en serio la vida, el arte y el pensamiento
es ya una manera de oponerse a la tendencia
dominante de nuestra civilización.*

Estanislao Zuleta

Como buen contador de historias, el Comandante Antonio García torna borrosa la frontera entre sus vivencias y los relatos que escuchó y hace propios. Su estilo se corresponde perfectamente con la forma de ser *elena*, donde lo que importa es la vida colectiva, y los nombres propios, las más de las veces, se preservan en un sano anonimato. Así, por más que la primera persona guíe cada narración, estas historias constituyen, de conjunto, un gran relato coral.

Esa particularidad les da una riqueza especial a las páginas que siguen. Simpáticos personajes de pueblo, historias familiares y leyendas de la guerrilla (como el Viejón, a quien el autor dedica el libro) se entrelazan con anécdotas del campo y la lucha armada; la vida de quienes decidieron incorporarse al Ejército de Liberación Nacional (ELN) se muestra en total armonía con las comunidades que los cobijan, pero no solo eso:

la naturaleza y las especies autóctonas, también son parte fundamental de ese entramado profundo desde el cual surgen los relatos. El protagonista de la primera historia, orgullosamente criado entre riñas de gallos, concluye: «ahora pienso diferente, no es bueno hacer matar a los animales».

Esa armonía se desequilibra (en estas páginas, al igual que en la historia larga de Colombia) cuando entra en juego la violencia estatal, paramilitar y de las corporaciones transnacionales; cuando la vitalidad de los relatos combatientes contrasta con la persecución y la cárcel.

Para que los lectores disfrutemos de estos textos, el contador de historias aporta su sólida capacidad literaria. Es conocida la vocación de Antonio García por las letras. Por sus libros de poesía, llegó a ser comparado con el poeta salvadoreño Roque Dalton. En esta ocasión es su prosa fresca y precisa la que, aún sin perder el tono de la cotidianidad del habla del pueblo, convierte vivencias clandestinas en historias al alcance de todos y todas.

Los relatos se entrelazan sin que importe el protagonista en cada ocasión. Sin embargo, no son historias de ficción. Gabriel García Márquez –con quien Antonio supo conocerse e intercambiar escritos– dijo alguna vez sobre sus propios cuentos algo que bien vale para las historias que siguen: «nunca se me ha ocurrido nada ni he podido hacer nada que sea más asombroso que la realidad».

Equipo editor de **Rojo y Negro Editores**

Comité de Presos Políticos Camilo Torres Restrepo

Presentación a la edición argentina

por la Editorial El Colectivo

Acompañar la publicación de *Historias de Gallero* no fue una tarea difícil. Por el contrario, desde la Editorial El Colectivo celebramos cada oportunidad de acercarnos y divulgar la realidad colombiana en general y la experiencia insurgente en particular. En nuestros primeros pasos como proyecto editorial publicamos *Camilistas. Vigencia de una tradición revolucionaria de Nuestra América* que se nutría de entrevistas a distintos Comandantes del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia. Algunos años más tarde, desde la Colección *Pensamiento Latinoamericano* incursionamos en el universo de Orlando Fals Borda y su propuesta epistemológica de Investigación Acción Participativa publicando *Ciencia, compromiso y Cambio Social*, una antología de su obra. Tanto nos convocaba esta propuesta que decidimos bautizar con su nombre la Colección que acopia las tesis e investigaciones académicas. Luego llegó el turno de Camilo Torres Restrepo, nuestro *Profeta de la Liberación* según el título publicado en 2016, también una antología (teológica) política.

Más cercanos en el tiempo, editamos *Saber colectivo y poder popular. Tentativas sobre Orlando Fals Borda y Camilo Torres Restrepo. Polifonías del amor eficaz*. Todos estos títulos nombrados fueron proyectos que promovieron y fomentaron la coedición con distintos sellos de nuestra Patria Grande. *Historias de Gallero. Una vida en el ELN* viene a seguir construyendo este puente que nos une con Colombia y el proyecto revolucionario que construye, día a día, la insurgencia.

El desafío frente a este material radica en dónde enmarcarlo dentro de la diversidad de las colecciones que componen la Editorial. *Historias de Gallero* de Antonio García combina una cantidad de recursos y aspectos que dificulta encasillarlo: el registro narrativo, las historias en primera persona y lo coloquial de la escritura son perfectos para la Colección *Narrativa y Poesía*; la descripción de la realidad colombiana y las vivencias –y resistencias– del pueblo podrían hacer parte, sin duda, de las reflexiones acumuladas en la Colección *Pensamiento Latinoamericano*; los relatos y la organización de la defensa de los territorios y la naturaleza son dignos de la Colección *Chico Mendes*. Finalmente, entendimos que la riqueza del libro de Antonio García satisface la ambición que nos propusimos en la primera colección que fundamos como editorial, *Realismo y Utopía*: “Una colección que permita la expresión de autores y autoras que, asumiendo e integrando la experiencia viva de las luchas y de las construcciones populares, en toda su riqueza y diversidad, las fecunden con aportes analíticos, teóricos y políticos. Una colección que sirva a una militancia consciente y comprometida en la lucha por la emancipación de quienes son oprimidos, explotados, desposeídos, por un capital cada vez más depredador y destructivo. Estamos presentado una colección que no quiere

‘bajar línea’, sino dar un soporte material e ideal para contribuir al desarrollo de una nueva cultura militante y de una genuina práctica revolucionaria”.

Historias de Gallero es más que una vida en el ELN, es la vivencia de todo un pueblo que resiste, de una guerrilla que construye poder popular en los distintos territorios que organiza. Antonio García condensa de forma magistral todas estas experiencias en un lenguaje cercano y propio de quien asume, en la construcción política y en la praxis revolucionaria, una acción pedagógica.

**Narrar (desde) la guerra
-o por qué es tan importante
insurgir la memoria colectiva-**

“La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica (...) Todo rastro de iniciativa autónoma de parte de los grupos subalternos debería, por consiguiente, ser de valor inestimable para el historiador integral; de ahí resulta que semejante historia no puede ser tratada sino por monografías y que cada monografía exige un cúmulo muy grande de materiales a menudo difíciles de recopilar”

Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*

I

Las historias que componen este libro se inscriben en una larga y frondosa producción de literatura guerrillera, gestada a pulmón en las entrañas mismas de las selvas, comunidades y montañas latinoamericanas en el último medio siglo de lucha popular e insurgente. Más allá de sus particularidades, de

conjunto han tenido y tienen la extrema osadía de optar por disparar palabras, en un contexto donde las balas parecen ser las únicas que escriben destinos, anuncian proyectos o delimitan rumbos de acción.

Alguna vez Adolfo Gilly supo afirmar que “la historia comienza donde termina la memoria de las generaciones vivas: en los abuelos. Más acá, es crónica, relato, narración de testigos presenciales”. Podría pensarse que lo que se sugiere con este planteo es una férrea línea de demarcación que disocia temporalidades y mundos en función de poder brindar o no testimonio de lo acontecido, pero en realidad su apuesta de lectura se inscribe en la senda gramsciana, que busca desnaturalizar las fronteras impuestas desde arriba, para ponderar a aquellos artesanos errantes que –a contrapelo del discurso de los poderosos– hacen de la historia un campo de batalla y del registro comprometido una filosa arma de combate.

Encarnados por juglares, payadores, cantantes de corridos, cuentistas de fogón, marineros sin rumbo fijo, trovadores anónimos, campesinas y tejedoras, votanes, machis o amautas, desde tiempos inmemoriales han recogido en su andar trashumante una constelación de sentires, saberes y haceres colectivos. Su paciente labor ha permitido amalgamar pasado y presente, para revitalizar y combinar una memoria de larga y mediana duración, con el aquí y ahora de la realidad contemporánea; resguardar e interpretar, pues, los conocimientos, leyendas y sabiduría ancestral de los pueblos, con el propósito de transmitir y resignificar culturas y relatos basados en la oralidad de la palabra hablada, o bien en la transcripción al papel de un cúmulo de historias hiladas en forma subterránea y que aún no son del todo Historia.

Entre este crisol de narradores/as, acaso sea Ernesto *Che* Guevara quien haya concitado mayor trascendencia global, al punto de fungir de enorme inspiración para figuras de la talla de Jean Paul Sartre, Gabriel García Márquez, Haydée Santamaría, Roberto Fernández Retamar o Julio Cortázar. Cuenta la anécdota que un entusiasta Nicolás Guillén –en ese entonces poeta ejemplar y presidente de la UNEAC– le ofreció al *Che* en los albores de la revolución una planilla para que ingrese al gremio de escritores y artistas cubanos. A pesar de haber rechazado la invitación (más por humildad que por carecer de cualidades), lo cierto es que la literatura testimonial resultó ser lo invariante en la intensa vida guerrillera del *Che*.

Desde su afición por la escritura en aquellas primigenias y trasapeladas “notas de viaje”, donde vuelca reflexiones filosóficas y vivencias de lo más hondas de sus años de peregrinaje juvenil por lo que osa llamar América profunda, pasando por los magistrales cuentos y relatos forjados en pleno apogeo insurreccional, en los que llega a invocar a figuras como la del poeta y cuentista Horacio Quiroga o el novelista Jack London, hasta sus cuadernos de meditados apuntes y garabateadas agendas, habitadas por historias del Congo y Bolivia tan inverosímiles como auténticas. Dentro de todo este ajetreado periplo, sin duda *Pasajes de la guerra revolucionaria* es su obra más lograda.

El crítico literario Ricardo Piglia realiza una magnífica semblanza de esta faceta de Guevara, donde justamente confronta el ADN de todo guerrillero (ser una persona de acción, caracterizada por la movilidad constante) con la pausa y quietud que requiere toda lectura o escritura que se precie de tal. Si bien a primera vista pueden resultar contradictorias entre sí, en la larga tradición guerrillera de Nuestra América ambas

prácticas se han fusionado de manera sorprendente. La insurgencia colombiana ha sabido combinar esta virtud desde su génesis misma, incrementada a lo largo de décadas con la consolidación inestable de territorios propios, donde las caminatas nocturnas incesantes y el andar clandestino –terrestre y/o fluvial– por las regiones más inhóspitas del país, ha cedido paso a una vida cotidiana que, por momentos al menos, sabe transcurrir de manera serena (aunque esto nunca equivalga a sosiego absoluto ni ausencia de tensión, ya que el estado de alerta permanente es interrumpido, en ocasiones, por combates imprevistos e incluso por bombardeos indiscriminados de la aviación militar).

A nivel continental, esta mixtura entre historia política, memoria reciente y literatura testimonial ha sido sumamente prolífica. Además de los precursores y memorables trazos poéticos de los centroamericanos Roque Dalton y Otto René Castillo, uno de los libros más emblemáticos gestado al calor de la lucha guerrillera es *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, del sandinista Omar Cabezas, leído por generaciones enteras de militantes en la clave de una verdadera novela iniciática. También merece destacarse *Los días de la selva*, de Mario Payeras, comandante guatemalteco del Ejército Guerrillero de los Pobres.

Son menos conocidos, por cierto, aquellos relatos, ficciones y ensayos enhebrados por mujeres guerrilleras. Al margen de las poesías y novelas de la nicaragüense Gioconda Belli, tal vez dos de los libros más potentes sean, por un lado, *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*, escrito entre rejas por Raquel Gutiérrez Aguilar en plena noche neoliberal y como balance autocrítico, tras la breve experiencia del Ejército

Guerrillero Tupaj Katari en Bolivia; y *Ese obstinado sobrevivir. Autoetnografía de una mujer guatemalteca*, imprescindibles memorias de Aura Marina Arriola, excombatiente de las Fuerzas Armadas Rebeldes en tierras mayas.

Seguramente la naturaleza y su exuberancia, o en las antípodas el encierro y el exilio, resulten tentadores y exacerben la pulsión narrativa de cualquiera que habita/transita alguno de estos territorios en esas particulares condiciones de lucha, a pesar de los traspíes y contratiempos que los asolan (incluido el aislamiento forzado, el destierro o los infaltables zancudos y jejenes). No obstante, sería un error reducir este género a los ámbitos rurales, selváticos o montañosos. Basta pensar en Rodolfo Walsh y sus cuentos brillantes o sus memorables ensayos periodísticos, escritos en paralelo a las actividades desplegadas en las calles bonaerenses como guerrillero urbano de la organización Montoneros; o al propio Mario Payeras, retrucando aún en la clandestinidad, con su bella novela *Trueno en la ciudad*, donde relata las peripecias y combates de militantes del EGP, “dispuestos a tomar la alegría por asalto” en esas verdaderas selvas de cemento que son las metrópolis latinoamericanas.

Dentro de esta legión de escritores-guerrilleros, o más bien guerrilleros-que-escriben crónicas y relevan de manera senti-pensante su entorno vital, uno de los más recientes, originales y sarcásticos es el Subcomandante Marcos (hoy rebautizado como Galeano, tras su digno “suicidio” para ceder protagonismo al quehacer colectivo de las comunidades indígenas zapatistas, y como suele ser ley en los ejércitos de liberación, honrar con este nuevo nombre a un compañero asesinado por paramilitares). Sus virtudes literarias fueron celebradas hasta

por consagrados ensayistas como Octavio Paz, y en la infinidad de cuentos, mitos e historias que desde hace más de dos décadas nos convida, los dioses primeros dialogan y se hermanan con insurgentes en pasamontañas, y los tiempos inmemoriales del inicio del mundo relampaguean en nuestro presente de lucha, siendo las selvas y montañas chiapanecas el principal escenario narrativo. De Don Durito al Viejo Antonio, pasando por niños, jóvenes, mujeres guerrilleras, bases de apoyo y animales de lo más variados, todo se combina en estos relatos enhebrados desde la palabra ardiente.

En el caso específico del libro que presentamos, hace parte de un trabajo denodado por reconstruir la historia colectiva del ELN y de los territorios, comunidades y proyectos de los que es partícipe –y en muchas ocasiones, principal artífice– en vastas regiones de Colombia. Teniendo como antecedente o precuela a *¡Papa, son los muchachos! Así nació el Ejército de Liberación Nacional en Colombia* –redactado a cuatro manos por Nicolás Rodríguez Bautista y el propio Antonio García–, y bajo el impulso común del Colectivo de Presos Políticos “Camilo Torres Restrepo”, estas *Historias de Gallero* se enmarcan, por tanto, no solamente en toda aquella rica y digna senda forjada por un sinfín de testimonios guerrilleros a lo largo y ancho de Nuestra América, sino también en el extenso e intrincado espiral de violencia y resistencia popular que caracteriza a este país desde hace más de medio siglo.

La apuesta por el género narrativo testimonial –asentado en la producción literaria escrita, pero a la vez en la lectura militante situada, que es lo que en última instancia motiva este tipo especial de hechura, cuya materia prima son las palabras y los recuerdos candentes– es una dimensión fundamental de

la guerra irregular que se libra más allá de la selva o el monte colombiano, donde la memoria constituye una trinchera y campo de batalla de primer orden, en medio de lo que Renan Vega Cantor ha definido como “terrorismo de Estado de larga duración”. Ante la prolongación en el tiempo del sin sentido de las balas, optar por disparar lisa y llanamente palabras, caldeadas todas ellas desde el trajinar insurgente y la persistencia del conflicto social, político y armado, oficia de experiencia subversiva y de autoafirmación para sobrevivir y (re)existir a pasitos nomás del abismo. Al fin y al cabo, de eso se trata en general la vida, más aún en contextos de guerra.

II

En las *Cartas a Guinea-Bissau*, producto de su experiencia de alfabetización de adultos al calor de la revolución triunfante en este país africano, Paulo Freire lanzó un ramillete de preguntas-generadoras que vienen a cuento para ponderar el sentido de estas *Historias de Gallero*: “¿Qué conocer, cómo conocer, para qué conocer, a favor de qué y de quién conocer –y por consiguiente, contra qué y contra quién conocer– son cuestiones teórico-prácticas y no intelectualistas que la educación nos plantea en cuanto acto de conocimiento”. Estos interrogantes tienen como trasfondo implícito a una de las mayores enseñanzas de la guerra de liberación encabezada por Amílcar Cabral: todo proceso de lucha constituye siempre “un hecho cultural y un factor de cultura”.

Cada uno de los relatos escritos por Antonio García precisamente revitalizan un precepto clave que, al igual que lo planteado por estos pedagogos de la revolución en tierras africanas, subyace a toda escritura guerrillera genuina: *conocer* no

mediante la lectura librezca y desanclada del territorio, sino a partir de investigar y transformar la realidad que se habita; formándose desde lo (con)vivencial con una clara intencionalidad militante, es decir, en función de la intensa experiencia personal y colectiva que se funda en última instancia en ese *poner el cuerpo* a pleno y darlo todo por la revolución, en una guerra que es también contra el olvido.

De ahí que implique un delicado ejercicio de aprendizaje (y un desaprender) a partir de las leyendas, mitos y testimonios orales, transmitidos y recreados de generación en generación en atentas escuchas alrededor de fogones, tiernos cambuches, increíbles puestas de sol, cielos estrellados y prolongadas caminatas nocturnas; en campamentos y círculos de discusión, en canoas que navegan por ríos profundos, en la cotidianeidad de comunidades rurales, poblados perdidos, fiestas populares, ejercicios matutinos, imponentes sembradíos e infranqueables veredas, donde las y los protagonistas son casi sin excepción personajes *insignificantes*.

María Moreno, en su excelente novela *Oración* –donde reconstruye el itinerario de Rodolfo Walsh como guerrillero, padre y sensible escritor, para “jaquear el protocolo testimonial de la violencia política”– lanza una hipótesis que bien le cabe a este libro: Walsh nos habla de la importancia de dotar de centralidad, en la búsqueda de quién va a dar testimonio en los grandes relatos, a aquellas y aquellos que a los ojos del poder y del discurso hegemónico “están amenazados de insignificancia”. Ese es uno de los mayores aciertos de *Historias de Gallero*. No nos presenta una Historia oficial y complaciente del ELN, donde se glorifican comandantes y héroes impolutos en un panteón narrativo ajeno a cualquier fisura.

Pero tampoco recae en la triste “victimización” que anula e invisibiliza todo proyecto revolucionario cabal, ni por supuesto en la burda y estigmatizadora operación que parangona la lucha social, política y armada con el “terrorismo”, algo tan recurrentemente difundido y amplificado en América Latina desde las usinas mediáticas y los poderes gubernamentales, al momento de referirse a la insurgencia colombiana. Honra, sobre todo, *la memoria de los sin nombre*, que al decir de Walter Benjamin es algo más difícil de lograr que el enaltecimiento de quienes sí gozan de cierta reputación en las huestes de la izquierda radical.

En estos relatos hay luchadoras y luchadores anónimos, guardianes de la tierra, buceadores de ríos, atizadores de fuegos y asaltantes del cielo, que nunca se encuentran exentos de ambigüedades o balbucesos. Cada una de las crónicas ausculta en detalle los intersticios de selvas, afluentes y montañas, para adentrarse en la contradictoria vida diaria de esos abigarrados territorios signados por la guerra, pero también plagados de sonrisas, canciones, bailes, humedales, poesías, subiendas, temores y amores, quejidos, guacales, ciénagas, cultivos, llantos y cicatrices, cabalgatas, caseríos, semillas y nados, abrazos, complicidades e ironías, canoas, tinto, yuca, gallinas y pilatunas. En suma: hombres y mujeres de carne y hueso, que ansían como nadie la paz, pero jamás a costa de sacrificar sus sueños rebeldes de ver concretado, aquí en la tierra, el proyecto de una sociedad que tenga a la justicia social y a la dignidad como columnas vertebrales.

Orlando Fals Borda sugirió en más de una ocasión que era preciso “poner en cuarentena” aquellas formas hegemónicas y eurocéntricas a través de las cuales creemos poder conocer

e interpretar la realidad. Siguiendo a la filosofía hicotea del Caribe, proponía ejercitar a contrapelo una *epistemología anfibia*. Por eso su voluminosa *Historia doble de la Costa* puede leerse desde el contrapunteo musical que va y viene, de manera acompasada, de las tradiciones culturales, la canción popular, la literatura y el arte ribereño, a las estadísticas, los condicionamientos estructurales y el análisis sociológico. En eso consiste precisamente el diálogo de saberes, que es también de sentires y haceres diversos.

Desde esta perspectiva es que surge y se despliega en Colombia lo que el mismo Fals denomina el “complejo literario del Macondo”, donde científicos e intelectuales convergen de manera creativa con novelistas y poetas “para abrir surcos nuevos de comprensión del cosmos y retar versiones facilistas y parciales del conocimiento”. Lo macondiano –sensibilidad que permea cada relato de Antonio García–, reúne al decir de Fals aquello “que queremos preservar y lo que ansiamos renovar”, por lo que combate “con sentimiento y corazón, el monopolio arrogante de la interpretación de la realidad que ha querido hacer la ciencia cartesiana”.

En una misma tónica, José Carlos Mariátegui, otro de los malditos e imprescindibles del marxismo latinoamericano, solía afirmar en tono provocativo que poetas y literatos suelen decir verdades más fidedignas que científicos y filósofos. Y también proponía con fina ironía corregir a Descartes. El “Pienso, luego existo”, debía ser sustituido por un principio más acorde a nuestra realidad continental: “Se lucha, luego se existe”. Personajes increíbles pero reales que nutren estas *Historias de Gallero*, como el Viejón Raúl, la osa Conga, el Ángel Guardián, los matatigres frustrados, Petele, el viejo

Molina, Salgar, Cachita o el santuario de Manatíes, sólo comenzaron a cobrar significación y visibilidad a partir del antagonismo popular y la resistencia activa de las propias comunidades y pueblos como sujetos políticos, de los que el ELN ha sido parte neurálgica en el último medio siglo. De ahí que la desaparición de la guerrilla de esos territorios haga peligrar las formas de vida que allí habitan desde tiempos remotos.

¿Cómo conjurar entonces una guerra que se ha degradado a niveles extremos, sin ceder terreno a quienes ansían una paz que se asemeja demasiado a la que predomina en los cementerios? Acaso sea este uno de los dilemas más urgentes de afrontar al momento de apostar por la construcción de una nueva hegemonía de carácter civil, que deje atrás la violencia armada, confronte con la lógica militarista y contrainsurgente dinamizada desde el Estado (e internalizada como sentido común por una parte considerable de la población colombiana), y sienta las bases de una sociedad que haga de la participación colectiva y la justicia social una realidad.

III

“El arte no es patrimonio de los comprometidos, pero el compromiso te hace ver mucho más hondo cuales son las raíces de nuestro mal”, afirmó alguna vez Víctor Jara. Nunca más cierta esta frase para la literatura y la realidad colombiana contemporánea. Estas *Historias de Gallero* refieren al vínculo orgánico entre pasado y presente, pero lo hacen desde un lugar de enunciación por demás particular. Volvamos a Ricardo Piglia: “no nos preguntaremos tanto qué es leer –sugiere–, sino *quién* es el que lee (dónde está leyendo, para qué, en qué condiciones, cuál es su historia) (...) Si el narrador es el que transmite el

sentido de lo vivido, el lector es el que busca el sentido de la experiencia pasada”.

En esta ocasión, relato y lectura se entrelazan en la misma persona. Quien acomete la doble y ambiciosa tarea no es un investigador académico ni un “violentólogo” de los que abundan en las Universidades de Colombia y la región; tampoco un avezado periodista ni un malogrado cronista, de esos que intentan transcribir con sorna lo que personas, comunidades o grupos han vivenciado en otros momentos y lugares tan distintos como distantes. Antonio García es uno de los principales comandantes del ELN y se encuentra actualmente en la clandestinidad, tras naufragar –una vez más– el proceso exploratorio de la Mesa de Diálogos entre la insurgencia y el Estado.

A esta altura, no hace falta aclarar que aludir a la guerra en Colombia implica siempre conjugar en gerundio el verbo matar, pero también sobrevivir y dar pelea la mayoría de las veces a la intemperie. Por ello, el amor y el odio extremados se suelen abrazar y se hacen brasa, uno al otro, de forma recurrente en estas tierras, hasta el paroxismo de lo que Fals Borda llamó la “saturación guerrerista”. A esta conjunción de instantes de peligro, que ofician de juntura entre el recuerdo colectivo y un presente de lucha también grupal, Walter Benjamin los concibió como relampagueos que interrumpen a –e irrumpen en– la atareada normalidad que nos pretende imponer el sistema capitalista en tanto maquinaria de aniquilamiento, cada vez que atizamos con el fuego de la rebeldía alguna remembranza que late en la memoria popular y se hace carne en nuestro cuerpo-territorio.

Si algo busca este libro es restituir la dimensión política a la guerra, es decir, tomar distancia del discurso que interpreta el

conflicto armado desde el prisma de la pura irracionalidad y el exterminio atroz, para dotarla de un sentido histórico concreto sin descuidar su dimensión propositiva; desmenuzar sus causas más profundas y estructurales, en pos de tornar inteligible la naturaleza y perdurabilidad de la insurgencia en Colombia. Desnudar el horizonte estratégico último que –se supone– justifica una guerra revolucionaria en pleno siglo XXI, o que por lo menos permite *comprenderla* con ojos más humanos.

Si guerra y literatura han sido desde la génesis de nuestras sociedades dos caras de una misma moneda, en Colombia esta máxima se confirma con creces. La violencia abonó a forjar a sangre y fuego la ciudad letrada, y la letra –al decir de uno de los intelectuales y políticos más encumbrados de las élites latinoamericanas– con sangre entra. A contrapelo de esa lógica de imposición, y enhebrados con hilos rojinegros, estos relatos camilistas y nuestroamericanos destellan esperanza en medio de tanta desolación y congoja que invade en estos días a Colombia. Nos convidan, en filigrana, historias de *amor eficaz* que acontecen aquí y ahora, pero se remontan a años, décadas y hasta siglos atrás. Revitalizan y tornan sincrónicas voces, temporalidades y apuestas de comunión, que desde una lectura lineal u obtusa se nos presentan como discordantes.

Más allá de ser un libro habitado por narraciones e historias de lo más asombrosas, el trasfondo político que lo moldea resulta evidente. No es un libro apto para escépticos, escapistas o impasibles. Puede parecer a primera vista paradójico, pero precisamente porque nos interesa sobremanera la construcción de una paz justa en Colombia, es que nos enorgullecemos en prologarlo. “Los grandes libros son los que hacen cambiar el modo de leer”, proponía Piglia. Sin dudas, este manojo

de relatos, cuentos y anécdotas aspira a trastocar la forma en que suele leerse una realidad atravesada por el conflicto social, político y armado como es la de la querida Colombia. Y al igual que Gabriel García Márquez, Antonio García pudo *vivir para contarla*, así que bienvenidas sus vivencias arrechas como un sancocho de historias remendadas que, en medio de tanta muerte, se atreven a ejercitar una necesaria *biofilia*, que jamás equivale a ingenuidad ni celebración frente a la guerra. Más bien, ella se emparenta con aquel precepto lanzado por Estanislao Zuleta, que reza que “sólo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra, maduro para el conflicto, es un pueblo maduro para la paz”.

IV

Hoy en día el proceso de paz en Colombia transita por uno de sus momentos más críticos. El gobierno de Iván Duque ha incumplido los acuerdos firmados por las FARC en La Habana, lo que redundó en que un porcentaje importante de exintegrantes de esta fuerza insurgente retomen la lucha armada. Pero el fortalecimiento de grupos “disidentes” no es el único dato de una coyuntura delicada al extremo. Los asesinatos sistemáticos de militantes populares y referentes de derechos humanos se han incrementado de manera preocupante en los últimos años, al igual que el encarcelamiento y la criminalización de activistas de movimientos sociales y organizaciones de izquierda.

Por debajo de esa falsa epidermis a la que pretenden llamar “la democracia más antigua de América”, prima un régimen político profundamente autoritario y excluyente, apuntalado por un paramilitarismo que opera con total impunidad en las

principales zonas en conflicto, a lo que debemos sumar el financiamiento y la presencia constante de los Estados Unidos dentro del país, cuyas tropas cuentan con quince bases militares en territorio colombiano. En las últimas décadas, al calor de la implementación de un “neoliberalismo de guerra”, las endebles negociaciones de paz se vieron clausuradas por la muerte, el exilio y la desaparición forzada de quienes aspiraron a transitar hacia una vida democrática con plena participación civil, en un sistema político que ha sido refractario a las opciones por fuera del binomio impuesto, a sangre y fuego, por conservadores y liberales desde los tiempos de “La Violencia”, década que dejó como saldo decenas de miles de asesinados, y que tuvo como hito catalizador al asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948.

En la actualidad no se vislumbra la más mínima voluntad de parte del Estado de avanzar hacia una salida política del conflicto armado. Se agudiza la concentración de la tierra en pocas manos y se avanza en la implementación de proyectos minero-energéticos y de saqueo de los bienes naturales, en paralelo a un aumento exorbitante del presupuesto destinado para las fuerzas armadas y la policía, que desde hace ya muchos años asciende a uno de los más altos del mundo. Triste récord éste, aunque no es el único que ostenta Colombia. También es el país del planeta donde más sindicalistas son asesinados y el segundo con mayor cantidad de población desplazada a causa de la violencia. Por si no bastara con estos datos, cabe agregar que es la “democracia” con más desapariciones forzadas y presos/as políticos/as de todo el continente.

Por lo tanto, sin la garantía de no repetición –uno de los puntos centrales impulsado por las insurgencias en las truncadas

mesas de diálogo— y sin el desmonte definitivo y la condena efectiva del paramilitarismo —que aún se mantiene activo en gran parte de Colombia y cuenta con un considerable apoyo de sectores desestabilizadores de ultraderecha—, no cabe pensar en que las posibles negociaciones en un futuro próximo lleguen a buen puerto. Menos aún si, tal como insiste el ELN, como antesala para acallar los fusiles no se abren canales reales de diálogo, escucha mutua y participación popular, donde la sociedad civil y las comunidades tengan desde sus territorios un verdadero protagonismo en la construcción integral de la paz.

Hace poco más de un siglo atrás, un Gramsci joven y aún en libertad se angustiaba como militante de izquierda, por la extrema naturalización que el grueso de la población europea manifestaba frente a la guerra. Su queja no apuntaba sólo a la locura belicista de la primera guerra mundial, sino a otra guerra menos conocida y más silenciada, acometida desde el Estado turco contra el pueblo armenio. “Sucede siempre así. Para que un hecho nos interese, nos conmueva, se transforme en una parte de nuestra vida interior, es necesario que acontezca cerca de nosotros, cerca de gente de la que ya hemos *sentido* hablar y que está por lo tanto dentro del círculo de nuestra humanidad”, se lamentaba en aquel entonces Nino. Frente a esta trágica situación, además de proponer la denuncia y solidaridad activa ante lo que consideraba un genocidio demencial, curiosamente sugería “la iniciativa de una colección de libros que con persuasiones y demostraciones más eficaces diese un cuadro de lo que es la lengua, la historia, la cultura y la poesía del pueblo armenio”, de manera tal de conocerlo en cuerpo y alma, desde un prisma senti-pensante, tornando más *cercanos* sus padecimientos y anhelos.

Más allá de este caso puntual, la rememoración dista de ser trivial. Ella nos interpela desde una óptica que resulta sumamente vigente, ya que la *cercanía* a la que apela Gramsci no se emparenta con una supuesta proximidad geográfica, sino ante todo con la necesaria empatía que debemos *sentir* para con el dolor, la resistencia y las ansias de vida digna de quienes padecen la guerra y el terrorismo estatal, que nos compele a *no ser indiferentes* ante esta violencia tan deshumanizadora. A la vuelta de la historia, y después de leer detenidamente estos relatos de Gallero, estamos seguros que esas comunidades, familias y sueños rebeldes que laten en las entrañas de la Colombia profunda, ya no se nos van a presentar como tan lejanos ni distantes.

Hernán Ouviaña

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA)

Buenos Aires, 8 de octubre de 2019

I. PALABRA DE GALLERO

Cuando mi tío Ismael regresó con las yucas, sus dos gallos finos de pelea hervían en el fondo de la olla de mi abuela dándole sabor a un sancocho.* Estaba tan enojado que duró más de una semana sin hablarle a nadie.

En la época de *La Violencia*,** mi tío había sido gallero y le tocó fugarse del pueblo, salió con esos dos gallos, era un lío andar con estos dos animales, cantaban en medio de la selva y

* Nombre genérico que se da a una sopa popular, muy suculenta, elaborado a base de caldo y diferentes ingredientes según las regiones; puede contener, entre otros, carne vacuna, porcina, de pescado o de pollo, yuca, ají, cebolla, papa y plátano.

** Se le designa al periodo vivido entre 1946 y 1958 en Colombia, donde se produjeron confrontaciones de carácter político, social y armado bajo el manto de los partidos conservador y liberal. El saldo de más de 200.000 asesinatos y más de 2 millones de víctimas y desplazamientos, expresa una confrontación de clases, con una mayoría de víctimas entre campesinos y habitantes pobres de pequeños poblados.

ponían en peligro la seguridad de la familia, por eso mi abuela se inventó el pretexto de mandar a mi tío a buscar las yucas para matarlos.

Mi tío Ismael era menor que mi papá y muy cercano a él, estuvimos juntos mucho tiempo, y en mi niñez me contaba historias de los gallos, que los llevaban a pelear a El Carmen, a Guamalito. Como en esa época no había espuelas artificiales, los gallos debían esperar casi hasta los dos años, cuando las espuelas estuvieran en condiciones de matar a otro, pues un gallo menor de un año tiene unas espuelas que son botones, que pueden herir o maltratar al otro gallo, pero no matarlo de un puntazo. Por eso se peleaban gallos de dos años.

Luego del sancocho con sus dos gallos, mi tío se olvidó de ellos y optó mejor por la agricultura. Esas son mis raíces de la afición a los gallos, vienen de mi tío Ismael.

Antes de cumplir los diez años comenzaron a gustarme los gallos, pues cerca de mi casa vivía el señor Campo Elías Ayala, que a sus sesenta años trajinaba con los gallos; el revuelo que armaban esos gallos en las peleas atrapaba mi atención más que cualquier otra cosa. Como fui criado en un hogar evangélico en la casa no eran permitidos los gallos, que me gustaran era una ofensa, y para mi mamá la tentación del diablo. Pero a mí me gustaban y pasaba muy a menudo por donde Don Campo Elías. Poco a poco aprendí sobre los gallos, a motilarlos, a descrestarlos, a cuidarlos; desde esa edad ya me decían Gallero.

En toda familia evangélica, la profesión de gallero era una vaina* casi satánica, porque a las peleas de gallos se vinculaba

* Cuestión, situación. También suele usarse para señalar un elemento.

el trago y para rematar el día del culto coincidía con el día de las peleas de gallos. Mi mamá nos llevaba a culto, yo iba con ella hasta el templo. Allí cada uno se sentaba por aparte, los niños en un lado y los adultos en otro. En la primera oportunidad me volaba para la gallera. Como a los menores de edad no nos permitían entrar, nos metíamos por un restaurante hasta un sitio junto a unos bultos de carbón, desde ahí escondidos ante los ojos de la gente lográbamos ver las peleas de los gallos. Regresaba a la casa lleno de tizne; de entrada, me tocaba lavar la ropa y bañarme para que mi mamá no se diera cuenta, pues de lo contrario la fuetera* era inevitable; era el ritual que hacía cada vez que iba a ver las peleas de gallos.

El primer pollo lo conseguí vendiendo helados, ahorré y lo compré; lo llevé a la casa y mi mamá me lo mató, decía que no lo podía tener, y así aconteció con otros que conseguí. No tuve otra opción que llevarlos a donde unos amigos, a otras casas. Yo vivía en ese drama permanente.

La vieja en la casa tenía un criadero de gallinas criollas y marranos,** yo le ayudaba cuidándoselos. Con el tiempo me fui armando de valor, hasta que un día le dije:

—Mamá, si no me deja tener mis gallos finos, yo no le cuido más sus animales.

Aunque no con mucho agrado, la vieja accedió. Por fin yo podía tener mis pollos finos y le seguía cuidando sus animales. Llegamos a ese acuerdo.

Un día Don Campo Elías me vio en la calle peleando unos pollos, me hizo una seña con la mano y me invitó a su casa,

* Expresión campesina que designa una paliza con un lazo o cinturón.

** Cerdos, porcinos.

allá me pidió que le ayudara con los gallos, estuve trabajando con él cerca de cinco años. El viejo me llevó a varios eventos gallísticos, en esa época era muy delicado que menores de edad entraran a las galleras.

En una ocasión, cuando yo ya tenía quince años, me llevó a pelear gallos a Valledupar, se puso a tomar y se enfermó. Cuando le tocó pelear sus gallos, estaba tan enfermo que no pudo calzarlos. Entonces me dijo que yo le calzara sus gallos. Los apostadores se oponían y decían que no, pues cómo iba a dejar que un pelao* lo hiciera habiendo tantos calzadores profesionales. El viejo les dijo que no, que si ellos querían le apostaran al otro gallo, porque sus gallos los calzaría yo, que trabajaba con él, que era el único en el que confiaba. Tenía razón, pues en la calzada puede estar la trampa; pues si lo calzan mal, se pierde, por muy bueno que sea el gallo.

Esa fue la primera experiencia de valor, pues yo había calzado gallos por ahí en los patios, en las casas, pero ya en una gallera profesional, como Valledupar, en una concentración tan grande, nunca. Ese día faltaban tres gallos del viejo Campo Elías para pelear; él me los sostenía y me iba dirigiendo como calzarlos. Yo sabía porque lo habíamos practicado en la casa. Ese día ganaron todos, los tres que yo le calcé, eso me dio confianza para el resto de mi vida. Era la primera vez, la primera prueba, incluso no me querían dejar entrar a soltar los gallos en la valla, porque era menor de edad; entonces él dijo que, si yo no soltaba los gallos, se los llevaba y que nos íbamos. Al final el dueño de la gallera accedió a que yo entrara. Así me tocó calzarlos, soltarlos y recibirlos luego que ganaron.

* Modo de designar a una persona joven.

Algunos de los que pensaban apostar a los gallos del viejo se voltearon por el hecho que yo estaba calzando los gallos, pero las apuestas se mantuvieron en su monto de cuarenta mil pesos, que en el último año de la década de los setenta era mucho dinero, eran las riñas más caras.

Regresé al pueblo contando mi experiencia, igual el viejo. Después de eso, yo iba a las galleras y seguí calzándole los gallos al viejo. Claro, ahora con más confianza, sobre todo ante los adultos, pues con los de mi edad ya lo hacía. Haber estado peleando y calzando gallos en una gallera de Valledupar, era otra cosa, pues nosotros peleábamos por ahí en los patios de las casas, no en una gallera profesional.

Ahí le empezó la enfermedad al viejo Campo Elías, le dio hepatitis y su salud siguió decayendo. Yo en ese tiempo trabajaba en otra parte. Un día como a las nueve de la noche llegaron buscándome a la casa, que el viejo estaba grave. Lo habían tenido en Bucaramanga. Yo fui a la casa de él a esa hora y lo vi decaído, pero tampoco en estado de muerte. Me dijo que le trajera los gallos.

Le acomodé unas varas en la habitación, en ellas le monté sus gallos más consentidos, mientras los contemplaba me decía que tocaba estar pendiente de los gallos, pues su hijo y sus tres hijas no los cuidaban. Le dije que iba a sacar tiempo para darles una vuelta mientras él se mejoraba, pues en ese momento él no pensaba en morir. Me fui para mi casa como a las dos de la madrugada. A las cinco de la mañana llegaron con la razón que el viejo había muerto. Después le ayudé a la viuda a organizar las cosas y ella me regaló los mejores gallos, los que yo le había montado esa noche en las varas, eran los mejores, con ellos hice la cría y de ahí en adelante ya sería un gallero de verdad.

Yo no era apostador, nunca fui apostador. Hay dos tipos de galleros, los que están por la afición, porque les gusta, y están los apostadores, que no siempre saben de gallos, les gusta apostar dinero como en todo juego, como en el naipe, pero no saben descrestar un gallo, ni motilarlo, no les tienen cariño a los animales, solo están por el dinero. El apostador no es gallero, en cambio sí lo es el que los cría, los cuida, los enraza, el que los motila, el que lidia con ellos. Un apostador no tiene gallos, simplemente va a una gallera a apostar y de ojo mira cuál es el mejor; mientras que el gallero se preocupa por tener buena raza, los mejores gallos, aprende a conocerlos y su afición es verlos pelear.

En ese mundo se ven muchas cosas, se cruzan sentimientos, secretos y profesionalismo a la hora de preparar un gallo para que pelee. La cera de abejas se usa como pegante o fijador para calzarle las espuelas al gallo para que no se gire la boquilla donde va la espuela incrustada, se coloca la cera en la espuela y en la parrilla. Primero, se protege la pata con esparadrapo, se le echa cera a la parrilla, se pega la parrilla para que quede bien ensamblada en la pata del gallo; luego, se le pone cera caliente a la espuela antes de colocarla encima de la parrilla, y se termina amarrando bien con esparadrapo. La cera no permite que se gire la espuela y el esparadrapo le da más consistencia, porque la espuela tiene que ir en una sola dirección. Si se mueve de esa dirección tiene dos peligros: que no pueda matar al otro gallo porque no pega; pero si se mueve hacia adentro, el peligro es que se mate el mismo gallo que las tiene puestas, para eso es la cera.

Cuando uno está peleando un gallo, siempre mantiene dos pares de espuelas, porque en las riñas puede partirse alguna,

entonces hay que tener la de repuesto para no improvisar. Si en la pelea se parte una espuela, la miden, si se parte en la punta tiene que continuar la pelea con la espuela partida; pero si se parte por abajo, le dan un minuto para cambiarla, en ese tiempo deben quitarla y pegar la otra, si se cumple el tiempo y el calzador no es ágil tiene que soltar el gallo así, sin espuela o con la espuela sin amarrar.

El gallero tiene un paquete de espuelas, pero tiene que saber cómo pelea cada gallo, de acuerdo a cómo pelea se le hacen las espuelas: largas, cortas, curvas o derechas, eso es una regla para el gallero, saber con cuáles espuelas pelea su gallo, no todos los gallos pelean con las mismas espuelas.

Las espuelas se hacen de uña de Carey y de la concha de la tortuga de Carey. Cuando se usan espuelas metálicas es visto como una trampa, quien se atreva a usarlas puede ganarse la muerte, porque entre galleros es una falta a la palabra, entre ellos la palabra es sagrada.

Los gallos cambian de plumas, su primer cambio lo hacen al año de nacidos, en ese tiempo el plumaje les queda muy bien y ya pueden pelear. Luego cada ocho meses cambian de plumas y hay que soltarlos para que les vuelvan a salir, se vuelven a motilar y a preparar. Hay que cuidarlos mucho, se les motila y se les deja al sol y al sereno para que empiecen a encañonar —o sea a salirles plumas nuevas— si se los mantiene en lugares secos demoran más tiempo para cambiar. No es lo mismo un gallo encerrado en un guacal,* donde ni se serena ni se moja, que al aire libre. Donde es más rápido el cambio de plumas.

* Caja de madera de tablas entrecruzadas para transportar frutas.

En promedio un gallo puede hacer cuatro, cinco o seis peleas al año. Si no salen heridos pueden hacer hasta diez. Cuando salen heridos se demoran entre tres o cuatro meses para recuperarse y estar listos para la siguiente riña. Cuando el animal ha sido muy herido y termina con algunos problemas en las alas o en las piernas, queda ciego o se pone viejo, hay que retirarlo; hay algunos que abusan y lo pelean hasta última hora, pero el gallo muestra la edad y de acuerdo a sus heridas uno se va dando cuenta que, en la topa,* en el entrenamiento, no rinde como cuando era nuevo.

A veces se cree que el gallo tuerto pega mejor, en los gallos no es por la puntería en el ojo, sino por el tino que tenga en las espuelas, por la raza que tenga. A un gallo tuerto hay que entrenarlo mucho, una vez que queda tuerto lo mejor es soltarlo un tiempo con las gallinas en un patio para que aprenda a voltear, a ubicarse, a adaptarse a tener un solo ojo.

Otra cosa son los gallos ciegos, que son muy peligrosos, pues cuando en una pelea se queda parado y espera a que el otro gallo, que tiene los ojos buenos, se le meta a su alcance, ahí aprovecha y puede matarlo si es tinoso.**

Los gallos que les gusta correr en las peleas, pueden cansar a su contrincante para luego atacarlo, se los llama jugadores. A mí nunca me gustaron; porque cuando se abren a correr si el otro gallo lo sigue, esa estrategia funciona, pero si yo sé que el contendor es un gallo jugador, entonces selecciono entre mis gallos uno que no corree y que lo espere, se le atraviesa en la carrera y lo mata. Todo gallero tiene que darse cuenta cómo pelea el otro gallo, para buscarle la coteja, a eso se llama el acomodo.

* En el hacer o en el afán.

** Hábil, diestro, seguro con buena puntería.

Cuando se casa una pelea con otro gallo, hay que saber cómo se acomoda mejor el gallo para pelear, si pelea mejor con un gallo de más estatura, o de menos estatura, si pelea mejor con un correlón o con un gallo que se mete abajo o que tira arriba. Se va mirando qué gallo será el contendor de los de uno, de acuerdo a eso busca entre los gallos propios el que mejor se acomode a ese tipo de pelea, ese es el arte de los galleros.

Los gallos yo los peleé en mi juventud, ahora pienso diferente, no es bueno hacer matar a los animales. No comparto la lidia de toros. Los gallos en su estado natural, por descendencia, por raza, tiran a matarse sin que se les coloquen espuelas. Igual sin las espuelas se hacen daño, desde que están pichoncitos se matan, desde que tienen dos meses comienzan a matarse entre hermanos y a los ocho meses se matan con el papá, son animales que no saben convivir juntos, ahí alguno tiene que dominar y llega el momento donde la única opción es matarse.

En una pelea de gallos no hay ventajas en ninguno de los dos, pues llevan las mismas espuelas, pesan lo mismo, tienen el mismo entrenamiento, el mismo tipo de comida y es una pelea entre dos; aún siendo así, hoy en día no lo comparto. Ya no soy capaz de ponerle las espuelas a un gallo para que se mate con otro.

De los gallos me quedaron muchos amigos, que luego me apoyaron en mi vida de luchador y guerrillero, ahí se construyen relaciones de tipo familiar, de mucho respeto, porque en los gallos se habla de la «palabra de gallero», de los hombres serios, de lealtad y eso me sirvió después en la guerrilla.

Los gallos me ayudaron a crear relaciones, a relacionarme con otras personas. Aunque algunos puedan ver en una pelea

de gallos la simulación de una guerra, donde el arte es aprender a ganarle al otro, en cómo uno va en condiciones más ventajosas para atacar o defenderse; yo sigo considerando que lo mejor de la experiencia con los gallos son las amistades que quedaron de esa época. Nunca lo miré de la otra manera. Uno mismo los llevaba, los echaba a que se mataran, lo que uno veía en esa confrontación entre dos gallos, era una pelea por sobrevivir.

II. DE MAHOMA A MI NUEVO DESTINO

Mi familia es de Norte de Santander, mi padre era de Ocaña y mi madre de El Carmen, ambas familias liberales. Mi papá se crió con su padrastro. A su propio padre, Jaime Mejía, no lo conoció. Mi abuela quedó embarazada, tuvo a mi padre, y después se casó con Marcelino Roperó, fue muy buen padrastro y crió a mi papá.

En la familia de mi papá eran once hermanos, en la época de *La Violencia* mataron a seis de ellos, la familia de mi madre poco se metió en política, los matrimonios debían ser entre familias de un mismo partido. El conservador y el liberal*

* Se designan a los miembros del partido liberal o conservador, siendo los primeros afines a los ideales de la revolución francesa y los derechos individuales, y los segundos guardianes de la ideología clerical, opuesta a los derechos y libertades. Sin embargo en el caso colombiano el peso fundamental de la afiliación a uno u otro partido estuvo dado por los intereses económicos, siendo los conservadores una casta anclada a la

eran dos rivales, enemigos, como hoy entre un guerrillero y un paramilitar.

A mi tío Jesús Roperero le decían el Mocho Roperero a raíz de la pérdida de una de sus manos pescando con dinamita, un día se fue a limpiar un cultivo de maíz en su finca y cuando regresó a la casa encontró a su esposa muerta; su hijo de seis meses atravesado con una bayoneta; a su niño de tres añitos degollado y la niña de cinco años se había salvado, porque al momento de llegar los asesinos conservadores, estaba buscando agua y logró refugiarse en la montaña; fue lo único que le quedó.

En medio del dolor, mi tío le entregó su hija a mi abuela jurándole que se dedicaría a matar conservadores el resto de su vida, y se fue a organizar guerrillas liberales en las tierras de lo que hoy es el Cesar y Norte de Santander. El teatro de operaciones de esas guerrillas fue Ocaña, El Carmen, Aguachica, Gamarra, operaban por los lados de Mahoma, Norián, Besote, hasta Pelaya.

Varios de sus hermanos se fueron con él para la guerrilla, en combate murieron dos de ellos. Cuando vino la supuesta paz ya estaban disgregados. Entonces, arrancó para el Sur de Bolívar, se llevó a un hermano y a otros amigos perseguidos por el ejército, también a su hija Ana Lucía que ya tenía once años de edad, a ella por cariño le decían Anita. Se radicó por la quebrada Arenales, arriba de Norosí, sobre la parte de El Dorado. Allá montaron un campamento y comenzaron a trabajar de raicilleros, era la época de la raicilla, una planta que

propiedad de las tierras y los liberales impulsores de la introducción del capitalismo en el campo. Ya en el siglo XX los intereses de unos y otros se fundieron en uno solo en su guerra contra el campesinado pobre.

se usaba para elaborar medicinas, y a quienes trabajaban sacándola les llamaban raicilleros. Por desconfianza e instinto de conservación, mantenían sus armas guardadas.

Un día mi tío envió a Israel, su hermano menor, a comprar unas cosas al pueblo, no logra precisarse lo que pudo ocurrir, si se puso a tomar o si dijo algo, o en medio de los tragos sucedió alguna cosa; lo cierto es que un policía lo mató. Al enterarse mi tío de la muerte de su hermano, saca las armas que tiene guardadas, se va con su grupo al pueblo y matan a siete policías en un sitio cerca de Las Tijeras, en el Bajo Cauca. Se dice que en ese combate recuperaron cinco carabinas, y el ejército les montó una operación de persecución.

Él se vuelve para el sitio a raicillar. El ejército captura a un señor que los abastecía de comida, lo obligaron a hablar y los llevó al campamento. El ejército los mató a todos, se llevan a Anita y la regalan a unas monjas en Norosí, quienes luego la dejan en Cartagena. Cuatro años más tarde mi tía Ana, hermana del Mocho Roperero, viajó a esa ciudad, logró recuperar a Anita y regresó con ella al Sur de Bolívar, donde vivía.

Tiempo después, mi tía Ana establece relación con la guerrilla del ELN, era la época de Fabio Vázquez.* Ella trabajaba en logística, transportando municiones, pertrechos y demás cosas que se necesitaban, de igual manera cartas y documentos, viajaba a Bogotá, a Bucaramanga. Se daba sus mañas para llevar y traer cosas de riesgo. A mediados de la década del setenta, a mi tía y a su esposo Carmito León, los delata un desertor llamado Gonzalo, el ejército aprovecha para matarlos en un sitio conocido como Las Mellizas, en San Pablo, Sur de Bolívar.

* Fundador del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y comandante en jefe de la misma organización desde 1964 hasta 1973.

Ellos tenían una finca en Cañaverál Bajo, en esa misma región. Entonces, yo era muy pelao, ahí vi por primera vez a la guerrilla, para distraerme me mandaron a buscar yucas, cuando regresé ya no estaban, tampoco dos muchachos de la finca, un primo mío que se llamaba Carlos España y un muchacho del Tolima que le decíamos Picota; inventaron el cuento que se habían ido para Aguachica a donde la familia, pero ellos se incorporaron a la guerrilla.

Nosotros nacimos en un sitio cerca de Aguachica llamado Mahoma, mi papá tenía una tierrita ahí. Cuando yo tenía seis años de edad nos trasladamos al pueblo, al propio pueblo, Aguachica. Mi papá compró una casa. Como él era evangélico, no se metió en nada en la época de *La Violencia*, no hizo parte de esas guerrillas.

En Aguachica nos criamos, luego estuve por los Llanos, en Saravena, Arauca; desde ahí iba al Sur de Bolívar a la finca donde mi tía. Mi papá era el arriero de mi tía en la finca, pero teníamos la casa en Aguachica, yo permanecía mucho con él en esa finca. El viejo hacía unos viajes con mulas cargadas, a los que no me llevaba. Me decía ayúdeme a buscar las mulas y se iba él solo a las seis o siete de la noche; en cambio a los otros viajes, que se hacían de día y se sacaba el arroz a Cañabral Bajo, me llevaba con él. Luego de muchos años comprendí que esos viajes nocturnos y algo misteriosos eran para llevarle las provisiones a la guerrilla del ELN.

Cuando yo tenía diecisiete años los viejos se dejaron, se separaron, y mi mamá se fue para el Sur de Bolívar por esa relación de familia, con los hermanos, con la tía. Ella se ubicó en San Pablo, se llevó a dos hermanos menores. Se viajaba en una lancha llamada La Nancy Elvira –existió hasta hace unos

años— subía desde Magangué hasta Barrancabermeja. Se demoraba dos días para ir desde Gamarra hasta San Pablo.

Luego me fui para Arauca, estuve en Saravena y Puerto Nariño; cuando regresé al Sur de Bolívar, a los dos años, también lo habían hecho una hermana y dos hermanos mayores, vivían en la quebrada de La Pedregosa cerca de la finca donde mi tía Ana. Mi papá también venía, pero regresaba, se la pasaba de San Pablo para Aguachica, él nunca se fue a vivir del todo al Sur de Bolívar y murió en Aguachica.

En el último año de la década del setenta, estando en Saravena, me encontré con unos amigos de infancia y nos fuimos a tomar cerveza. A uno de ellos, que estudiaba bachillerato, en la rasca dejó olvidada su agenda, dentro de ella encontré una revista del ELN. Yo la guardé y al día siguiente, cuando el hombre viene muy asustado buscándola, le digo:

—Ajá ¿y esta vaina qué es?

El hombre cambió de color, se desapareció dos días mientras le pasó el susto. Al final me cuenta que anda con el ELN.

—Yo también quiero hacer lo mismo —aprovecho para decirle.

De ahí en adelante nos tocó repartir volantes, boletines del ELN, en las noches por debajo de las puertas de las casas, eso lo hacíamos entre la una y las dos de la madrugada en Aguachica. Yo no tenía ni idea de donde llegaban los boletines que repartíamos. A los dos años conocí al responsable, al que estaba a cargo de nosotros, era Carlos, un muchacho que vivía a dos cuadras de la casa, estábamos acostumbrados a molestarlo mucho, porque tenía limitaciones, se le dificultaba caminar, moverse, él era el jefe del equipo de propaganda.

Como se me presentaron unos problemas de seguridad, me veo obligado a irme para Puerto Nariño y regreso al año, estrenando la nueva década de los años ochenta me voy para Norosí, al Sur de Bolívar. Ahí nuevamente, en el año ochenta y tres, encuentro contacto con el ELN. El Viejo Raúl, el Viejón, había regresado a esas tierras y estaba extendiendo su influencia en toda la región.

En Norosí duré dos años. Mi primera tarea fue meterme a trabajar con los mineros de Mina Azul, cerca de Norosí. Después de eso, en el año ochenta y cinco, como el Viejo Raúl sabe que yo conozco muy bien el área de San Pablo, me llama y me dice:

—Mi hermano, te vas a Pozo Azul y al Paraíso, busca a los compañeros y les entregas estas notas.

Salí para allá, ahí encontré a Alfredo Gómez Quiñonez, estaba al frente de un grupo de compañeros que integraban la Comisión Dos, del Frente Guerrillero Luis José Solano Sepúlveda, que se movía por el Río Santo Domingo y el Socorro. Ya había un centro de operaciones.

En esos años hacía de todo, duraba meses con la guerrilla, o me enviaban a misiones a varios lados, siempre cumpliendo orientaciones de los mandos de la guerrilla. Nunca me dijeron que estaba incorporado a la guerrilla, sino que iba y venía, a veces en misiones políticas y otros momentos en acciones militares, así fuera de aguatero llevándoles algo de beber o la comida a los combatientes que estaban realizando —al rayo del sol— una emboscada. Se podría decir que, en esa época, yo era un miliciano de tiempo completo.

Luego me enviaron a realizar inteligencia por el sector de Las Ahuyamas. Por esa misma área, había una situación

complicada con las comunidades. Llegué como un trabajador más, me infiltré en la zona, duré ahí casi dos años entre la gente. Organicé un grupo de diez muchachos. La guerrilla llegó a realizar una reunión con la comunidad. El mando me llama y me dice que me encargue de la seguridad y delante de toda la gente me entrega una pistola. Tremendo lío, pues mientras a las demás personas las requisaban y les pedían documentación, a mí me entregaban un arma... la adivinanza del huevo: blanco es, gallina lo pone... este tipo también es un guerrillero.

A raíz de esta situación me reporto ante los mandos, Carlos y Samuel; les comento la situación, a partir de ese momento comencé a andar con la guerrilla armado y uniformado, pero seguí yendo al Cesar a realizar coordinaciones con los guerrilleros del Frente Camilo Torres Restrepo, pues yo conocía muy bien esos territorios, ahí me había criado; era un enlace entre los dos frentes guerrilleros.

En 1991, el 15 de agosto, en la acción de Santa Rosa, en el Sur de Bolívar, mueren los compañeros Carlos, Miguel, Reinel, Yamile, Mario, Dinael y Chácharo; fue uno de los golpes más duros para la guerrilla en la Serranía de San Lucas; entonces el Comandante Raúl nos reúne a todos en Casa de Zinc, cerca de Aguas Lindas, para revisar la nueva situación y hacer los ajustes del caso.

El Viejón nos preguntaba a cada uno, nos decía «Mi hermano, ¿cómo te sientes? ¿qué piensas de lo que pasó?». Para él era muy importante estar con sus muchachos, pues en ese campamento había muchas lágrimas, tristeza y angustia, habían caído en una acción osada los mandos más antiguos; entre ellos Miguelito, uno de los hijos del Viejón.

La situación se hizo más compleja, pues a raíz del golpe, dos mandos intermedios que habían sido promovidos, Olfier y Víctor, en vez de asumir con verriquera,* se quiebra su compromiso y piden el retiro. Era complicado, pues detrás de ellos quedábamos otros de menos experiencia, uno se sentía un simple combatiente, todo era cumplir misiones y nada más.

En ese entonces, yo tenía dos hijos y la compañera, y el Viejo Raúl me pregunta sobre lo que pienso de mis hijos; yo le digo que estoy para lo que la Organización oriente. Ahí comienzan las primeras responsabilidades.

* Expresión que designa fuerza o coraje.

III. EL VIEJÓN

Yo vi al Viejo Raúl por primera vez en 1984, por la quebrada Arenales arriba, en Canónico. Estaba de uniforme verde olivo, portaba una carabina y llevaba una pistola al cinto, y en la cabeza el sombrero, el sombrero vueltaio* número veintiuno que no se lo quitaba nunca. Así, como me habían contado, lo encontré.

Cuando el viejón se disgustaba se arremangaba ese sombrero para atrás o se lo quitaba. Esa era la señal que estaba bravo, así que cuando veíamos esa señal nadie se le arrimaba. Él cargó ese sombrero toda su vida.

En ese tiempo era enlace, me movía por Norosí y fui a entregarle unas notas y unas medicinas que habían llegado. No

* Es un sombrero hecho a partir 27 pares de hilos de fibra, sacados de las ramas de la palma de caña flecha. Es una prenda típica de las regiones de Córdoba, Sucre y Bolívar en Colombia.

hablamos casi, pues no éramos conocidos. Años después me dí cuenta que él conocía toda mi familia. Me quedé a almorzar, le recibí unas notas para llevar y me regresé en la tarde.

El Viejo Raúl, más que un comandante guerrillero, era un líder. Él vivía pendiente de la población, ayudaba a solucionar los casos de salud de la gente, las situaciones que padecían las comunidades, sus problemas. Vivía con mucha intensidad con su pueblo, los veía como su familia, era una relación muy cercana, pues él también era del Sur de Bolívar, había nacido en Palma Esteral, cerca del municipio de Pinillos; lo bautizaron con el nombre de Lino Mercedes Ballestas Chacón; vivió mucho tiempo en el caserío de Santo Domingo, yendo de San Pablo a Simití, antes de llegar a Las Ahuyamas, por los lados de Rancho Quemado, estuvo vinculado al movimiento campesino, con la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC).

Ahí vivía con su mujer y los dos hijos mayores: Miguel y Jose. En los primeros meses del setenta y dos, cuando Jose apenas tenía cinco meses, al Viejón le tocó arrancar para la guerrilla, pues luego de la toma de San Pablo el ejército cayó sobre el caserío, pero ya no lo encontraron.

Antes de partir fue hasta Los Popales, la parte más baja de Las Ahuyamas, a donde su suegro y su cuñado José Domingo Tirado, para dejar bien recomendada a su mujer y sus dos pequeños. José Domingo fue el encargado de ayudarlos a criar. Sus hijos lo volverían a ver, mejor dicho, lo conocerían, siete años más tarde.

En estos rincones estaban sus raíces, por eso la gente confiaba mucho en él, eso nos sirvió para crecer como guerrilla. Más que política, veían en la guerrilla el afecto que se profesaba

entre iguales, entre pobladores de una misma región, había respeto, fraternidad y solidaridad.

El Viejón se relacionaba muy bien con los campesinos, era uno de ellos, les hablaba de marranos, gallinas, maíz, arroz, yuca, porque de todo conocía; igual del agua y de la madera, conocía su mundo y se movía en él con mucha facilidad, todo se le facilitaba. Tenía una relación de mucha cercanía con la gente y de mucho respeto.

Como dirigente guerrillero el Viejo Raúl vivía las veinticuatro horas pensando en la guerra, se imaginaba el armamento popular, el que la guerrilla debía usar en una guerra del pueblo. Era un maestro en la guerra de guerrillas, por donde pasaba iba buscando aplicaciones, en cualquier camino se imaginaba la acción adecuada para atacar las tropas enemigas.

—Óyeme mano, en esta curva se puede hacer una emboscada, se colocan los explosivos aquí y allá. Si se meten los malditos policías, aquí se les da —le decía a uno.

A lo largo del camino, los que andábamos cerca de él, íbamos pendientes, pues cuando al tiempo se metía el ejército, el viejón se acordaba lo que había dicho en esa oportunidad y lo convertía en orden, en acción:

—Óyeme mano ¿te acuerdas allá donde te mostré la ceiba?*

Vete y monta una emboscada allí y esperen a los policías.

El Viejo Raúl nunca decía ejército, él los llamaba los «malditos policías», él siempre trató al enemigo como policías.

* Es un árbol grande, que se encuentra en las zonas cálidas de las costas y los valles interandinos colombianos. Poblaciones afros, indígenas y campesinas lo utilizan en la elaboración de canoas y pequeñas embarcaciones para navegar en los ríos.

El Viejón era un maestro en el camino, un hombre empírico en muchas cosas, le salían bien porque todos los días las ensayaba y lo que no funcionaba, lo mejoraba y volvía a probarlo, vivía innovando para la guerra; que hagamos esto, que hagamos lo otro, que miremos esto, que vea por aquí, que hay que hacer esto; aparte del tiempo que le dedicaba a la población. No era un hombre de cursos, de charlas, sino que iba enseñando en el camino; no necesitaba de reuniones, sino de momentos, en un almuerzo, o en cualquier oportunidad se sentaba con uno a decirle o explicarle algo; desde ese instante uno debía tenerlo pendiente hacia el futuro, en cualquier momento se acordaba y lo volvía acción.

Él tenía en su mente lo que hablaba con cada uno, en qué momento y circunstancias se había dado esa charla; incluso lo utilizaba en las comunicaciones; el viejo Raúl nunca fue un hombre de códigos, sino de señas. Se iba con uno para alguna parte, y si en un caño se caía una mula, lo recordaba y después por radio decía:

—Óyeme mano, nos vemos allá donde se cayó la mula, a esa que se le soltaron las cargas.

Uno se podía olvidar de dicho incidente, pero él recordaba que uno había estado ahí. Los incidentes a él le funcionaban como claves para las comunicaciones, desde los hechos que ocurrían en los campamentos, los caminos, los pueblos, las situaciones de los campesinos; entonces le decía a uno:

—Óyeme mano ¿te acuerdas donde estaba peleando la parejita aquella? Bueno mano... ahí nos vemos.

Uno tenía que comenzar a rebobinar, a recordar donde había sido ese hecho, porque él por radio no decía más nada; eran unos códigos entre él y su tropa.

El Viejo Raúl vivía metido con la gente de la región, resolviendo sus necesidades, que eran de todo tipo. Las vías casi no existían y la gente sufría mucho para entrar la comida, para sacar un enfermo; todo esto le angustiaba. Él tenía muchos conocidos que le ayudaban, también entre los guerrilleros había quienes manejaban buldócer,* volqueta o moto niveladora; las máquinas las conseguía decomisando las que tenían los municipios o las instituciones en esa época. No era de la idea que la gente fuera a reuniones con un gobernador o alcalde a pedirle o rogarle, debía ser al revés; por eso él iba a las comunidades a reunirse con ellas a escuchar sus necesidades: que la escuela, que el colegio, que el puente, que la carretera; luego decía:

—Óyeme mano, vamos a hacer esta vaina.

Rejuntábamos los materiales, el cemento, el hierro, la arena y la gasolina; íbamos por la maquinaria y manos a la obra. Lo mismo era en la agricultura o la ganadería, trabajaba junto con las comunidades. Más de las dos terceras partes de las vías del Sur de Bolívar las abrió el Viejón.

Tampoco se quedó atrás en la ingeniería militar, en la parte técnica. Siempre pensaba que la guerra era una empresa costosa y había que hacerla con menos recursos, no todo podía comprarse; nosotros mismos debíamos fabricar las armas. Pensó primero en hacer las granadas, eso implicó construir los talleres donde se necesitaban tornos, equipos de soldadura, prensas, herramientas y materiales de todo tipo, como en una ferretería. Toda chatarra se recogía y la usaba para la guerra.

El primer torno que se llevó para Campo Maíz, Micoahumao, fue una travesía de muchos días; casi cien hombres moviendo

* Auto o maquina pesada utilizado para la actividad de excavación.

los rodillos de palo y montando ese torno en una plataforma, ese aparato pesaba un montón de arrobas.* Siempre pensaba que, en el ahorro del esfuerzo, estaba el ahorro de la vida de su gente. Él era de esa idea. Al igual que en la guerra, y para eso era el armamento popular. Desbarataba las granadas para examinarlas, miraba sus partes, sus componentes y luego se daba las mañas para hacerlas como mejor podía. Primero usó fibra de vidrio, luego aluminio, siempre mejorando sus diseños; le gustaba que quedaran como si fueran industriales.

Siguió con la fabricación de las Katiuskas para atacar los remolcadores en el río Magdalena y parar la naviera, hacerle la guerra a la naviera. Cuando sus tropas usaban algo que se había fabricado, averiguaba bien si había servido o si algo había fallado.

El Viejón no descansaba buscando mejores resultados. Llegó el tiempo de darle nacimiento al famoso Cuturú, así lo bautizamos nosotros. Fue un camión ochocientos que se fue transformando en un vehículo blindado. Se le colocaron láminas de metal gruesas para proteger al chofer y las llantas, llevaba empotrados dos cañones dirigidos para tiro directo, que funcionaban como unas grandes escopetas. Se le hizo el sistema para colocar las dos ametralladoras punto treinta que teníamos. En el taller se hizo todo el montaje, dentro del camión funcionaba el armamento.

Llegaron también las innovaciones sobre las operaciones en el río para controlar a las pirañas.** Se ingenió la manera de blindar unos botes y les instaló unas ametralladoras para patrullar el río Magdalena. Esa construcción se hizo por los

* Medida de peso antigua que designa 25 libras.

** Botes de combate fluvial del Ejército colombiano.

lados de Montecristo, el otro lo pensábamos construir por San Pablo, por el lado del Piñal, pero nunca lo construimos.

Se adecuaron los buldóceres y los cargadores para la toma de puestos de policía. El buldócer cumplía dos funciones, llevaba la pala para tumbar las paredes del puesto y detrás de él llevaba la escuadra de infantería para el asalto. Igual lo hacía el cargador, sólo que era más ágil, había en todo esto un factor de sorpresa.

Aún siendo el mando, al Viejo Raúl los combatientes lo veíamos como un padre, la relación con él era muy fraterna. No era hombre de regaños caprichosos, sino como lo hacen los padres. A veces nos regañaba por faltas que cometíamos, pero al ratico iba a donde estábamos amontonados a mamar-nos gallo,* ya se le había olvidado el enojo. Claro, tampoco dejaba pasar errores.

Le hacíamos muchas pilatunas.** Una vez, estábamos en un campamento por los lados de El Colorado, cuando se fundó la Compañía Simón Bolívar, en el ochenta y nueve. Los pelaos estaban una noche en el caserío, se les ocurrió llevarse una burra, y más tarde en la noche se la amarraron con un cordel al palo donde el Viejo Raúl guindaba su hamaca. La burra amanejó ahí. Al Viejo no lo llamaron a diana, sino que lo dejaron quieto; cuando se levantó, toda la tropa estaba en el patio de formación y él con la burra amarrada. Se rascaba la cabeza y hablaba duro para que lo escucharan los muchachos:

—Malditos pelaos, me van a meter en líos con la autoridad.

* Es una expresión coloquial del argot colombiano que designa hablar en broma o de forma divertida.

** Travesuras.

—Esa es mejor que la del alcalde —le replicaban desde el patio.

Cuando el Viejón era campesino, por los lados de Santo Domingo, cultivaba arroz; por ahí se daba mucho. En la parte de arriba se sembraba con chuzo,* como el maíz; pero en las partes bajas, en los planes, a la orilla del río Santo Domingo, en esos playones, se regaba. Una vez se hizo una siembra regando las semillas, como había muchas palomas torcazas, llegaban en manadas y se comían las semillas; cometió el error de envenenar las semillas, se murieron más de quinientas palomitas. Para el Viejo fue un golpe tremendo, en ese tiempo era campesino, todavía no era guerrillero.

Él encarnaba la defensa de los animales, de los ríos, de los árboles; uno al lado del Viejo Raúl no podía matar ni un gusano, ni cortar un árbol; en eso era riguroso, su sentido ecológico era algo natural. Así actuaba con las dantas, tortugas, caimanes, peces, tigres, guatinajas y marranos de monte; defendía la naturaleza, su amor por ella era especial. Lo enseñaba a las comunidades y a su tropa, para que entre todos la defendiéramos. Se oponía a la minería que contaminaba ríos y tumbaba montañas que dañaban los nacederos de las aguas. Vivía vigilante que se respetara a la naturaleza.

Le gustaba criar animales para defender su vida y luego liberarlos. No comulgaba que se matara animales de monte para comer, ni pajuiles ni pavas. En ese tiempo no teníamos manuales sobre ecología, y si aparecía una culebra venenosa; nada, no podía matarse, el Viejo Raúl no dejaba.

En la Teta de San Lucas, a unos campesinos, alguien de un

* Es una herramienta con punta larga.

zoológico les había ofrecido dinero para capturar un pichón de oso de anteojos. Fueron y mataron la osa, agarraron la pichoncita, negra con los rodetes blancos en los ojos, tendría uno o dos meses de nacida, estaba muy pequeña, no pasaba de quince libras. Como los compradores no aparecieron, se fueron a ofrecerla a La Plaza de Micoahumado. Al enterarse, el Viejo Raúl va hasta allá, les decomisa la osita y sanciona a los campesinos por el daño causado, por matar la osa grande y capturar a la pequeña. No teniendo otra alternativa, por lo pequeña e indefensa, se la llevó para el campamento con la intención de criarla un poco y luego soltarla a la montaña; pues si la soltaba en ese momento era seguro que moriría.

La llamamos la Conga, por lo negrita. Su crianza fue todo un proceso. Los compañeros y las compañeras la alimentaron con tetero, la enseñaron a dormir en hamaca, a comer pan y confites. Ella aprendió a comer comida cocinada, lo mismo que la guerrilla, a comer carne. La osa fue creciendo, cuando llegó el momento de regresarla al monte, ella ya no quiso, veía a la guerrilla como su espacio o grupo, se acostumbró a marchar con los guerrilleros, a montar en los carros; se metía en el medio del chofer y del que iba en la ventanilla, se sentaba como un niño. Si la montaban atrás, en la carrocería, se paraba y con las manos se agarraba de una baranda. La guerrilla la llevaba para todas partes, era algo bien visto por los campesinos, era la mascota de la guerrilla.

Comenzó a conocer y recorrer todos los campamentos. Ella a veces se perdía uno o dos meses y aparecía en otro campamento. Donde la guerrilla estaba, llegaba, conocía todos los caminos. Se volvió muy traviesa y a veces dañina, nos robaba las hamacas y las cobijas para hacer sus nidos en las horquetas

de los árboles. También cuando alguien se levantaba en la noche a prestar su turno de guardia, al regresar se encontraba a la Conga metida en la hamaca, y no se podía sacarla porque se ponía muy brava. Teníamos que subirnos a los árboles a bajar hamacas y cobijas, pues las sacaba de los equipos. Igual se metía al sitio donde guardábamos todas las provisiones de comida y se llevaba los panes y los dulces. Todo debíamos guardarlo en cajones de madera y bajo llave, pues todo lo que fuera carne, chocolate, panela y dulce se lo robaba, se lo llevaba para el monte. Se llevaba la caja completa de chocolate de veinte o treinta libras, ella no trabajaba al menudeo, era al por mayor; igual con la panela, se llevaba la caja completa.

La Conga existe, todavía está por ahí. Ella se va cinco o seis meses, pero regresa donde está la guerrilla. Ha sucedido algo especial con ella, pues en ese territorio había muchas minas; eran minas defensivas que se ubicaron en sitios para proteger el área o algunos pedazos de montaña, ella se ha movido por todo ese espacio y nunca se accidentó, se pasaba por todos esos sitios y regresaba sin problema. Me contaron que la habían visto últimamente por la parte alta de la quebrada La Honda y andaba con una cría, sigue conservando su linaje, parece que aprendió algo de la guerrilla.

El Viejo Raúl hablaba mucho de Simón Bolívar, en esa época se hablaba de otras cosas, de Bolívar poco. Señalaba a Bolívar como un ejemplo a seguir, como el revolucionario de aquella época, no con muchos elementos y siempre lo vinculaba con el proyecto de la Gran Colombia. Hablaba de lo que Bolívar no pudo hacer, de lo que había quedado por hacer; y desde luego, de quienes lo habían traicionado, que el dolor de esa traición marchitó su vida y lo condujo a la muerte.

En esa época no alcanzaba a entender las cosas que nos decía el Viejón, las reflexiones en voz alta que hacía. Igual nos hablaba del Mariscal Sucre, y del lado oscuro de Santander. En los horarios de estudio colectivo los aprovechaba para sembrar en nosotros las ideas del Libertador, de su lucha contra la invasión de los españoles, del saqueo de los pueblos indígenas, del montón de muertos que había dejado la conquista y el saqueo, de la esclavitud de los negros y todo su dolor.

El Viejón ubicaba a Bolívar como un pensador más allá de nuestra realidad, lo veía en una dimensión universal. Decía que nosotros, a veces, solo pensábamos en Colombia, como si los problemas solo estuvieran aquí, que debíamos pensar en Ecuador, en Venezuela, pues en esas batallas por nuestra independencia murieron combatientes que eran de otros países, incluso de naciones aún por nacer. Pese a los gobiernos que en ese momento había en Venezuela, hablaba con respeto de ella, diciendo que era la cuna del Libertador.

El Viejón había estado en Venezuela finalizando la década del sesenta, trabajando en una hacienda del Zulia, atraído como muchos por las oportunidades económicas de esas tierras. Pero ese encanto pronto se vino abajo, se dio cuenta del maltrato que les daban a los colombianos, que no les pagaban y los amenazaban con entregarlos a las autoridades por indocumentados; conoció de algunos asesinatos por no pagarles por su trabajo. A muchos, los patrones los entregaban a las autoridades para que los expulsaran por ilegales, luego de haberlos explotado por años.

Antes que le hicieran lo mismo a él, como era costumbre de los hacendados, se juntó con otros cuatro trabajadores colombianos y se le adelantaron al patrón. Lo agarraron y lo

obligaron a pagarles una gruesa suma de dinero, de ahí descontaron su trabajo y distribuyeron el resto entre las víctimas y viudas de otros trabajadores que habían sido asesinados.

El viejón murió nueve meses antes que Chávez llegara al gobierno. Cuando eso, las autoridades de entonces seguían maltratando a los colombianos, no les pagaban su trabajo, los mataban. Había un sentimiento contra estas cosas, pero él nos recomendaba el amor al pueblo venezolano, porque era la cuna de Bolívar, nos decía que debíamos revivirlo en el ELN.

Fue el primer guerrillero en el ELN, que comenzó a colocarle la bandera de Colombia a su uniforme, se presentaron discusiones, pues esa misma bandera la llevaban las tropas enemigas. Él lo sustentaba en pocas palabras, decía que era un símbolo nacional de este país, que éramos colombianos, que la bandera nada tenía que ver en eso, además era el símbolo de Bolívar; por tanto, debía reconocerse como un símbolo de Los Libertadores, no de la burguesía colombiana; daba la discusión a otros niveles y seguía llevando su bandera en el uniforme. Lógico, algunos compañeros no lo veían bien. Él decía: nosotros podemos tener nuestra bandera roja y negra, pero también somos colombianos; ese símbolo, de los tres colores, merece mucho respeto.

En las acciones militares, donde se ocupaban posiciones enemigas, ordenaba no maltratar la bandera; infundía el respeto en su tropa por ese símbolo.

La relación del Viejón con sus hijos fue muy especial, eran cuatro, tres varones y una mujer. Los dos mayores, Miguelito y Jose, fueron dos pelados criados en los campamentos por donde él andaba, eran los que más le hacían pilatunas. Si bien era el padre, era también el amigo. A ellos les gustaba estar en

los campamentos con nosotros, él los mandaba para la casa y estaba muy pendiente de ellos para encarrillarlos en la lucha.

Los veía como los continuadores de la lucha. Siempre quiso que estudiaran, para darle mayor proyección a lo que el ELN estaba construyendo, consideraba que podían pasar muchas contingencias, que debían aprender para seguir la lucha. Miguelito era el mayor y estuvo muy cerca de todo lo que hacíamos en esa época, desde muy joven se inclinó por las armas y los combates. Tenía doce o trece años, iba a cuanto entrenamiento hacíamos, primero a mirar y terminaba metido de cabeza. Hacía lo que veía en los demás, desarmar las armas y jugar.

Cuando podía, el Viejón les colocaba algunas tareas para que los muchachos fueran practicando sus habilidades. En una oportunidad se le dañó una canana* donde guardaba un par de granadas, era de lona, y estaba ya muy roída. En presencia de ambos, solo se dirige a Miguel...

—Óyeme Migue ¿será que eres capaz de arreglarme esta vaina? —le extendió la mano con la canana güeva de toro.

Miguelito asintió con la cabeza, pero el Viejón le precisó lo que quería.

—Pero la haces en cuero.

Jose miró de reojo a su hermano, y no le quedó gustando que su papá tuviese preferencia con su hermano, dos años mayor que él. Pero ahí no le dijo nada y se lo guardó para cuando estuvieran solos.

* Cinturón ancho con compartimentos individuales para llevar armamento pequeño o municiones.

Miguelito se fue para el patio de formación buscando un buen sitio para realizar la tarea que le había colocado su papá. Tenía que marcar el cuero e inventar el resto para que le quedara bien. Jose lo siguió con curiosidad, pero estaba ardidido porque su papá no lo había tenido en cuenta.

—¡Ya está el café! —gritaron de la cocina—, los que quieren tomar que vengan.

—Jose ve tú por café —le dice Miguelito en tono de orden.

—Yo no tengo por qué ir.

Miguelito le repite por cuarta vez para que su hermano fuera:

—Ve por el café, tráelo y tomamos aquí; vas mirando y vas aprendiendo.

Jose estaba molesto y se niega a ir.

—¡Tú no sirves pa' una mierda! —dice Miguelito con rabia.

Jose le suelta un puño por la espalda a su hermano y sale corriendo. Miguelito agarra una de las granadas, sin quitarle el seguro, y se la tira, luego hace lo mismo con la otra, ambas le cayeron a menos de dos metros de los pies de Jose. Las dos granadas rodaron por el suelo del patio de formación, por espíritu de protección ambos se tiraron al piso a la pata de un palo a esperar lo que pasara. Luego Miguelito va y las recoge.

—No le vas a decir nada de esto al viejo —le dijo Miguelito a su hermano al momento de guardar las granadas.

El asunto quedó como secreto entre los dos. Pero recurrentemente Jose lo chantajeaba, se aprovechaba y cuando debían hacer alguna actividad le decía:

—Te toca Migue.

Si el hombre se negaba, le recordaba:

—Le cuento al viejo lo de las granadas.

Era automático, Miguelito cumplía. Hasta que se rebozó la taza. En la siguiente vez que apareció Jose con el chantaje, lo agarró del brazo y le dijo:

—Camine para donde mi papá y le decimos de una vez — Miguel tenía la respiración acelerada—, si me van a matar, que me maten, pero no me vas a chantajear más.

A partir de ese momento nunca más se volvió a tocar el tema entre los dos.

Cuando se construyó la compañía Simón Bolívar, Miguelito quedó como segundo al mando y primer mando de Tropas Especiales. Su proyección se truncó con su muerte en la operación de Santa Rosa ese quince de agosto. Esas muertes afectaron mucho al Viejón, en especial las de Miguelito y Carlos, o sea Dagoberto Rincón, también era como un hijo para él.

Miguelito era un muchacho con mucha capacidad militar, manejaba muy bien las técnicas y movimientos de Tropas Especiales. La forma de relacionarse con la tropa era muy parecida a la de su padre, encarnó la escuela del Viejo, así como el cariño con la población. En el combate era muy valiente, afrontaba los retos con coraje, quizá por eso ocurrió su muerte en Santa Rosa. Los valientes no piensan la muerte, sólo la viven como un instante de la lucha y terminan quedándose anclados en nuestro corazón.

El hombre se rebeló al estudio, no quiso estudiar, revoloteaba en los campamentos, desde muy pequeño quiso ser

guerrillero, fue quien más estuvo al lado del Viejón y aprendió de él. Se interesó mucho por los explosivos, hasta se malogró un dedo de la mano cuando se le explotaron unos estopines,* por andar de curioso. Nació para ser un militar.

Jose, el que le seguía a Miguel, a regañadientes estudió, pero seguía muy relacionado con la guerrilla, iba y venía, su lucha se ha dado en otros ámbitos. Lo capturaron el trece de febrero de dos mil uno en Venezuela y lo enviaron para Colombia. Su vida de preso fue ejemplar, encarnó la lucha de los presos, levantó allá dentro su nueva trinchera, allí arriesgó más de lo que debía. Lo enviaron primero a la cárcel Modelo de Bogotá, era un momento muy difícil en la lucha contra los paramilitares en las cárceles, pues todo lo querían controlar.

El castigo para un preso es enviarlo a los lugares más remotos o difíciles, para aislarlo de sus familiares, para obligarlo a cambiar de pensar, para ablandarlo; los envían entonces, a las cárceles que ellos llaman las más difíciles.

A Jose lo trasladaron de la Modelo, que era una cárcel con algunas condiciones favorables para los presos, a Cómbita. Ahí él también asume la defensa de los derechos de los presos, se presentan enfrentamientos con la guardia, choques y gaseadas. Terminan trasladándolo a la cárcel de Valledupar.

Sigue su lucha en Valledupar por el agua, por la salud y en contra de los abusos, atropellos y torturas a los que sometían a los presos. No se lo aguantan y lo remiten para la cárcel de Palogordo, en Girón.

* Es un cartucho de fogueo modificado: una vaina de latón de formas diversas, con un fulminante en el centro de su base y una carga que provoca la ignición de la carga principal. Suelen tener la boca sellada con ceras o resinas.

Lo mismo hizo en la Modelo, en la cárcel de Valledupar, en Cómbita, en la de Palogordo, o en la que le tocara. Luego de cada lucha lo remitían para otra cárcel, para que no siguiera creciendo en su liderazgo, siempre daba la pelea por defender los derechos de todos los presos. Jamás se arrodilló ante nadie, trabajaba lavando ropa o realizando cualquier otra actividad que, con dignidad, le diera para sobrevivir. Adquirió mucho reconocimiento en las cárceles, pues les ayudaba a todos los presos en los asuntos jurídicos, denuncias, demandas y exigencias al Instituto Nacional Penitenciario Colombiano (INPEC), cada nada le clavaba una tutela al Estado. En medio de tantas penurias, su lucha fue por el bienestar de todos los presos.

Estando en la cárcel de Palogordo, luego de más de once años de prisión, le llegó la libertad, añorada por siempre, para seguir en rebelión.

Antes de cumplir los diez
años comenzaron a gustarme
los gallos, pues cerca de mi
casa vivía el señor Campo
Elías Ayala, que a sus sesenta
años trajinaba con los gallos;
el revuelo que armaban
esos gallos en las peleas
atrapaba mi atención más que
cualquier otra cosa.



IV. EL PARQUE NATURAL

Cerro Burgos es un sitio de confluencia de muchas quebradas y caños, ahí llegan el Santo Domingo, el Boque, la Inanea, Cañabraval. Abajo del Carmen del Cocú llega Caño Barbú, es un brazo que se desprende del río Magdalena al frente de Bocas del Rosario y termina arriba de la ciénaga del Piñal. El otro brazo, el Brazo de Morales, es el que se abre del Magdalena en Badillo y termina en Cerro Burgos.

En el Brazo de Morales es como si las aguas del río Magdalena se regresaran, o se metieran para los planes del Sur de Bolívar. Esas aguas bañan, recogen o alimentan un montón de Ciénegas que hay entre este brazo y el río Magdalena. Por ahí está la Ciénaga de Simoita, la de Simití; en medio de Cerro Burgos y el Carmen del Cocú están la Ciénaga de Paredes, la Ciénaga de San Antonio, la Ciénaga de Pita y la Ciénaga del Piñal.

Esta es una zona de criaderos de bocachicos, bagres y otros peces. La época de subienda en el río Magdalena es en diciembre y enero, los bocachicos salen de esas ciénagas, se van a desovar a Cerro Burgos, ese sitio es un desovadero. En ese lugar se unen las aguas limpias de las quebradas con las del río Magdalena, ahí desovan y comienzan a subir por el río, pasan por San Pablo y Barrancabermeja. En julio comienza otra subienda, pero de todos los alevines, de pescaditos pequeños; no sabemos si nacen en Morales, o más abajo, en Magangué o El Banco.

Cuando comienza la subienda, estas nubes de alevines se meten por las quebradas de Cerro Burgos arriba, a la ciénaga de donde habían salido las bocachicas enhuevadas. Es una subienda hacia los criaderos, a las Ciénagas de San Antonio, del Popal, de San Luis, del Piñal y de Pita. Este fenómeno era desconocido por nosotros, solo conocíamos el de los peces grandes.

Un campesino nos contó que un hilo largo de peces subía por las quebradas, como a treinta centímetros de la orilla, no por el centro de ellas. Es un cordón infinito, que no se interrumpe y demora entre tres y cuatro días, subiendo y subiendo pececitos de no más de dos centímetros de largo, van con destino a las ciénagas, a crecer. Son bocachiquitos, blanquillitos, bagrecitos y doncellitas. Se meten por Cerro Burgos y suben hasta las últimas ciénagas que están al frente del Carmen del Cocú. La mayoría de ellos se quedan en las ciénagas de San Antonio, la del Piñal y la del Popal. Esos son los criaderos, se meten a criarse a las ciénagas, playones y pozas, de ahí hacen la siguiente subienda, la del río Magdalena.

Cuando descubrimos este fenómeno de los criaderos, tomamos medidas para protegerlos, se prohibió la pesca y el

tránsito de motores en esos sitios. Tampoco se permitió pescar por sangarreo. El sangarreo lo hacen cuando encuentran una palizada en una ciénaga o poza, la arrojan o encierran con un trasmallo o con una atarraya* y golpean en el centro para que los peces salgan de sus cuevas y caigan en las redes, así matan por montones.

Este tipo de pesca, como la del trasmallo son muy dañinas, pues no solo mata al pez grande, sino también babillas y tortugas. Al día siguiente uno pasa por estos sitios y encuentra a todos estos animales muertos.

Ahí estaban los criaderos, que generaban las subriendas en el río Magdalena. Este ecosistema está bajando a mano izquierda por el río Magdalena, o sea en el Sur de Bolívar, pues por el otro margen, por el lado de Santander y Cesar todas esas ciénagas las acabaron, todos esos playones los utilizaron para sembrar arroz y hacer potreros; por eso los manatíes terminaron refugiándose en esa área, y los pescadores de tres pueblos cercanos: Cerro Burgos, San Luis y El Piñal, los buscaban para comérselos.

El manatí come una hierba, un pasto parecido al gramalote, un pasto natural muy fino. Era fácil matarlos porque los pescadores sabían dónde estaban sus comederos, en las horas que salían a comer los aguaitaban** y los mataban con arpones.

Los primeros manatíes los conocí en un recodo de una quebrada, cerca del Club Los Sábalo, ahí se mantenía una parejita de manatíes. En ese espacio no pasaban de cinco o seis animales, en el último año de la década de los ochenta,

* Red redonda para pescar en aguas poco profundas.

** Observar a alguien o algo con suma atención y cierta dosis de malicia.

cuando nosotros andábamos por esos sitios en una comisión guerrillera. Fue muy dura la lucha con los pescadores, tenían la costumbre de matar al manatí, argumentando que necesitaban comida, en una zona donde sobraba el bocachico y todo tipo de peces.

Cuando empezamos la lucha para defender los manatíes, nos encontramos con los campesinos y pescadores que con el pretexto de necesitar comida querían matar un manatí; entonces conseguimos una vaca y se la llevamos para que comieran carne y dejaran quietos los manatíes. Fuimos prácticos, nada sacábamos con enfrentar irracionalmente las situaciones de la gente. Poco a poco la población fue entendiendo nuestras razones, junto a las explicaciones, llevamos proyectos agrícolas para resolver las dificultades de vida. La lucha se extendió a la defensa de los caimanes, las tortugas, los ponches y otras especies.

El Club Los Sábalos, era un club de pescadores, de gente de la ciudad que tenía que ver con la Nacional de Tabacos, iban a cazar animales, tenían autorización o permisos para hacerlo, se los daban las instituciones del gobierno. En esa parte sucedía algo único, subían desde el mar las manadas de sábalos hasta la ciénaga del Piñal, por eso el club llevaba ese nombre. Ese club estaba ubicado entre San Luis y Cerro Burgos. Sacaban sábalos de uno y dos metros de largo que llegaban por épocas, ahí no había criaderos de sábalos, los cazaban con anzuelo y con carabina.

Luego, nos dimos cuenta que estos tipos estaban llevando escopetas y comenzaron a matar ponches. Un día subíamos por un caño arriba, y la gente del club había pasado con unas escopetas más arriba, escuchamos los tiros; al rato empezaron

a bajar boyando en el agua unas garzas y patos yuyo. Los mataban solo por verlos caer, por probar su puntería. Los esperamos y cuando bajaron hablamos claro con ellos, les dijimos que no podían volver a la zona.

Seguimos en la lucha para proteger los manatíes, reuniones y más reuniones con los campesinos y pescadores del Cocú, del Piñal, de Cerro Burgos, del Colorado. Establecimos sanciones para quien matara un manatí. A los pocos años empezó a cambiar la actitud de la gente, nació en ellos el interés por cuidarlos. A mediados de la década de los noventa la mayoría de manatíes se refugiaron en la ciénaga de Pita.

A esa Ciénaga le entra un caño que la llena. En una creciente del caño, se taponó la entrada con taruya y palos, pero la salida quedó abierta. Nosotros estábamos por ahí cerca. Para proteger la reproducción de los peces prohibimos el uso de los trasmallos en toda esa región, por consideración a un campesino con más de ochenta años de edad se lo permitimos y así podía alimentarse; en esas el hombre pasó a revisar su trasmallo y regresó a las seis de la mañana a donde estábamos, nos dice que los manatíes se estaban ahogando, se estaban muriendo.

De inmediato salimos a recoger campesinos para que nos ayudaran a socorrer a los manatíes que estaban en apuros. Nos fuimos a destapar la entrada del agua, había veintiocho manatíes en esa ciénaga. No entendíamos lo que había sucedido, pues hacía cuatro años solo eran cinco animales. Si ellos se reproducen cada cuatro años, o sea una sola cría en ese tiempo, no podía haber tantos. Cuando mucho debía haber unos diez. Con el tiempo unos europeos nos comentaron que los manatíes se comunican, como las ballenas o los delfines, si ellos encuentran un sitio donde no los molesten, lo transmiten

y a dónde llegue su señal, los que la reciben emigran; entonces habían emigrado del río Magdalena o de otras partes para esa zona. Habíamos creado un santuario para los manatíes; decretamos, entonces, a esa zona parque natural, era la finca llamada La Sucumbeza, propiedad de unos narcos. Además de proteger los manatíes, también incluía a los caimanes, babillas, patos reales y todas las especies que poblaban esos territorios.

A mediados de la década de los noventa, la pelea para defender a los manatíes estaba ganada, a nadie se le ocurría matarlos. El último intento lo había realizado la comunidad del Piñal, dos años antes. En esa navidad solicitaron permiso para matar un manatí, querían comer carne en las fiestas. Con la comunidad llegamos al acuerdo que no se volvería hablar sobre el tema. No volveríamos a hablar sobre los manatíes, nos comprometimos a conseguirles un novillo, pero les llevamos dos. De ahí en adelante para las fiestas colocábamos la carne, o si había alguna actividad en la comunidad igual les ayudábamos para la comida. Nunca más se volvió a hablar de los manatíes como si fueran carne para el consumo, sino como algo que debía ser cuidado, se ganó conciencia. Cuando llegaron los paramilitares con su barbarie, las comunidades les obligaron a respetarlos.

Cuando un manatí se quedaba atrapado en un caño tocaba ir a sacarlo, ocurría también en las ciénagas, pues ellos se metían a comer pasto muy a la profundidad de los caños, y al bajar el nivel del agua se quedaban atascados. Los pescadores se daban cuenta y nos avisaban.

Nos íbamos con los campesinos a abrirles brechas entre el barro para que pudieran salir, por lo general teníamos que empujarlos; pues si bien ellos tienen mucha fuerza en las aguas

profundas, cuando alguno se queda varado es como una bola, que rueda para donde uno empuje, por eso hay que ayudarlo, pues sus aletas no le dan ni para caminar ni arrastrarse. Un manatí por fuera del agua, donde le pegue el sol, yo creo que máximo aguanta una hora, y se muere. Ese animal es muy débil con el sol, muy frágil.

Una vez en la Ciénega de San Luis se quedó uno varado. Esa es una ciénega grande. Era diciembre, época de verano, cuando los campesinos vinieron con la novedad que había un manatí varado. Lo vimos adonde salía a respirar, ya no tenía acceso al río ni a las quebradas grandes ni a las otras ciénegas. Se había quedado aislado en esa ciénega, tenía una entrada muy reducida para el tamaño del manatí, no pasaba de cuarenta centímetros y no había otra salida.

Conseguimos una chinchorra, con las que pescan en el Magdalena, como de cuatrocientos metros de largo; la doblamos en tres partes para no maltratar al manatí, nos quedó como de cien metros y nos metimos veinte personas al agua a agarrarlo, sacarlo de ahí y tirarlo a las aguas profundas. Fue una lucha de más de dos horas. Ese animal tenía mucha fuerza; pues cuando lo tocaba la red, él empujaba hacia fuera. Si la red no la hubiésemos doblado, se hubiesen maltratado sus aletas o su trompa. De todas maneras, cuando él empujaba a todos nos tiraba al agua.

Ese manatí pesaba unas treinta arrobas, aún no era adulto. Lidiamos mucho para sacarlo. Al final conseguimos unos tablones, los forramos con el mismo barro de la ciénega y lo subimos empujado al bote, así lo pudimos llevar hasta las aguas profundas, donde lo soltamos.

Al principio esos manatíes eran muy ariscos, era difícil ver

uno en alguna de las ciénagas. Yo le gasté mucho tiempo para poder verlos, eran días enteros esperándolos que salieran a comer; luego con el tiempo se mantenían muy cerca de los case-ríos, por los lados del Piñal, de San Luis. No es un animal que sale a la orilla, es muy tímido; sus ojitos muy pequeños le dan un aire de ternura, que al ser inofensivo terminan de confirmar su ternura. Estos gorditos tiernos solo se ven cuando salen a resollar o a comer. Claro, sí uno se le monta por encima con un bote, él se espanta y puede voltear el bote.

Una vez un manatí nos hundió una barqueta donde iban varios compañeros. Les habíamos advertido que por las áreas donde estaban los manatíes debían andar a poca velocidad; porque andando despacio el manatí alcanza a sentir el ruido del motor y se mueve del sitio y uno alcanza a verlo donde está. Los compañeros iban a mucha velocidad y en una curva se le montaron al manatí; la barqueta voló lejos y ellos se hundieron; no se ahogó nadie, quedó el susto y la enseñanza. Había que respetar su espacio y tener mucho cuidado por donde ellos se movían.

El manatí después de ser un animal tan perseguido, objetivo número uno de caza, se convirtió en el centro de la protección, la gente aprendió a quererlos y a cuidarlos, pasaron a ser parte del entorno y de la vida en la región. La gente extendió sus afectos a los patos, las babillas, los ponches, y a todos los animales que había en esa zona natural.

En la última mitad de la década de los noventa, junto a los paramilitares llegaron los palmeros y las transnacionales, y el panorama de la región comenzó a cambiar. Aún estando los paracos seguíamos en la resistencia defendiendo estos ecosistemas. Los humedales y las ciénagas que habían sido

comunitarias, a partir del año dos mil pasaron a manos de los terratenientes cultivadores de palma, también estos territorios se abrieron a la exploración petrolera. Por eso se dice que los paramilitares llegaron a preparar las condiciones para los que luego se beneficiarían, como siempre disfrazados con el llamado desarrollo.

Se han titulado a particulares ciénagas y humedales. Hoy, ambos lados del río Magdalena se parecen, los potreros y las plantaciones de palma vencieron sobre las ciénagas y los humedales.

V. EL ARRIENDO A LA NATURALEZA

Otra tarea difícil fue con los patos, la gente los quería matar porque no dejaban cultivar arroz en esa tierra. Los patos comenzaban a comer arroz desde que espigaba hasta que estaba maduro y la combinada podía cortarlo. Se comían dos hectáreas, entonces para defender los patos sembramos las dos hectáreas para que se las comieran y asunto solucionado, era el arriendo que se pagaba a la naturaleza.

De las cuarenta hectáreas que tenía el proyecto de arroz, dos eran para los patos, las que estaban más pegadas a la parte cenagosa, ese arroz estaba entre el agua; por eso a ellos les gustaba, a la vez que nadaban, comían. A ese pedazo nosotros le decíamos el cultivo de los patos; ellos se amañaban ahí, incluso dormían. Eso era de ellos.

La protección de los animales y de la naturaleza nació desde la guerrilla, fue algo muy natural. El gobierno no se aparecía,

en esa época el Inderena (Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente) no hacía nada; a parte de su tradicional corrupción, era poco lo que hacía. Daban permisos para cortar madera, pero sobre los animales nada. Supuestamente estaban por ahí controlando que la gente respetara unas medidas, solo eran mentiras, eso era falso. Nunca hubo defensa alguna.

La defensa verdadera fue la que hicimos la guerrilla junto con las comunidades. Al Estado, al gobierno nunca los vimos defender ni a los manatíes ni a los tigres, porque en esa zona también había tigres. Fue dura la defensa de los tigres, pues los ganaderos son un poder en esa región, ellos pagaban recompensas a quien matara un tigre, le daban dos novillas por cada tigre muerto.

Por esas tierras hay historias de cazadores de tigres; fueron famosos Alirio Garrido, Pedro Barba, y un señor de apellido Jiménez; ellos tenían una finca en los playones, abajo de Norosí. En esos playones había mucho tigre.

Una vez se fueron a mirar el ganado y les faltaba una novilla. La buscaron hasta que la encontraron muerta, el tigre se había comido la mitad y el resto lo dejó tapado entre la hierba del playón, en unos zarzales. Se pusieron de acuerdo para cobrarle la cuenta al tigre.

Encima de un palo de Cantagallo armaron con palos una camareta, un andamio improvisado para aguaitar al tigre en la noche. Casi oscureciendo salieron armados de linternas y escopetas en su búsqueda. Llegaron sigilosos al palo y se encaramaron, la camareta les había quedado ideal para sorprender al felino. A las ocho y media de la noche, el tigre llegó puntual por la otra mitad de la novilla; la destapó con calma y

la arrastró hasta la pata del palo de cantagallo a terminar de comérsela.

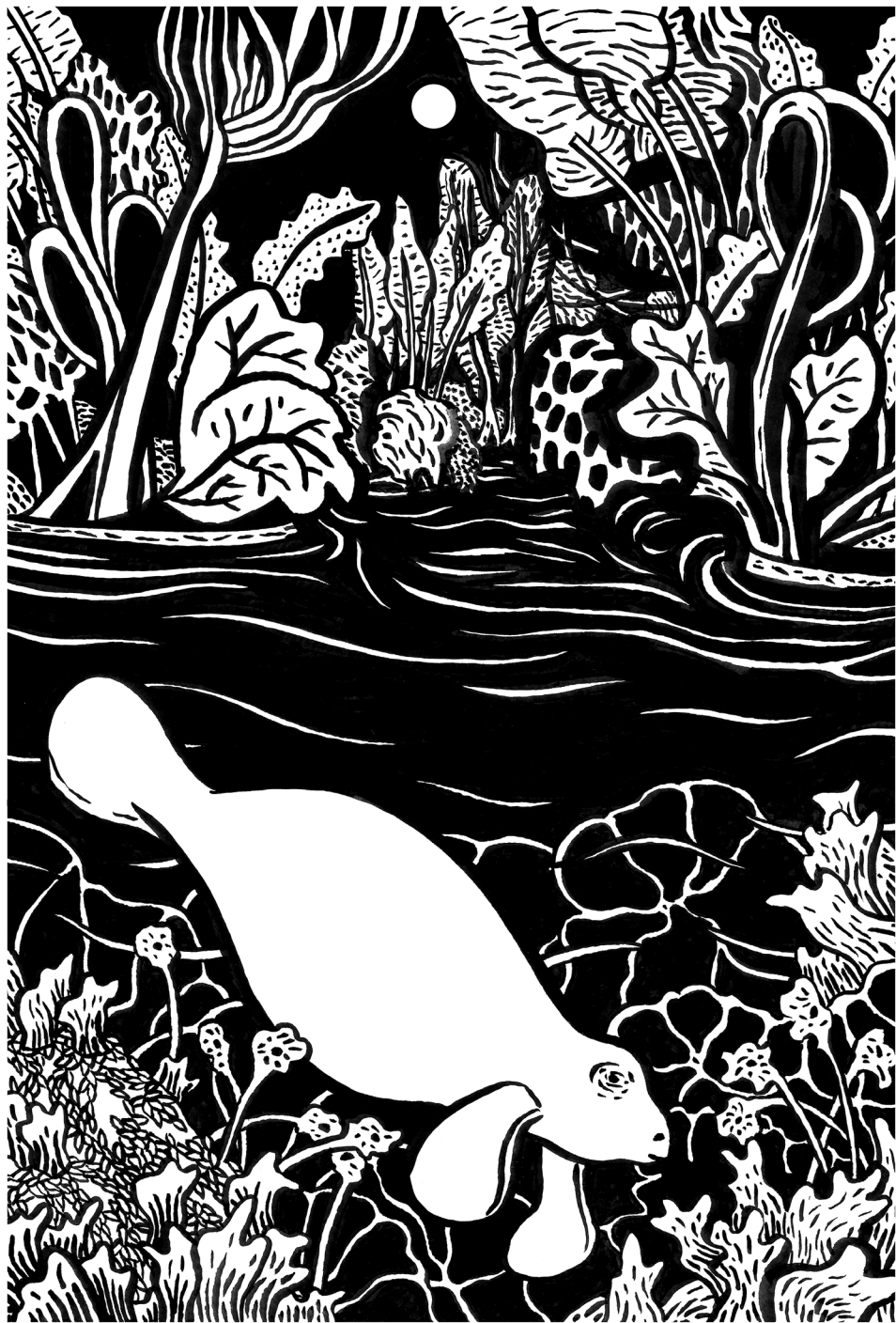
Estos tres personajes eran ya sesentones y gordos. Alirio Garrido era alto y Pedro Barba bajito, pero bien pipones. Cuando el tigre se acomodó debajo del palo para comer, los tres se movieron, ellos argumentaban que era para apuntar mejor, que para alumbrarlo y tirarlo con las escopetas; pero la gente decía que estaban cagados del susto.

Estando en esos movimientos se les soltaron los lazos y bejucos con los que habían amarrado los palos de la camareta. Los tres pipones se fueron al suelo. El susto fue tremendo, pues cuando ellos venían en el aire, soltaron tal grito que el pobre tigre pegó otro igual y salió corriendo despavorido.

Esas tres pipas, cuatrocientos kilos en picada, cuando cayeron al suelo encima de la novilla y en el lodo, enterraron linternas y escopetas. Por el susto ninguno se acordó de ellas y arrancaron en un solo impulso hasta el caserío.

Cada vez que ellos se ponían a tomar, no les faltaban busca pleitos picándoles la lengua. Sólo bastaba mencionarse la palabra tigre en su presencia para que la discusión entrara en calor. Entonces el uno acusaba al otro de miedoso, quien a la vez le ripostaba con tono doble. Al final nunca se supo a cuál de ellos le dio más miedo, lo cierto es que los tres se llevaron tremendo susto. En la región los llamábamos los matatigres o los matatigres de Norosí. El tigre nunca más volvió y el pedazo de novilla terminó pudriéndose.

El manatí después de ser un animal tan perseguido, objetivo número uno de caza, se convirtió en el centro de la protección, la gente aprendió a quererlos y a cuidarlos, pasaron a ser parte del entorno y de la vida en la región.



VI. PORROCO

En la fiesta de la Virgen del Carmen, cada 16 de julio, en San Pablo se hacen competencias de canoas con canaleta*, en ellas participan los pescadores. Una de las pruebas es ir de San Pablo hasta Puerto Wilches y regresar en una sola jornada. La otra consiste en abrir la atarraya más grande, por lo regular es una atarraya de seis o siete varas.

Estas competencias siempre las ganaba Porroco, nadie podía ganarle; era pescador desde niño y se había criado en la ciénaga de Canaletal, al lado de San Pablo. Era un tipo moreno, de esos riverseños; acuerpado y musculoso, de pecho ancho y de un metro con sesenta y ocho de estatura. Siempre andaba a pata limpia, sin camisa y en mochos, así como pescaba. Este tipo abría una atarraya de ocho varas.

* Es un herramienta de pesca hecha de madera que se utiliza para bogar (remar) y hacer avanzar la canoa.

Porroco cayó en el vicio de las drogas, sobre todo en el bazuco;* y empezó a afectar a la gente robándoles para comprar droga. Se cruzaba para la isla Medellín, frente a San Pablo, cortaba racimos de plátanos, hacía un bulto con ellos, cruzaba nuevamente el río y lo cambiaba por bazuco. A los remolcadores que llegaban con carga, los abordaba a media noche y les robaba las canecas llenas con combustible, tiraba tres o cuatro al agua y más abajo, por el lado del Porvenir, las sacaba él solo; nada más que para alimentar el vicio.

La familia nos buscó y nos solicitó que le ayudáramos, que lo rescatáramos de las drogas. Organizamos un comando que fue a San Pablo y lo sacó de una olla de vicio. Lo llevamos para Las Ahuyamas, junto con otro compañero de él. Para rehabilitarlos los colocamos a trabajar un tiempo en obras para la comunidad, la misma gente les colocó tareas, hicieron la primera zanja de los cimientos del colegio de bachillerato de Las Ahuyamas, una obra que construimos entre el ELN y la comunidad, desde luego con la cuota de Porroco y su amigo.

A los quince días ya se había motilado, pues lo habíamos recogido muy descuidado, con el pelo largo, barbado y casi sin ropa. Le conseguimos unas prendas, se lo alimentó bien; al mes estaba gordo. Lo tuvimos en este tipo de trabajos más de un año, tiempo en que el hombre se regeneró.

La familia entró en el desespero de llevárselo, lo veían bien, creían que ya no volvería al vicio. Se lo llevaron otra vez a San Pablo. Al poco tiempo volvió a caer en las drogas y por ahí derecho siguió en los robos, pues lo que pescaba no le daba para sostener el vicio. En uno de sus robos a un remolcador, los que trabajaban en la embarcación lo descubrieron y lo mataron a

* Es un tipo de droga de muy bajo costo hecha a base de cocaína.

garrote. Ese fue el final de Porroco.

Fue un hombre muy querido en la región, son de esos personajes anónimos de los pueblos. El otro muchacho que nos llevamos con él, se quedó cerca de cinco años con nosotros y más nunca volvió a reincidir en las drogas.

VII. PETELE

En la familia Espinel de San Pablo, eran varios hermanos. A uno le llamaban Ratón, otro era Jairo, la muchacha Nubia, y al muchacho especial todo el pueblo le decía Petele; hablaba a media lengua, lo creían bobo, pero era más avisado que cualquiera.

Petele era un negociante de calle, se caminaba el pueblo y todas las veredas, vendiendo hielo y helados. El hombre era de contextura gruesa; el pelo algo apretado, desarreglado y vestía mal. A veces andaba sin camisa, con el mero pantalón y con la bragueta abierta. Muy descuidado, pero trabajador, se rebuscaba para la comida y le quedaba para los ahorros.

Era muy vivo para los negocios. Salía para la zona rural a vender helados, y lo que encontraba se lo llevaba para el pueblo y lo vendía. Recogía naranjas, yucas, plátanos y de cuando en cuando alguna gallina que estuviese mal colocada. Las

ventas le daban para hacer ahorros, había comprado un ganado que era propio de él.

En sus correrías por el campo conoció a la guerrilla, nosotros le comprábamos helados, lo molestábamos haciéndole chanzas* de todo tipo. Petele se sentía a gusto con los muchachos guerrilleros y aprendió a quererlos, los veía como sus paisanos, como a unos iguales, pobres como él.

Petele era muy querendón de la guerrilla; no la iba con la policía, tenía una espina atravesada en el corazón porque en una oportunidad le habían pegado en San Pablo. Cuando la guerrilla de las FARC,** en una acción en San Pablo, se llevó capturados unos policías, Petele fue a vender helados a Pozo Azul, y ahí se encontró a los que lo habían golpeado, las FARC los tenía detenidos. Le repartió helados a los guerrilleros y a los policías nada; para despedirse fue hasta donde estaba el policía que le había pegado y le atravesó tremenda cachetada delante de todos. Petele se guardaba sus rencores hasta que reventaba.

En una oportunidad Petele fue a vender helados a Monterrey, la gente decía que en un instante de descuido el hombre agarró dos gallinas, las mató y las metió en el termo de los helados. Los campesinos se dieron cuenta y le informaron a la guerrilla lo que había sucedido y que las dos gallinas ya iban de viaje para San Pablo. Los compañeros le salieron a la carretera y pararon el carro; le dicen a Petele que baje el termo para requisarlo. La información era precisa, las dos gallinas iban bien acomodadas. Petele de inmediato reviró, alegó diciendo que la gente le tenía rabia y que le habían metido esos animales sin

* Hacer bromas.

** Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

que él se diera cuenta; que la gente quería que la guerrilla lo matara. Los compañeros no le creyeron, pues ya se sabía que él era liso con la mano. Como sanción le dijeron que abandonara la zona.

Petele no se dio por vencido, solicitó hablar con los mandos de la guerrilla para dar su versión de los hechos.

—Petele roba ah gallina, Petele es ladrón y tiene que irse. Guerrilla roba ah Caja Agraria, roba ah carro y dicen ah recupera; guerrilla no roba, Petele sí —argumentaba el hombre mientras manoteaba.

—Que Petele es ladrón, ese es el quento —seguía diciendo.

El hombre no era bobo, relacionaba las cosas y se comparaba con nosotros, trataba de darle lógica a sus actuaciones y a su vida.

En la plaza de San Pablo, el pesero Abigail, tenía la venta de carne. Luego que terminaban las ventas el sitio quedaba sucio y los mesones llenos de sangre. Para hacer más presentable el negocio contrató a Petele para que lo lavara y aseara.

Petele asumió con juicio su trabajo. Luego de un tiempo el pesero se las quiso dar de vivo, no le pagaba y le mamaba gallo cuando le cobraba. Al final Petele se llenó de rabia, de ahí en adelante, todas las noches iba cerca del negocio, se cagaba y luego le untaba de mierda la cadena y el candado que aseguraban la puerta, las llenaba de mierda para cuando Abigail abriera el candado, terminara untado. Cuando contaba con suerte y no se untaba, sin falta, a las dos o tres de la mañana le tocaba lavar con detergente la cadena, el candado y el resto de la puerta.

Abigail no tuvo otra opción que ponerle vigilancia al negocio, le puso celador. Pero cuando Petele se acercaba y veía que no podía atacar ahí, arrancaba para la casa del viejo Abigail y le embadurnaba toda la puerta de mierda. Le tocó entonces poner la queja con la guerrilla, pues Petele se volvió un guerrero con un arma muy poderosa.

Por más vigilancia que le colocaban al negocio y a la casa, Petele no dio el brazo a torcer. Nos tocó llamarlo para hablar con él y disuadirlo para que no siguiera con sus olorosos ataques.

—Si no ah paga los diez mil pesos, se los hago gastar en detergente —Petele fue fulminante en su sentencia.

Al viejo Abigail no le quedó otra alternativa que pagar su deuda. Fue la única manera que no le siguiera embadurnando de mierda las puertas del negocio o de la casa.

Como toda fuerza de ocupación, que no conocen nada de las comunidades que ocupan y expolian, los paramilitares mataron a Petele en el primer año del siglo veintiuno en Monterrey. Lo acusaron falsamente de haber cometido una violación. La gente fue a reclamarlo, pues nunca hubo tal violación. Ese pueblito no pasaba de setenta casas, todo el mundo se conocía. Jamás apareció la niña violada.

Fue tanta la presión de la comunidad, que el mando paramilitar agarró a dos de sus hombres y los acusó de ser los responsables de la supuesta violación y los fusiló delante de la población para quitarse la presión de los reclamos. A Petele lo mataron por matarlo.

A este personaje, aparentemente anónimo, lo quería la gente de la región. A su entierro fueron más de mil personas en San

Pablo. Para todo tenía dichos, y al final decía: Ese es el quento.

Si alguien visitaba San Pablo, y no conocía a Petele, se podía decir con seguridad, que no había conocido a San Pablo.

En la fiesta de la Virgen del Carmen, cada 16 de julio, en San Pablo se hacen competencias de canoas con canaleta, en ellas participan los pescadores. Una de las pruebas es ir de San Pablo hasta Puerto Wilches y regresar en una sola jornada. La otra consiste en abrir la atarraya más grande, por lo regular es una atarraya de seis o siete varas. Estas competencias siempre las ganaba Porroco, nadie podía ganarle; era pescador desde niño y se había criado en la ciénaga de Canaletal, al lado de San Pablo. Era un tipo moreno, de esos riverreños; acuerpado y musculoso, de pecho ancho y de un metro con sesenta y ocho de estatura. Siempre andaba a pata limpia, sin camisa y en mochos, así como pescaba. Este tipo abría una atarraya de ocho varas.



VIII. LA JUSTICIA DE CHUCHO GUARAPO

Chucho Guarapo había nacido en Santa Rosa y terminó viviendo en Monterrey donde conducía un carrito. Trabajaba por los lados de la quebrada La Humareda, cada nada se emborrachaba, tomaba mucho trago.

El hombre era grosero con todo mundo, incluso con la guerrilla; cuando le daba la gana los dejaba subir al carro, pero cuando no quería decía:

—Hoy no estoy para cargar a nadie, —e insultaba al que fuera, por eso la gente dudaba de él.

En su carro llevaba pasajeros con sus cositas y combustible para los trabajaderos que había en esos lados. Los paramilitares ya estaban metidos en el pueblo y las veredas. Chucho tenía una casa amplia con corredores; un día llegó a su casa y encontró a los paramilitares instalados en la sala viendo televisión,

sin mirar a nadie entró y les apagó el aparato. Los paracos no dijeron nada, salieron y se fueron.

A los veinte días, cuando volvió del trabajo a su casa, encontró a su mujer conversando muy animadamente con los paracos, se fue directo a donde ella y sin ninguna contemplación la prendió a cachetadas, de inmediato los tipos lo agarraron y lo llevaron al parque de Monterrey, donde lo amarraron a un árbol. Se fueron para una cantina y al rato regresaron con una prostituta y la amarraron junto a él. Ahí amanecieron amarrados. A medio día los soltaron y los dos se fueron a tomar.

Chucho Guarapo, más que ningún otro día, gritaba a todo pulmón:

—¡Me voy de este pueblo hijueputa!

Las cosas que van a suceder, suceden; pero si se anuncian, se anticipan. Tal como dijo Chucho, montó sus corotos al carrito y salió rumbo a Santa Rosa; en San Blas se bajó a tomarse una cerveza, en ese mismo momento llegaron los paracos y le dijeron que los llevara a Cuadros, por la finca de Diana Giraldo.

—No hay problema, me tomo esta cerveza y los llevo, —les dijo Chucho empinándose la botella.

Los paracos empezaron a subirse al carro y se acomodaban mientras terminaba la cerveza. Como era normal en Chucho por sus groserías remató diciendo:

—Móntense, móntense bastantes hijueputas, para que mueran más bastantes.

Prendió el carro y arrancó a rodar por esa carretera que conocía palmo a palmo; sin dudar un segundo, llegó al primer barranco que ya había calculado y tiró derecho el carro con la

sentenciada carga. Rodó por el barranco abajo, cuatro muertos y otro tanto de heridos, entre ellos Chucho.

El paraco que iba de mando, estropeado como estaba, se comunicó por radio con su jefe para saber qué hacía con los muertos y heridos, en el receptor se escuchó una voz ronca que decía...

—Tire a esos hijueputas al río.

Terminaron de matar a uno que estaba mal herido y también fue a parar al río.

—¿Qué hacemos con Chucho Guarapo que quedó mal herido?

—Maten a ese hijueputa, —respondió la voz ronca, esta vez más malgeniada.

IX. PREFIERO HACERME MATAR

Los paramilitares entraron al Sur de Bolívar en el año noventa y ocho. La primera incursión la hicieron por Cerro Burgos, los movieron en camiones desde Córdoba, los descargaron en Barrancabermeja y en Sabana de Torres, de ahí los llevaron en las guardacostas y pirañas del gobierno.

Ahí en Cerro Burgos estaba el viejo Andrés Molina, un líder de toda esa zona y era oriundo de San Luis. Los paramilitares tenían información de él y lo acusaban de ser colaborador de la guerrilla. Ocho días antes había hablado con él y como ya se habían presentado varios intentos de penetración de los paracos, le advertí para que tomara medidas y se protegiera.

El viejo Molina tenía un revolver treinta y ocho, que limpiaba a cada nada para mantenerlo en forma. En esa época compramos unas escopetas calibre doce, guacharacas de cinco tiros. Al enterarse, nos propuso que le cambiáramos el revolver

por una escopeta de esas, y nos anunció su propósito:

—Prefiero hacerme matar antes de irme de Cerro Burgos
—lo dijo en un tono casi militar.

En efecto, el once de junio del noventa y ocho, los paramilitares llegaron al pueblo y se fueron directo a donde él tenía una cantina. El viejo estaba listo y de entrada dio de baja a tres paracos, entre ellos al que portaba la ametralladora e hirió a dos más. Se atrincheró en la casa y para poderlo matar les tocó lanzarle granadas y quemarle la casa. Esa fue la primera incursión. El viejo Molina cumplió su palabra.

Ante el acoso paramilitar, el primero de julio los campesinos de toda esa región iniciaron sus marchas de protesta contra el gobierno por el abandono y desprotección. Fue un verdadero éxodo, como ellos lo llamaron. Se dice que pasaron de dieciocho mil las personas que salieron para distintas partes a expresar su inconformidad, pero todos coordinados. Diez mil para Bucaramanga, quinientos para Bogotá; otros para San Pablo, Morales, Arenal y Tiquicio.

El cuatro de octubre lograron negociar con el gobierno; entre lo más resaltante fue la construcción de un Bloque de Búsqueda contra los paramilitares, y un plan de desarrollo para la región elaborado por las mismas comunidades. Al final el Bloque de Búsqueda resultó siendo para matar a los dirigentes campesinos.

Para elaborar dicho plan los líderes se reunieron con las comunidades de la región, caminaron vereda por vereda recogiendo el sentir de sus gentes, querían que fuese levantado con la propia voz de sus habitantes, que ellos mismos definieran las prioridades.

Los líderes campesinos tienen que asistir a una reunión para revisar la elaboración del plan de desarrollo; empiezan a desplazarse el veintinueve de octubre, para llegar el treinta a la cita. La gente fue saliendo en dirección a San Pablo. Cada uno lo hizo por su propia ruta.

Ese treinta de octubre, un montón de paramilitares atajan a la gente en Guarigua, cuatro kilómetros antes de llegar a San Pablo, y matan a cuatro líderes que habían estado movilizados en Barrancabermeja; partieron en cuatro pedazos cada uno de sus cuerpos y los entierran en una fosa detrás de una casa. El catorce de noviembre llegó la Fiscalía y la Defensoría del Pueblo a realizar el levantamiento de los cadáveres.

Para la gente quedó claro el mensaje, por eso agarraron camino, no podían esperar a los paramilitares cruzados de brazos en sus viviendas; lo conveniente era buscar otro refugio más seguro.

Los paramilitares, luego de esta masacre, incursionaron por la Ciénega de Simití, de ahí se movieron hacia San Blas; eran unos doscientos hombres, los mandos eran Popeye y un teniente del Batallón Guanes de Bucaramanga llamado Santander. Se acantonaron en San Blas y en los alrededores en una finca, divididos en dos unidades. Nos ubicamos cerca e iniciamos actividades de inteligencia con el fin de atacarlos.

El día que los atacamos, ellos detectaron nuestros movimientos y la mayoría logró salirse del cerco. A las tres de la madrugada, cuando atacamos, solo quedaban unos poquitos. Apenas logramos dar de baja a tres de ellos y recuperamos dos fusiles. Los que salieron se replegaron hacia San Blas, donde estaba la otra unidad.

Hicimos un registro del sitio y nos salimos a las cinco de la mañana por la carretera de Cuadros en dirección a Monterrey. Ese ataque lo hicimos en conjunto con el Frente Veinticuatro de las FARC. A las seis y media de la mañana, cuando estábamos en las orillas del río Boque, detectamos movimientos por la parte de encima, venía una tropa por la carretera, por el plan. Al momento nos damos cuenta que son paramilitares y en el avance quedan en medio de las dos compañías nuestras. Ahí se presenta el primer combate a campo abierto con ellos. El combate duró una hora y media, se dieron de baja a treinta y siete paramilitares, de nosotros solo murió un compañero. Los cadáveres de los paracos los llevamos a Monterrey, los heridos en su afán por salirse terminaron tirándose al río Boque, por eso nunca se supo la cantidad exacta de bajas; sólo pudimos contar los muertos que quedaron en el terreno. Esos cadáveres los entregamos a la Cruz Roja Internacional.

Como no conocíamos al tal Santander, segundo mando de los paracos en la zona, no pudimos reconocerlo. Sólo cuando la Cruz Roja Internacional se llevó esos cadáveres para darles sepultura en San Pablo, los campesinos que lo conocían, lograron identificarlo. Nosotros reaccionamos para tratar de rescatar esos cadáveres para hacer la denuncia y evidenciar que el ejército andaba con los paramilitares, pues además de Santander que era teniente del ejército, habían caído también tres soldados profesionales. Ya era tarde, el ejército de Barrancabermeja se había robado los cadáveres del cementerio de San Pablo.

En esa operación también murió Popeye, así que esa tropa de paracos quedó sin mandos. Entonces se replegaron, se regresaron a Simití a reorganizarse. Juntaron una unidad más grande,

llegaron a ser más de trescientos a finales del año noventa y ocho, eso fue luego del éxodo campesino a Barrancabermeja.

Se habían imaginado que en el Sur de Bolívar podían operar en unidades de diez o veinte, como lo hacían en Córdoba, para hacer las masacres y salirse. No conocían la cantidad de guerrilla que había en ese territorio o subestimaron la capacidad de la guerrilla. Pensaron que con doscientos hombres podían sacarnos.

Esa unidad paramilitar comienza a tomar posiciones en el territorio, crean bases en Bella Vista, San Blas, Monterrey, Pozo Azul y la base llamada El Cagao. Eran bases fijas, para sostener y resistir los ataques de la guerrilla.

La defensa de estas bases a ellos les restaba movilidad. De todas maneras, venían preparados para incursionar a la profundidad de la Serranía de San Lucas; montaron otra base abajo de Santa Rosa, en el caserío que llaman la Belleza y mantenían la base sobre Simití. Se metieron con setecientos hombres a la Serranía, fue cuando Carlos Castaño dijo que iba guindar la hamaca en San Pedro Frío, en la propia Teta de San Lucas.

Esa unidad grande entró por varios lados, por la Belleza, por Santa Rosa, por La Torera; cruzaron la quebrada La Honda, llegaron a San Luquitas y subieron a San Pedro Frío. Ahí ubicaron la base, eso está a cinco kilómetros de la Teta de San Lucas, de la propia Teta.

Llevaban la orden de sacarnos de ahí, porque la Serranía de San Lucas era la retaguardia de tres frentes guerrilleros del ELN: el Frente Luis José Solano Sepúlveda, el Guillermo Ariza y el Alfredo Gómez Quiñones. Esos frentes, junto con otras unidades, movían más de mil guerrilleros en ese territorio.

Esa guerrilla hace un despliegue en la zona para bloquear los accesos de los paramilitares e impedir el aprovisionamiento logístico y de alimentos, un verdadero cerco. La situación para los paracos se hace muy dura, intentan romper el cerco dos veces y fracasan; también intentan atacar una base de observación que teníamos en La Guarapería y mueren trece de ellos.

Estos fueron los primeros muertos, pues de ahí en adelante empezamos a penetrar los territorios donde estaban asentados, les llegábamos cerca de los dormitorios, en los bañaderos, en los caminos de salida, en todos esos sitios se les colocaba minas. Las bajas se hicieron permanentes. Por el asedio de la guerrilla, los paracos no podían recibir apoyo por tierra, por eso empezaron a recibirlo por aire.

Seguimos apretando las posiciones paramilitares y avanzando en acciones de inteligencia, buscando el momento para lanzar un ataque a profundidad. Ese día llegó y el combate comenzó a las cinco en punto de la mañana y se extendió hasta las seis de la tarde. A las nueve de la mañana fueron dados de baja los dos jefes paracos y en una hora más se consolida la toma del puesto de mando, la guerrilla logra controlarlo. A las once envían en helicóptero dos nuevos mandos para suplir los caídos y son dados de baja; luego a las doce del día vuelven a enviar otros dos mandos y también son dados de baja. Sin otra alternativa, dan la orden a la tropa de salir como fuera.

Ese fue el despelote completo de los paramilitares, en su afán por salirse se tiraban por esas montañas abajo, otros se mataron en campos minados; nunca se supo cuántos murieron. Varios lograron salir con vida al hacer un trueque con los mineros, cambiaron sus armas por ropa; así lograron salir de la zona y se fueron para sus casas, pues nunca se reportaron a

la base. Así terminó esa primera operación de penetración de los paramilitares a la zona, a ese sitio no han regresado hasta la fecha.

Como los paracos tenían una base en La Belleza con trescientos hombres; a los cuatro días de sacarlos de La Teta de San Lucas arrancamos en camiones para allá. A pie se gastaban más de tres horas, y en carro como una hora y pico. Cuando llegamos habían desocupado esa base, salieron de toda el área de Santa Rosa. Como dicen los entendidos, el efecto dominó estaba apareciendo.

Luego de estos primeros éxitos en la guerra contra esos ejércitos paramilitares apoyados por el ejército gubernamental, evaluamos el estado de nuestras tropas, y en seguida destinamos nuestros esfuerzos a reorganizar la vida de las comunidades, de los más de cuatro mil mineros que trabajaban en ese territorio; pues esa brutal arremetida de los paracos en la serranía de San Lucas había desplazado a la mayoría de sus pobladores, puros mineros artesanales, campesinos, colonos; los habían amenazado con quemarles sus caseríos. La gente se fue por miedo.

Cuando sacamos a los paracos, nuestra fuerza creció en prestigio y respeto; ellos se tenían que ir y nosotros nos quedábamos en la zona, la gente tuvo un respiro para estabilizarse; la vida se normalizó. Pues esa fuerza de ocupación había acabado con la vida de la gente; acabó con el trabajo, con la producción de oro, no había comercio ni de alimentos ni de nada. Con nuestras victorias retornaba otra vez la normalidad a la zona, la gente agradecida nos enviaba gaseosas y pan.

La Teta de San Lucas es una posición ventajosa y a la vez representa una cuestión de honor, pues es considerada una de

las cunas del ELN, era el territorio por donde se había movido el viejo Raúl. Por eso nos quedamos asegurando los puntos críticos para evitar que los paracos intentaran regresar.

Nos demoramos en caerle a la base de La Belleza; cuando nos movimos para allá, los estaban recogiendo en las guardacostas del gobierno debajo de Cerro Burgos; los llevaban hacia el Cimitarra arriba, al frente de Barrancabermeja; es cuando ellos hacen la incursión sobre los barrios nororientales. Dos unidades las tiran sobre Cantagallo; una de trescientos en Puerto Machete, y otra de quinientos en San Lorenzo en una base llamada Cerro Cilindro.

Esa era una zona donde operaban más las FARC, ahí teníamos nosotros el Frente Guerrillero Edgar Amilkar Grimaldos Barón. Por orden superior debíamos realizar operaciones coordinadas con las unidades de las FARC en el área de San Lorenzo. Desde el año noventa y dos, cuando aún funcionaba la Coordinadora Guerrillera,* no hacíamos operaciones de esta naturaleza; pero seguíamos manteniendo buenas relaciones entre las dos organizaciones y con las comunidades. No existían muchas dificultades, había respeto.

Nos fuimos para allá con una guerrilla. Ahí estaban los paracos en esas dos bases, ambas estaban a una distancia de una hora y media de camino a pie.

El esfuerzo lo centramos sobre la base de San Lorenzo, era el objetivo. Con las FARC realizamos una reunión de mandos, pero no concentramos tropas. Era una operación que requería

* La Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar es un proceso de unidad de las insurgencias colombianas que tenía por objetivo unificar las acciones guerrilleras. Esta coordinadora se encontraba integrada por el ELN, las FARC, EPL, M-19, PRT y el Movimiento Armado Quintín Lame.

mucha planificación. Cuando llegamos los elenos, los mandos de FARC ya estaban ahí. Para mayor agilidad nos movimos con pequeñas unidades, poco a poco fuimos llegando.

Para esa operación debíamos juntar más de mil combatientes. Las FARC en la región no llegaban a los trescientos cincuenta, nosotros disponíamos de mil. Cuando mencionamos esa cantidad, a un mando de FARC, que había llegado del Caguán, le dio risa. No tenía conocimiento de las capacidades del ELN, allá se pensaba que éramos unas guerrillas con cuatro o cinco combatientes sin uniformes y con armas cortas. Cuando comenzaron a llegar las unidades, el hombre se dio cuenta que era un ejército de verdad, que había compañías, con artillería, con armas de apoyo como la ametralladora punto cincuenta que cargábamos.

Comenzamos a planificar la operación, ellos centraban el ataque en los cilindros con explosivos. Nosotros no compartíamos el uso de los cilindros; el terreno era muy quebrado y no se prestaba para el uso de ese tipo de medios. No había una posición que garantizara que los cilindros cayeran con precisión en el objetivo, los paracos estaban sobre un filo y alrededor eran puros abismos. Para facilitar la operación aceptamos que se atacara con cilindros.

Se lanzó el ataque el treinta y uno de diciembre del dos mil. Eran las doce de la noche cuando empezaron a volar cilindros por los aires, a las seis de mañana todo terminó sin ningún resultado, no se logró el objetivo y se perdió una tonelada de explosivos y las docenas de cilindros.

Luego de esta operación fallida, concertamos realizarla otra vez, pero empleando las Tropas Especiales con toda su técnica. Planificamos nuevamente y lanzamos el ataque al amanecer

del veinte de enero.

Quisimos hacer una operación coordinada donde cada fuerza atacara por un flanco diferente, pero el terreno no nos dio para eso; nos tocó hacer una operación conjunta, mezclar las fuerzas y los mandos.

El resultado se vio de entrada, en los primeros cinco minutos los compañeros tenían tomadas todas las posiciones de los paracos, las trincheras, los puestos de guardia. Esas posiciones habían sido aniquiladas. Los paracos que pudieron se fugaron de la base. Un paramilitar que estaba dormido se despertó en medio de la balacera y llegó con un RPG-7, le preguntaba al mando de la guerrilla que para donde disparaba, sin darse cuenta que a quien le hablaba era un mando del ELN. El mando voltea a mirar y ve al hombre con un arma de ese tipo, nada normal en esos ataques, se da cuenta que es un paramilitar despistado. Otra muchacha llegó con una mochila llena de granadas a entregárselas a un guerrillero para que las tirara. Fue una total confusión entre los paracos, no se dieron cuenta a qué horas la guerrilla ocupó esa posición.

El ELN tuvo cuatro muertos y nueve heridos, las FARC un muerto y seis heridos. De los paramilitares contabilizamos noventa y siete muertos.

En el combate la sensibilidad humana se acrecienta, el dolor se comparte, el del otro se vuelve propio; por eso las tumbas de los farianos caídos las hicimos los elenos, y las de nuestros combatientes las hicieron ellos. Juntos lloramos los muertos de todos, tal vez así la carga del dolor es menos pesada. En la tropa había un sentimiento de unidad, de aprecio, de afectos, se habían tejido en ese tiempo de estar juntos. Esa fue la primera operación conjunta que hicimos con las FARC.

Luego de atacar en San Lorenzo, algunos reductos paracos se refugiaron en la base de Puerto Machete. Empezamos a organizar esta nueva operación, pero detectaron nuestros movimientos y se coordinaron con el ejército gubernamental para planear una maniobra contra la guerrilla.

Cuando nuestros comandos de ataque llegaron a la una de la madrugada, las posiciones de los paracos estaban vacías, no había nadie. De inmediato ordenamos que todas nuestras unidades retrocedieran y comenzamos a salirnos de manera ordenada. Duramos todo el día saliéndonos de ese teatro de operaciones, y al día siguiente fueron los desembarcos, ya sobre una zona distante de donde estaba la base, pues ellos pensaban coparla y encerrarnos en los playones y potreros. Neutralizamos la maniobra enemiga y logramos salirnos de ese cerco que planearon hacernos usando los desembarcos.

Cuando fuimos a atacar a Puerto Machete, el ejército había sacado a los paramilitares para hacernos unos desembarcos en la parte de atrás, a eso fue lo que llamaron la Operación Bolívar. Ellos fallaron en el cerco y nosotros no pudimos concretar la operación sobre Puerto Machete.

Esa operación la dirigieron desde la Quinta Brigada, a todas las tropas las movieron desde Barrancabermeja. Cada movimiento del helicóptero demoraba seis minutos en ir a cargar tropas en Barrancabermeja y descargarlas en la zona de operaciones. Era muy ágil todo, y mucha tropa. A esos paramilitares los sacaron por los playones y los movieron en guardacostas.

Seguimos en esas unidades conjuntas; hicimos la operación contra la base de El Helechal, la tomamos y sacamos a los paracos. Luego se ubicaron en Cerro Azul, ya sobre San Pablo. Ahí llegaron el veinticuatro de diciembre. Nosotros teníamos

unas unidades cerca, nos preparamos para atacar el veintiséis, pero cuando llegamos en la noche ya no los encontramos. Habían abandonado la posición.

De Cerro Azul se movieron adonde está la antena de Telecom de Cerro Azul. En el lugar donde se ubicaban los paramilitares, en veinticuatro horas construían trincheras y zanjas de comunicación. No dormían sobre la superficie, sino en los huecos que habían cavado.

La inteligencia sobre esa posición la hicimos en un par de días y el veintinueve en la noche atacamos. Fue una operación conjunta con las FARC. Ahí murieron más de cien paramilitares. Se capturaron vivos veintiséis con su mando.

Ahí murieron tres elenos y dos farianos, les dimos sepultura en San Juan Alto. Fue la operación donde tuvimos más heridos, veinticinco: catorce del ELN y once de las FARC. Eso no duró más de cuarenta minutos, fue una operación rápida.

Ese ataque también se realizó con unidades de Tropas Especiales, usando toda su técnica, movimientos y armamento. Los paracos cometieron muchos errores y nosotros los aprovechamos, por eso colocaron tantas bajas. Cóndor era el mando paraco que estaba ahí, el mismo que se nos había volado en San Lorenzo. También dejó botada esa unidad y cuando se salió de la base, como a las cinco de la mañana, comenzó a pedir refuerzos; se los mandaron de San Pablo o de Monterrey; como venían en unas camionetas, a las siete de la mañana los compañeros los emboscan debajo de Cerro Azul, en la entrada de San Juan Bajo. Allí mueren diecisiete paramilitares más. Por estos errores le pasaron la factura a Cóndor y le costó la vida, los mismos paramilitares lo mataron, ya iban dos errores y dos veces había dejado botada su tropa.

Después de Cerro Azul siguió lo de Notepases,* le dicen Patio Bonito. También fue una operación conjunta. Las comunidades se sentían liberadas con nuestras acciones y nos apoyaban bastante; con tanto herido no dábamos para cargarlos, se necesitaban entre cuarenta y cincuenta personas, igual para curarlos. Era una pelea por defender la región. Los paracos habían amenazado que iban a quemar todos los pueblos.

En Notepases hubo un montón de gentes que ayudaron en todo, por eso fue una operación exitosa.

La última operación que hicimos contra los paracos fue en Pozo Azul, el veintinueve de diciembre del dos mil tres, ahí murieron ochenta y cinco de ellos. Las FARC tuvo dos muertos, nosotros también dos y siete heridos. Fue una de las operaciones más complejas, porque cuando los paramilitares se sintieron atacados se metieron a las casas, se revolvieron con la población; pero al fin logramos terminar la operación sin que la población resultara afectada, ni muertos ni heridos.

* Es un barrio del municipio de Yondo, ubicado en la región del Magdalena Medio.

X. LA BARBARIE

Luego de la masacre de Guarigua, quisieron quebrar la voluntad de la gente incursionando directamente en San Pablo. El siete de enero del noventa y ocho, asesinaron a sangre fría a catorce personas en el pueblo, entre ellas una mujer embarazada y al rector de un colegio. Mataron gente que nada tenía que ver ni con la guerrilla ni con nadie.

Luego fueron y quemaron el pueblo del Paraíso, afortunadamente cuando llegaron no encontraron gente, pues sus movimientos eran lentos por la cantidad de tropa que cargaban y la gente se ponía activa. Por eso no lograron concretar las masacres que soñaban. Con el apoyo aéreo lograron llegar al Paraíso, y al encontrarlo vacío se ensañaron contra todo lo que encontraron. Quemaron todas las casas del pueblo y todas las fincas de ese sector; mataron el ganado, las mulas, los caballos, perros y gatos. Eso fue la destrucción total. Ese pueblo lo

quemaron tres veces.

En esa guerra, más que contra nosotros, los paracos se encarnizaron con la población. En medio de ese asedio la gente aprendió a sobrevivir. Los que tenían tiendas o cantinas los veíamos rodando por los caminos o en los potreros con el termo vendiendo helados, cerveza o gaseosas; también andaban con un costal ofreciendo condimentos, arroz, aceite o lo que se necesitara. Eran tiendas y cantinas móviles. Los campesinos se reunían los domingos en cualquier potrero o en la orilla de un caño, los convertían en plaza de mercado. Las casas estaban quemadas y se llevaron las dormidas a la montaña.

Después de quemar El Paraíso, hicieron lo mismo con Vallecito; la fuerza aérea y tropas del ejército con mil soldados por tierra apoyaron ese ataque. Los combates comenzaron en Patio Bonito y demoraron tres días completos para llegar a Vallecito.

La orden para la guerrilla era no permitir que se afectara a la población. Casi todos lograron sacar sus pertenencias y sus animalitos. En esos esfuerzos comunes es donde se construyen los sentimientos; hasta los niños salían cargando su gato, su perrito y hasta el marrano; estos animales en las familias son parte de ellas; pues por lo general son el regalo de la madrina, el padrino, el tío o la tía. Los niños trataban de salvar lo que su corazón les dictaba. Recuerdo a un niño de El Paraíso que llegó maldiciendo a los paracos por haberle quemado el único par de boticas que tenía, llegó donde estábamos con el pie pelado.

La gente desamparada buscó refugio en nuestros campamentos, llegaron a ser más de trescientas cincuenta personas. Era un cerco completo a la región, no dejaban entrar comida y

el ejército estaba siempre apoyando a los paracos, eran fuerzas combinadas. La idea era diezmar a la guerrilla bloqueando los suministros. Llegó el momento en que la comida no alcanzaba, y tuvimos que priorizar la alimentación, por eso la panela, el aceite, el arroz y la leche era para la gente. Las carpas de la guerrilla se convirtieron en sus casas y a nosotros nos tocaba a la intemperie, pues nosotros estamos acostumbrados a eso; tomábamos el agua de la quebrada para dejarles el aguapanela a los niños, ancianos y enfermos.

En ese campamento, para prestarle seguridad a la población, nos tocó mantener dos compañías de guerrilla; se podía esperar cualquier locura de los paracos o del ejército.

Luego que pasaron las operaciones militares, había que retornar a los caseríos para ayudar a reconstruir las viviendas quemadas o destruidas. Esa operación se convirtió en un ritual, pues varias veces esos sitios fueron quemados. Vallecito fue quemado dos veces y el Paraíso tres. Nadie se acostumbra a eso, aunque la gente se daba sus mañas y guardaba sus cositas de valor entre el monte, en caletas; en la casa solo mantenían un bolsito con lo necesario, pues sabían que en cualquier momento les tocaba salir corriendo.

En esta vida de tragedias, a veces los animales llevan la peor parte; una vez los paramilitares encontraron una marrana preñada, la rajaron y dejaron los marranitos regados por el camino muertos, no había llegado aún el tiempo para vivir. Eso era una barbarie.

A parte de las masacres de Guarigua y de San Pablo, no lograron ejecutar otra en ningún caserío, pues la guerrilla estaba encima de ellos buscando el combate, siempre mantuvimos vigilancia sobre ellos y estuvimos pendientes de la seguridad

de la población, esa era la orden que tenían nuestras tropas guerrilleras.

Cuando los paramilitares llegaban a los caseríos, estaban desocupados, querían matar la gente dizque para quitarle el apoyo a la guerrilla, como diría Petele: «ese era el quento».

XI. REQUIEREN MI CONCURSO

Mi vida guerrillera me fue haciendo poco a poco, la realidad me fue moldeando; además en el ELN se da una mezcla de sentimientos, de afectos y acción con las comunidades, con sus luchas. Pesan más los afectos que cualquier otra cosa; cuenta más lo humano que las formalidades de las estructuras de mando. Las oportunidades de formación nunca faltan, como la escuela de combatientes o todo tipo espacios de capacitación, yo no los desaproveché.

Me marcó mucho haber participado en la Primera Conferencia Militar en el año noventa y cuatro, y en la Primera Escuela Nacional de Oficiales del noventa y seis; me ayudaron a visionar el curso de la guerra, a comprender cómo era la confrontación en nuestro país y el tipo de enemigo que debíamos enfrentar; a ser un mejor mando en el terreno, a saber actuar en los teatros de operaciones; en lo táctico a cómo librar cada

combate. Pues hasta ese momento mi aprendizaje había sido muy empírico, no tan profesional ni técnico. Logré entender lo que implica ser mando, ser un oficial; sobre todo, mando de una fuerza militar que dirige operaciones.

La Escuela Nacional de Cuadros del año noventa y nueve me ayudó a ganar una visión más general del mundo, de la lucha que adelanta el ELN; de lo que queremos hacer en un sentido más amplio en lo político y en lo militar; ahí conocí a un grupo de compañeros, venidos de todo el país, que llegamos a formarnos para hacer este tramo de la vida de manera colectiva.

Son momentos en los que se dimensiona más lo colectivo, se mira más el mar que la gota de agua; ahí se comprende que caminamos sobre lo que todos vamos construyendo y nos aprestamos para lo venidero.

No nos extrañamos cuando llegan las nuevas proyecciones en otros territorios que, como diría el Ché «requieren el concurso de mis modestos esfuerzos»; por eso me trasladaron del Frente de Guerra Darío Ramírez Castro, que opera en Antioquia y en el Sur de Bolívar, para el Frente de Guerra Central. Hacia el centro del país. Como el trayecto era riesgoso, solicito se me permita irme por rutas internas, o sea a lo guerrillero y a pata.

Arranco del Sur de Bolívar el veinte de noviembre del dos mil cuatro. La navidad nos agarró en medio del camino, pues me gasté dos meses en esa travesía guerrillera. Hasta que llegamos a la zona de Cocorná, en Antioquia.

Me integro al trabajo con el equipo de dirección del Frente de Guerra, realizamos la reunión y salimos a adelantar los

planes. En ese tiempo el comandante de la Dirección Nacional de esa región era Oscar Santos.

En los movimientos que hago aparece una mujer de nombre Zara, que se acerca a mi entorno de trabajo. Al principio pensaba que yo era un dirigente campesino, poco a poco se va dando cuenta que soy miembro de la comandancia regional. Esta mujer me apoya en un par de movimientos que realizo entre Medellín y Manizales.

Sigo desarrollando las actividades entre los frentes guerrilleros y las compañías de la región, Zara tiene confirmada mi responsabilidad y que había sido trasladado de otro Frente de Guerra para el Central.

Cerca al área de Cocorná se me presentó una complicación de salud y me vi obligado a pedir autorización para realizarme unos exámenes, asunto en el que podría tardar dos o tres días; el Comandante Oscar Santos me autorizó. La idea era hacer eso rápido en Medellín y regresarme para la zona.

Viajo a Medellín con muy poco dinero; llego a una casa de seguridad, espero ocho días ahí y nadie me recoge. Por otro mecanismo alerno de comunicaciones solicito un dinero para garantizar mi estadía. Los compañeros del Frente me envían un millón de pesos con Zara, la muchacha de logística; ella se lo entrega a un compañero que me acompañaba, y se entera que yo estoy en la ciudad. Yo no me vi con ella. Luego el compañero me mueve a una residencia.

A ese sitio llegué a las cuatro de la tarde. A las ocho de la mañana del día siguiente llegaron el Gaula y el ejército, traían listos los fiscales con la orden de captura en la mano. Golpearon directo en la habitación, no tocaron en ninguna otra puerta.

Me llevaron primero a las oficinas de la Fiscalía al cotejo de huellas, para identificarme. Yo tenía otra cédula que había conseguido suplantando a otro señor, ese documento había salido de la registraduría, tenía mis huellas y la foto estaba lo más de normal, podíamos decir que tenía toda la legalidad.

En ese tiempo estaban arreglando el edificio de la Fiscalía en Medellín, por eso sus oficinas estaban funcionando dentro de la Cuarta Brigada. En la Fiscalía demoraron más de cuatro horas intentando identificarme, pero fracasan; me llevaron entonces a las instalaciones de la Cuarta Brigada, allí me meten a una habitación con cama de hierro y colocan de guardias a tres soldados profesionales. Desde que llegué esos fiscales se la pasaban encima mío, día y noche, no me dejaban dormir; preguntando una cosa y otra, haciendo todo tipo de ofertas.

Al día siguiente llegó el General, se da cuenta que quienes me están cuidando son soldados profesionales; habla entonces con un mayor y un capitán, que estaban ahí, los regaña y les dice que sólo deben colocar oficiales o suboficiales; asignan un sargento y dos cabos, para que vigilen la habitación donde me tienen confinado. En ese sitio me mantuvieron aislado durante tres días. Los fiscales me llevaban a su oficina para presionarme, me mostraban videos, me amenazaban con extraditarme.

Cuando las presiones y ofertas de negociación de los fiscales no prosperaron, el Ministerio de Defensa envió un coronel y un mayor. Llevaron unas tulas llenas de dinero, hablaban de quinientos millones de pesos y de un teléfono para que hablara directamente con Álvaro Uribe Vélez, quien era el presidente entonces. Me decían, necesitamos que nos entregue a alguien del Comando Central, a Gabino o Antonio.

—Claro que ellos son los jefes —les respondí—, pero yo no

los conozco.

Me mostraron unos videos donde aparecía el Comandante Gabino, de cuando se realizaron algunas reuniones de diálogos con el gobierno en el Sur de Bolívar. En alguna parte de esas aparecía el Comandante cerca de nosotros y de otros muchachos. Los militares siguieron insistiendo.

—Usted tiene muchos años andando con la comandancia en el Sur de Bolívar, y conoce todos sus campamentos.

Yo permanecía callado, los miraba fijamente a los ojos. Sin palabras les decía que estaban tacando burro. Como no me sacaban nada, subían el tono amenazante...

—Ya usted está preso y si no habla lo extraditamos.

En vez de darme rabia, me reía por dentro, quizá lo notaban; por eso cambiaban a un flanco más amable.

—Lo enviamos al país que quiera y puede llevarse sin problema a sus hijos.

El mantenerme en secreto, desaparecido, les daba unas ventajas, pues los superiores míos no sabían nada sobre mi captura y el gobierno quería dar un golpe por sorpresa a la Comandancia en el Sur de Bolívar; si esto no les resultaba, podían matarme. Fueron tres días largos, pero muy largos. Uno piensa de todo, son momentos infinitos de mucha incertidumbre.

A los tres días, como pude llamé a la Cruz Roja Internacional, les dije dónde estaba y que me tenían desaparecido.

Esa llamada dio resultado y les tocó oficializar mi captura. Me llevaron a la cárcel de Itagüí. Ya en la cárcel la cabeza empieza a organizarse, cada cosa va cayendo a su puesto de

manera lenta. Pienso cómo había sido la captura, las causas, por qué se había dado.

Al segundo día de estar en la Cárcel, navegaba en mis reflexiones tratando de comprender lo que había sucedido; para sorpresa mía, un tipo del Gaula se acerca y me dice:

—El día de su captura, ¿no vio una morena que estaba ahí afuera?, esa morena flaca fue la que lo entregó, con usted ya van dos que ha entregado.

Estaba claro; era Zara, la tipa que le entregó el millón de pesos al muchacho que me acompañaba. Recuerdo que estando en una reunión con las unidades militares de la región, un mando salió a una atención de salud. Esta misma tipa lo llevó al médico, cuando los dos regresaban en un taxi los detuvieron, pero solo se llevaron al compañero, a ella no le pasó nada.

Envié un informe sobre quien era la responsable de mi captura, pero los compañeros en el Frente no me creyeron. Estaban convencidos que era otra persona. Unos meses después, la misma tipa, vuelve y entrega a dos de los compañeros a quienes yo les había enviado el informe.

Yo pude haber evitado mi captura, cuando pasaban los días y no me recogían, debí salir de Medellín para un lugar más seguro donde yo tuviera control. Pero me confié y de alguna manera uno falla en la disciplina. Pude haberme movido a otra parte.

Dicen que las capturas son iguales a la muerte, llegan el día que tiene que llegar, ni un día más ni un día menos. Así uno se ponga a hacer otra cosa o cambie de planes.

En la cárcel de Itagüí solo duré cinco días y me trasladaron

a la cárcel de Cómbita. Vuelven a llegar los del Ministerio de Defensa con las mismas vainas. Esta vez son dos coroneles y un mayor, los acompaña un general; vienen a amenazarme con la extradición. Que estaba involucrado en el caso de un gringo y que eso me daba para extraditarme.

Yo ya sabía que había sido condenado a treinta y nueve años y ocho meses de prisión; había sido condenado como reo ausente en el año dos mil uno. Yo ya estaba clavado, pero los coroneles querían que les ayudara a organizar una operación militar en el Sur de Bolívar para dar de baja a alguno de los comandantes, o que golpeáramos a nuestras unidades guerrilleras.

Me decían que podían ayudarme a rebajar la condena o sacarme para otro país. Eran propuestas de traición, en esas le digo a uno de los coroneles...

—Ustedes ¿de qué me tan hablando? ¿me están hablando que les entregue a mis comandantes? ¿que les entregue las unidades guerrilleras? —En tono molesto continuo diciéndole: en otras condiciones, yo le pago y ¿usted me entregaría al general?

—Son cosas distintas —replicó el coronel mientras miraba apenado al general.

—Estamos hablando de lo mismo, usted me está diciendo que traicione a mis comandantes, que se los entregue a cambio de dinero ¿usted en otras condiciones me entregaría una tropa suya para que nosotros los matemos?

Lo creen a uno güevón. Cuando uno les habla directo y claro ellos entienden, pero no les gusta. Ahí terminó la conversación.

Después llegaron a presionar los del FBI (Oficina Federal de Investigación de los Estados Unidos), ellos volvieron tres veces; siempre con el mismo cuento: que les colaborara, que les ayudara a hacer un operativo para golpearlos. Usan la presión psicológica. Luego volvían a preguntar que si lo había pensado, siempre con lo mismo.

En el dos mil diez, estando en la cárcel de Palogordo, volvieron los del FBI a ofrecerme cambio de cárcel, llevarme a una de mediana seguridad en mejores condiciones. Como se estaban pasando de calidad les dije:

—Con ustedes no hay nada que hablar, yo estoy condenado, a mí me condenaron sin poderme defender, me condenaron como reo ausente, ni siquiera me llevaron a una audiencia para descargos. Después de ocho años preso ¿de qué me vienen a hablar?... —ya estaba arrecho con esos manes.* Esa fue la última vez que fueron.

Todo era verdad, a mí no me llevaron a ninguna audiencia, nunca estuve delante de un juez. No conocí un estrado judicial. Fui condenado como reo ausente; nunca estuve como sindicado. De una me enviaron a la cárcel; a los patios llegué condenado como el espíritu santo, en cuerpo glorioso.

Al que condenan como reo ausente no tiene oportunidad de defensa, no tiene ninguna opción, en absoluto; nunca conocí un juez; no tuve la posibilidad de ir a una audiencia; ni me preguntaron si era yo o no era. Me condenaron con unos nombres y unos apellidos que no eran los míos. Como no tenían mis huellas dactilares, en la cárcel llevaba tres nombres, solo seis meses luego de mi captura lograron identificarme.

* Forma de referirse a los hombres.

Sólo tenían unos rasgos físicos que habían entregado unos desertores, sólo eran indicios, pero nada confirmado. Pese a todo, los jueces siguieron derecho. Ellos condenan con el informe que les pasa el ejército y con algunos rasgos de las personas. En mi caso, les habían pasado unos rasgos que no eran míos. Se trataba de una persona más joven que yo y que medía uno sesenta, que era de cabello churco; pero yo soy de cabello lacio y de uno setenta y cinco de alto. Nada de eso sirve para la justicia. No tenían ni los nombres ni los apellidos míos. Sólo tenían un seudónimo y el área donde operaba. Aun así, ya estaba condenado.

Cuando llegué a la cárcel estaba en pleno vigor la desmovilización de los paramilitares y la aplicación de la Ley de Justicia y Paz.* Fueron momentos muy complejos, pues el gobierno comenzó a trabajar a los guerrilleros presos para ilusionarlos con promesas de libertad si se acogían a dicha ley.

Muchos guerrilleros se ilusionaron, incluidos algunos compañeros nuestros; pensaron que era un recurso jurídico que podía aprovecharse para conseguir la libertad. Llegaron a creer que podían meterle un gol al gobierno. Se imaginaron que se trataba de reconocer que habían sido guerrilleros y que ahora estaban arrepentidos y que los iban a soltar sin más.

* Es la ley 975 producto del acuerdo entre el gobierno de Álvaro Uribe Vélez y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) para facilitar la desmovilización de los Paramilitares a partir de dadas como la rebaja de penas en prisión. El 90% de los paramilitares no fueron a la cárcel por los crímenes de Lesa Humanidad cometidos y sus delitos quedaron en la impunidad. Las víctimas de estos grupos no obtuvieron ni verdad, ni justicia, ni reparación. En el marco de esta ley se produjo una campaña que se adelantó con el Ejército de Colombia para estimular la deserción masiva de guerrilleros.

En Cómbita había un grupo de setenta farianos haciendo cola para tratar de salir por esa vía. En ese primer lote se metieron treinta y ocho. Como en esos días había ocurrido la catástrofe del Katrina, en Estados Unidos; a toda esa salida de gente de FARC se le colocó ese nombre. Pero fue más a la vía de la Ley de Justicia y Paz, que era una especie avalancha que se estaba llevando a todos, se hablaba entonces del Katrina de Cómbita.

A esos treinta y ocho los movieron para la cárcel Modelo de Bogotá, luego los llevaban a los territorios para que entregaran algo. Algunos señalaron una caleta, otros mostraron fosas donde había algún muerto, con la esperanza que los dejaran libres. Al final a todos los devolvieron a Cómbita y para rematar con unas condenas más grandes que las que tenían. Estos presos al señalar algo terminaron implicados en nuevas cosas y por eso les abrieron nuevos procesos judiciales. Cuando se dieron cuenta que estaban implicando a las FARC, se quedaron callados y no quisieron develar más cosas; pero ya estaban implicados. Presos que tan solo les faltaba un año u ocho meses para quedar libres, terminaron condenados a treinta y cinco años.

Fue muy difícil lograr convencer a los compañeros para que no se metieran por esa vía. Recuerdo que, en febrero del dos mil seis, el Comandante Antonio dio unas declaraciones a la prensa señalando que esa ley era para los paramilitares y no para los guerrilleros. Lo entendimos como una orden de la Organización y nos sirvió para contrarrestar la situación que teníamos con los presos, pues había algunos que decían que había que usar esa vía, que ya les habían autorizado, que eso no era traicionar al ELN. Quedó claro que era una ley que se aplicaba para la desmovilización de los paracos y que nosotros no estábamos en ningún proceso de ese tipo.

Para sobrevivir en las cárceles uno tiene aprender muchas mañas, pues allá hay que cubrir unos gastos personales, que si bien no son muchos hay que pagarlos. La mayoría de los internos inventan su trabajo, aprenden manualidades, tejen mochilas, hacen bolsos, tallan objetos; se hace cualquier cosa para rebuscarse los centavos. También hay otro tipo de negocios, como el de los teléfonos celulares.

El gasto más grande es para atender las visitas. Es el día más especial. Hay que conseguir la comida, un pollo, la gaseosa y cualquier otra chuchería, porque ahí está el cariño que uno quiere expresar. Por lo general hay que ayudar con el transporte de la gente, pues vienen desde muy lejos y somos gente pobre.

En Itagüí duré cinco días, en Palogordo tres años; en Cómbita tres años; estuve cuatro días de paso en la Picota de Bogotá, cuando me enviaron nuevamente a Palogordo por dos años. Por seguridad siempre me movieron por vía aérea.

El diez de diciembre del dos mil trece me sacan de Palogordo y me tiran para la cárcel de San Isidro en Popayán. Esa también es una de alta seguridad, me meten quince días en el calabozo, luego me dan un patio donde están los presos políticos. Desde ahí comienzo a pelear y logro que me trasladen a un patio de mediana seguridad, en esa misma cárcel. En San Isidro estuve dos años.

Todo preso lleva la contabilidad; como el tendero de sus ganancias o de sus pérdidas, centavo a centavo; la cárcel es la contabilidad del tiempo; el conteo se hace gota a gota, de lo perdido o del que podrá vivir si sale libre. Yo estuve preso diez años, cuatro meses y tres días. Las horas, los minutos y los segundos se anotan en otra cuenta.

En esta vida de tragedias,
a veces los animales llevan
la peor parte; una vez los
paramilitares encontraron
una marrana preñada,
la rajaron y dejaron los
marranitos regados por el
camino muertos, no había
llegado aún el tiempo para
vivir. Eso era una barbarie.



XII. EN EL GUACAL

El máximo sueño de un preso es recuperar su libertad. Claro, no todo preso es igual. Los presos sociales buscan recuperar su libertad por las vías jurídicas legales, quedar sin problemas con la ley, que nadie los persiga; ellos quieren seguir la vida de hogar, de familia, con la mamá, los hijos, la esposa. Cuando uno cae preso, lo primero que pierde es la familia, la relación con ella, las relaciones afectivas. A la esposa o compañera ya no la podrá ver todos los días, sino una vez al mes por cuatro horas y tan solo cuarenta minutos en la intimidad; espacio que no podemos considerarlo de intimidad verdadera.

El preso político que es guerrillero, vive distinto el sueño de libertad, no se atiene sólo a la vía jurídica legal, la busca sin importar el costo; su máximo sueño es conseguir la libertad en una fuga venciendo las rejas. Es cuando el rebelde se hace invencible. Así logra compensar cualquier error o las

culpabilidades que quedan con la captura. Una buena manera de pagarse las deudas con uno mismo.

Así se esté equivocado, en la cárcel uno siente que es una carga para la Organización, y desea en el alma poder ayudar a solucionar tanto problema que hay. Vienen a la imaginación los trabajos que deben estar pasando todos los compañeros en las áreas de operaciones, y uno entre un guacal sin poder hacer nada.

Cuando se escuchan noticias dolorosas como la captura y muerte de compañeros, o de golpes en alguna región, los días se hacen muy amargos. En la cárcel eso duele mucho, porque allá la realidad es imaginada, de los por qué y los cómo pudieron suceder las cosas, es el reino de la imaginación. Piensa uno tanto, que a final le sangra el alma, y además porque allá esos golpes se reciben de lleno.

A uno le entra el afán de salir para ayudar en algo. La legalidad nada importa, el Estado menos, uno es un secuestrado por él. Tampoco se reconocen jueces ni fiscales. No puede haber resignación en la cárcel; siempre se vive pensando, como dicen allá, maquinando para volarse. Esa es la constante de la vida en la cárcel, mirar y mirar para todo lado para encontrar el hueco, un hueco hacia la libertad. El hueco, así llaman en la cárcel a la vía que permite fugarse.

Al guerrillero preso le importa un comino la legalidad, su centro de vida es salir, para seguir la lucha contra el Estado; se regresa a luchar con su gente, en la guerrilla y junto a las comunidades. Esa es la vida del rebelde. Cosa muy distinta en un narco o un paramilitar, a ellos les interesan otras cosas.

Podríamos decir que hay unos presos que son legales; son

los sociales, los paracos, los policías, los militares; a ellos solo les interesa pagar la condena, o salir por la vía jurídica legal pagando un abogado, buscar una rebaja de penas para salir más rápido. En cambio, en nuestro caso, no necesitamos salir legales, pues siempre asumimos que somos rebeldes; además, nunca reconocemos que le debemos algo al Estado.

XIII. ÁNGEL GUARDIÁN

Como producto de la disciplina y el comportamiento de los presos políticos se mantiene una buena relación con los presos sociales. Se trata de ser ejemplar en la vida interna de las cárceles, de liderar la lucha por los intereses de todos. Aunque hay algunos presos políticos, que en medio de su individualismo dicen:

—Yo aquí voy es a vivir la mía, solo pago lo mío.

Como si un integrante del ELN, en la cárcel fuera otra cosa; como si la disciplina solo fuera para cuando se está en libertad.

Lo primero que hace uno cuando llega a la cárcel es organizar su gente, hacer vida colectiva con sus compañeros o con los luchadores sociales, pues allá adentro la vida sigue y por tanto la lucha. Hay que levantar la autoridad moral frente a los presos sociales, es lo que permite construir relaciones aceptables

con todos los internos. Los sociales tienen sus propios códigos de conducta, que funcionan en todas las cárceles. Lo «mal hecho» es lo peor, es darle a traición a otro; atacarlo a mansalva.

Si yo tengo un enemigo, no puedo agarrar un cuchillo y meterle una puñalada por la espalda sin avisarle. La norma establece que se le debe avisar, se le anuncia que vamos a pelear. Se trata de un reto, de un duelo. Si el otro no tiene cuchillo, le digo que vaya a buscarlo; si tengo dos, le presto uno. Eso es de frente, a lo mero macho.

Son códigos de honor y funcionan. Luego que alguno de los dos contrincantes sale apuñaleado, la guardia no puede saber. No puede haber sapeo.* Cuando la herida no es grave, con agujas de coser ropa, ellos mismos se cogen puntos y le echan alcohol o cualquier otra cosa para no salir a sanidad, pues ahí averiguan por cómo sucedió, y el código de honor no se puede romper: seriedad en la palabra y no ser sapo.**

El guerrillero en la cárcel es visto como una persona seria y honesta, que respeta a los demás presos. En el tiempo que permanecí allí, nunca tuve un problema con un preso social. Con ellos se coordina la seguridad en los patios y cuando se trata de enfrentarse con la guardia carcelaria, llevan del bulto igual que nosotros.

Además, nuestra lucha es por mejorar la situación de vida de todos los presos; si uno de ellos se enfermaba estábamos prestos a ayudar a sacarlo para la enfermería, y si era de noche armábamos el escándalo. Igual peleábamos por mejorar la comida o por la situación jurídica de cualquiera. Esto era mirado

* Informar o delatar.

** Informante, delatador.

con mucho respeto. Pocas veces un social agrade a un preso político, casi nunca se ve.

Hay reconocimiento a los presos políticos, en los patios donde ellos están hay más orden y no se dan robos como en los otros patios, por eso los sociales y los paracos les gusta estar en ellos; piden traslado para esos patios porque hay unas normas de convivencia; nosotros las llamamos normas: no vicios, no peleas, no robos; es lo esencial.

Ese reconocimiento y respeto se extiende a las familias de los presos sociales, cuando se enteran que su familiar ha llegado al patio de presos políticos, se alegran mucho, porque si es un muchacho vicioso saben que encontrará ayuda en nosotros, que tiene una opción de regenerarse.

La ayuda entre presos funciona mucho, en los sociales y en todos se da la solidaridad. Cuando llega alguien que ha sido capturado herido o que llega en calzoncillos, en mera pantaloneta y sin zapatos; los presos sociales le dan ropa, cobija y zapatos. Igual le llevan las tarjetas para que llame a la familia y les diga donde lo tienen. La solidaridad funciona dentro de esos códigos, y funciona para todos los presos, entra a jugar la parte humana, la persona; ya no es el guerrillero, el paraco, el social o el narco; sino el preso, la persona que hay que ayudar.

A la guardia carcelaria la entrenan para reprimir y para humillar. Pese a eso, varios de ellos tienen sensibilidad, son muy humanos en el trato al preso. Entre ellos mismos no gustan de los que son agresivos o violentos, los llaman los garroteros, porque maltratan y gasean.

El guardia es una persona que paga cárcel, ellos son unos presos más; un guardián presta servicio cada veinticuatro

horas y se jubila en veinte años. En esas horas está preso, no puede salir de la institución. Los años que esté ahí, pagará su condena.

Ellos también viven todas las situaciones de la cárcel, hacinamiento, mala comida, pésima atención en salud. Entonces, encarnan la situación que padecen los presos, tarde en la noche les toca llevar un preso herido o enfermo a sanidad y se trasnochan.

Las veinticuatro horas deben estar pendientes de lo que pase en un patio y tienen que responder, si hay una pelea, si hay un herido. Muchos de ellos son muchachos que han prestado el servicio militar, de origen popular, humildes.

Muchos de ellos son fraternos con los presos, colaboran mucho en los cambios de celdas o evitando problemas entre internos. Los garroteros son pocos, se satisfacen golpeando a los internos o tratándolos mal, pero la mayoría no son así.

En la cárcel hay dos cosas que son sagradas y tocan los sentimientos de todos los presos: la visita y las encomiendas. La vía de las encomiendas es el puente con el mundo exterior; por ahí llegan los correos, las cartas y las cositas para los presos, los detallitos. Cuando alguien cumple años, los hijos le envían una tarjetica o un chocolate; cualquier dulce en la cárcel se recibe como si llegara del cielo, son cosas casi imposibles de conseguir.

Está prohibido entrar alimentos por vía de las encomiendas, también muchas otras cosas; solo están permitidos el jabón, champú, crema dental, ropa de color claro, chaquetas sin capucha para la cabeza; los cepillos dentales deben ser de pasta, si son de acrílico no se permiten porque se consideran un arma.

Cuando llega una chaqueta con capucha, de una se la cortan con un cuchillo; es una situación molesta y duele, porque muchas veces es un regalo de un hijo o un ser querido en el día del padre o de un cumpleaños.

Si llega una tarjeta muy bonita de plástico, en un papel muy grueso, no la dejan entrar, la decomisan. Si los zapatos tienen cámara de aire en la suela, tampoco pasan, y a veces les quitan los cordones. Si la sábana es de colores, no la dejan entrar, tiene que ser de un solo color; es como si se tratara de matar la vida con la ausencia de colores, como si ellos fueran los signos del pecado.

El listado de impedimentos para entrar cosas es interminable, la mayoría para incomodar a los internos. Además, todos los jabones, sean de baño o de lavar ropa, los atraviesan con un chuzo para ver qué traen adentro. Las cremas y los potes de champú los vacían en una bolsa plástica. Los alimentos como las chokolatinas, dulces, panes, cualquier cosa; sin importar lo que sean, los meten en una bodega y ahí se pudren. Las máquinas de afeitar, las prestobarbas, solo pueden ser desechables y de agarraderas de plástico. A los libros de pasta dura, se las arrancan y le entregan a uno el libro viringo,* con las hojas al aire.

En Palogordo había un guardián que era el encargado de las encomiendas, el tipo era amigable con todos nosotros; tenerlo en esa función era algo bendito; el hombre era muy humano, rompía esas reglas perversas. Se daba las mañas para entregarle al preso la tarjetica o el regalito sin que los demás presos se dieran cuenta. Vivía pendiente de los detalles; del día del padre, si llegaba un chocolate o un pan especial; por debajo de cuerda

* Desnudo.

se lo metía en la bolsa al interno. Igual era con las demás cosas, no las dañaba. Los libros pasaban elegantes con su pasta, las cremas y el champú en sus empaques, lo mismo las lociones.

Por ser de vidrio, cualquier frasco pequeño es considerado un arma; sin tener en cuenta que las armas verdaderas están en la misma cárcel, en sus estructuras, en las varillas metálicas que llevan por dentro o en las láminas de las puertas, rejas y ventanas; de ahí salen los cuchillos.

En las visitas, el hombre también nos ayudaba. Para poder recibir una visita debía ser registrada en una lista con tres meses de anticipación. Si la visita no estaba anotada en esa lista, no podía pasar de la puerta. Pero la vida pierde su encanto cuando todo se mete en planes, por eso los hijos preferían darnos la sorpresa en los cumpleaños y llegaban sin anunciarse. En esos momentos tan críticos aparecía este guardián, entonces lo mandábamos a llamar y le decíamos:

—Hermano, ahí está mi mamá y no la tengo registrada ¿qué hacemos?

El hombre se iba para el sistema, para donde ellos tenían todo anotado. Hablaba con el tipo que controlaba ese sitio. No sabíamos lo que hacía, lo cierto era que la visita entraba.

Era tan importante su labor para todos los presos, que nadie podía tocarlo. Quien se metiera con él, la llevaba con toda esa gente. El hombre era algo fuera de lo común. Es posible que tuviera problemas con los mandos, con los otros guardianes, por esa actitud de colaboración con los presos para entrarles cosas.

Conseguir los medicamentos, los remedios en una cárcel es otro viacrucis; la mayoría de ellos están prohibidos en las

cárceles, y para entrar algo hay que hacerlo por sanidad, que el médico lo autorice con una fórmula; demora tanto este trámite, que cuando llega, ya el paciente está muerto; porque lo único que dan en una cárcel es acetaminofén.

En esto también nos ayudaba este guardián, pues las familias saben las enfermedades que padecemos y se preocupan por hacernos llegar los medicamentos. Eso estaba prohibido en las encomiendas, pero el hombre se daba cuenta cuando llegaban; iba y verificaba en sanidad la ficha médica del preso, la historia clínica, se llevaba los medicamentos y se los entregaba en secreto al preso, llegó a entregarnos inyecciones con jeringa, cosa que está prohibida en los patios. Era un ángel guardián.

Así como él había otros, que se diferenciaban de los pocos que les gustaba hacerles daño a los presos. Algunos presos que salieron en libertad se encontraban con ellos en la calle, y sin resentimiento se metían a un bar a tomarse una cerveza.

XIV. SALGAR

La cárcel es un lugar de personajes. En Cóbbita había un muchacho que le llamaban Salgar, era de un pueblo de Antioquia que tiene ese nombre. Sufría un trastorno mental producto de la tragedia vivida, los paramilitares le mataron toda su familia. Vio con sus propios ojos, cuando era muy niño, lo que sucedió y quedo afectado, le cambió toda su vida.

Era el muchacho más solidario en esa cárcel, vivía pendiente de los enfermos, de quien estaba sin comida. En esos detalles mostraba su gran humanidad. Era muy apegado a las personas adultas, como si tratara de compensar la falta del padre. Todos lo queríamos y nadie podía meterse con él.

Salgar era el personaje del patio, vivía haciendo aseo, estaba pendiente de hacerle los remedios a los enfermos. Si tarde en la noche alguno se enfermaba comenzaba a gritar, a tocar las puertas, a golpear para que los demás escucharan y

ayudaran a llamar la guardia para sacar al enfermo y llevarlo a la enfermería.

Todos los días se mantenía caminando dentro del patio y hablaba solo; no podía olvidar, no paraba de hablar sobre lo que los paramilitares habían hecho con su familia. A los paramilitares los trataba mal, en términos duros. Todo mundo decía que estaba loco porque se mantenía hablando solo. Pero en su actuar era muy humano, solidario con todos los presos.

Se la pasaba patinando, caminando solo, dando vueltas alrededor de la cancha o en los pasillos. No paraba de hacer ejercicio; inventaba pesas con botellas llenas de arena, les incrustaba palos de escoba como agarradero. En los pasillos simulaba gimnasios con lazos para saltar, tablas para hacer abdominales y el patio era la pista para trotar.

El hombre estaba preso por un homicidio, había matado a alguien. Era un muchacho que no sabía leer ni escribir; hablamos con él, lo aconsejamos para que fuera a estudiar. Nos hizo caso y comenzó a ir. Le causaba mucho trabajo estar en los patios donde había paramilitares, les tenía un odio visceral, vivía hablando que ellos le habían matado su familia. Caminaba para arriba y para abajo insultando a los paramilitares.

Claro, eso a los paramilitares no les gustaba para nada, pero como la gente lo quería, tenían que aguantárselo; además, tocaba entenderlo. También peleaba con los guardianes cuando trataban mal a un preso enfermo o se demoraban en sacarlo, se enojaba y les decía que iban a dejarlo morir; los insultaba. En alguna oportunidad, los guardias intentaron golpearlo; todos los del patio salimos en su defensa, no dejamos que lo maltrataran ni que lo sacaran del patio quinto.

Salgar estaba condenado a treinta años, y apenas llevaba siete y al no tener familia, nadie lo visitaba. Cada preso solo tiene cupo para dos personas por día de visita, si llegaba otra persona que no estuviese registrada en esa lista, no podía pasar de la puerta. Para eso circulaban un papel donde cada preso anotaba a las dos personas que lo visitarían dentro de tres meses. Como a Salgar nadie lo visitaba, siempre había dos cupos de emergencia, que otros presos aprovechaban. Al principio se tenía el temor que se pusiera a patinar o a decir groserías, pero Salgar no era bobo, se comportaba como todo un señor; atendía las visitas, les llevaba la comida y tenía un comportamiento muy prudente.

Salgar agarró cartel,* entonces los presos le anotaban a él sus familiares, hijas o cualquier otra persona; su comportamiento en las visitas era muy diferente.

El hombre se encargaba del protocolo. La visita es lo más sagrado para los presos; por eso las visitas son el centro del protocolo. Hay que preparar todo para ese día; hay que lavar las cobijas y las toallas, deben quedar bien, que se huela su limpieza. Si el clima es muy frío, como en Cómbita, hay que llevar algo para abrigarse, pues las bancas donde se sienta la visita son de cemento y los muros parecen de hielo. Si es en el patio hay que llevar con qué arropar la visita; llevar la comida, la greca para hacer el chocolatico caliente. Salgar se especializó en eso, estaba pendiente de la visita.

Salgar valoraba mucho las visitas, sobre todo las de los familiares, quizá mucho más que los que eran visitados; en sus ojos se reflejaba el refrán que taladra la mente de todo preso: nadie valora lo que tiene hasta que lo pierde.

* Persona que ganó reconocimiento y respeto.

XV. CACHITA

En la cárcel de San Isidro estaba el Cachi o Cachita, como le decíamos. Había sido reciclador en Cali, y una madrugada amaneció con un muerto al lado, en la calle donde dormía. Como no tenía familia ni sabía leer ni escribir, lo condenaron a dieciocho años por homicidio.

Al Cachi ya se le veían los años, pasaba de los sesenta y pico. Su profesión la seguía desarrollando en la cárcel, la asumía con mucha propiedad en todo el patio, lo mantenía en aseo extremo; en las cárceles los presos botan las basuras y desperdicios por todo lado, papel aquí, colillas de cigarrillo allá; y el Cachita pendiente que todo el patio estuviese limpio, desde que se levantaba hasta que se acostaba.

También era muy solidario con los enfermos; inventaba bebedizos, aguas de lo único que se conseguía: cáscaras de naranja, mandarina o limón, al menos para levantarle el ánimo al enfermo.

Todo mundo jugaba con él, a la gente le gustaba sacarlo de casillas, el hombre se disgustaba mucho y brincaba al centro del patio para desafiar al que fuera; nadie le salía porque todos lo hacían por recocha.*

Al Cachi todos lo querían como a un papá o como un abuelo, por eso lo molestaban. Los otros presos le inventaban cuentos, le decían que tenía una novia, que había venido a visitarlo, pero que en la entrada se la había quitado otro tipo; eran meros inventos para verlo disgustado. El hombre salía a la mitad del patio a desafiar al que le dijera esas cosas.

Siempre cargaba debajo del brazo un palito, un pedazo de palo de escoba. También llevaba una mochilita, una talega, donde cargaba el menaje** y guardaba comida; a esa talega le decían la nevera de Cachi, era donde almacenaba por dos o tres días platanitos, arroz o cualquier cosa, y así se la comía después. En su vida de calle, de reciclador, lo había aprendido.

En el patio reciclaba todo, organizaba todas las basuras, cada cosa en su tarro. No podía ver que alguien botara algo al suelo; estaba con el ojo puesto en las basuras, se iba de una, recogía lo que fuera y le llamaba la atención a quien lo hubiese tirado:

—Estos son unos puercos, no se preocupan por asear la casa, —renegaba duro para que los demás escucháramos.

Es común escuchar a los presos decir que la cárcel no es casa de nadie, pues consideran que eso es del INPEC, y no su casa. Pero en realidad la vida transcurre y quienes terminamos viviendo ahí somos los presos, los internos.

* En Colombia es sinónimo de relajo, broma, chanza, chiste, chascarrillo.

** Vajilla o utensilios de cocina.

Por eso el viejo Cachi decía que se debía asear la casa y en eso se la pasaba; la asumía como su labor. Limpiaba los baños, los comedores y todo el patio. Aunque había aseadores que descontaban tiempo de condena con ese trabajo, el viejo lo hacía sin importarle las rebajas. Al final logramos que le dieran el descuento por hacer el aseo. A él poco le importaba, pues el aseo era lo suyo.

Los presos decían que el Cachi ya había cumplido la condena, como el hombre no sabía leer ni escribir, dependía de lo que los otros presos le ayudaran y miraran su proceso; para ese tiempo ya estaría para salir en libertad condicional.

El viejo Cachi se hizo «coger la buena», que en la cárcel es darse a querer a los demás, «la mala» es cuando a uno le tienen bronca. En el patio el Cachi era un consentido por todos.

Él decía que no había matado a nadie, y todos le creíamos, se aprovecharon que estando dormido en la calle le tiraron el muerto al lado y se lo achacaron. Como era una persona sin familia y no sabía leer ni escribir, nunca pudo defenderse. Fue el primero que encontraron las autoridades y dijeron que era él quien lo había matado. Y como siempre... la ley es para los de ruana.

XVI. EL HUECO

El diez de diciembre de dos mil trece llegué trasladado a San Isidro. El tiempo de condena había ido sumando de cárcel en cárcel, con la tercera parte de la condena cumplida puede solicitarse cambio para mediana. Como estaba condenado a cuarenta años, con trece años podía irme para mediana, con los descuentos y los once años cumplidos, era suficiente. En esa cárcel hay patios de mediana y mínima seguridad. Allí permanecí casi un año en patios de alta y luego pasé para los de mediana.

En los patios de mediana uno puede solicitar el permiso de salida por setenta y dos horas, que se los dan a quienes tienen la tercera parte de la pena cumplida. A mí me lo negaron. De todas formas, ahí estaban los que se iban para la calle de permiso por setenta y dos horas.

También hay otros presos que están en mínima y cada

quince días salen de permiso setenta y dos horas. De esos patios salen de permiso cada dos semanas, en promedio setenta u ochenta presos. Centré mi atención en los controles, movimientos y requisitos para irse de permiso, miraba las colas para la salida, sobre todo cómo eran los controles.

Los controles de personal a la entrada y salida de la cárcel son muy estrictos, sobre todo el ingreso de drogas y cosas ilícitas para los negocios de los internos.

Comencé a observar cada paso que se hacía para la salida, qué tipo de controles, qué máquinas había, cómo eran las reseñas. Un personal estaba encargado de este proceso, de los que salían por setenta y dos horas. Ese permiso lo autoriza un juez, pero la fecha de la salida es competencia del INPEC, es un asunto interno, ellos organizan por lotes, cada quince días. Antes eran todos los días, como se les presentaron despedotes administrativos lo modificaron y le anunciaban al interesado: «te toca el quince o el treinta».

Me di cuenta que, en un lote de setenta u ochenta presos, se presentaba algo de confusión en los controles y se abría una brecha para construir mi hueco, existía una alternativa. En un grupo de ese tamaño se podía suplantar a otro preso, pues los funcionarios del INPEC, por desocuparse rápido, no eran tan rigurosos en la verificación. El asunto de las huellas podía arreglarse, como muchas cosas en una cárcel.

Comencé a conversar con los que salían a esos permisos, a entender cómo era cada paso y cada trámite, ellos me contaron como era ese proceso de los documentos, la reseña, la huella. Fue un camino que fui construyendo a lo largo de un año. Con el tiempo el hueco se empezó a ver: era posible. Había que tomar la decisión, pues si dejaba pasar el tiempo

y cambiaban el personal, todo podía alterarse, y se corría el riesgo de ser reconocido al pasar un control.

La decisión de fugarse es lo más difícil, si a uno lo descubren antes o en la misma fuga, tiene unas implicaciones muy graves. Por intentar fugarse, automáticamente lo trasladan de cárcel, pierde la fase de mediana, le quitan el descuento y las visitas; y le abren un proceso por fuga, que le puede dar entre cinco y diez años más de cárcel.

Esa amenaza latente es como una espada sobre la cabeza del preso y lo frena a la hora de buscar su libertad; pues si en el intento fracasa, vienen todas las complicaciones jurídicas y el preso termina más clavado que antes.

Un preso que esté saliendo a los permisos de setenta y dos horas, ve que su libertad está cerca, entonces prefiere hacerlo legalmente, porque si fracasa termina perdiendo demasiado.

Por eso cuando se va a tomar esa decisión, uno cierra los ojos y le hace. Ya todo lo tenía listo y llegó el día indicado: lunes, treinta de noviembre; hay un relevo de guardia, algunos eran nuevos, los mandos no pueden reconocerme.

Ese día salían tres lotes a permiso de las setenta y dos horas: el primero a las nueve, un segundo a las doce y el último a la una de la tarde. Todo inicia a las nueve de la mañana, hay mucho movimiento en los patios, la gente sale a trabajar a los talleres, es un momento favorable que no puede dejarse pasar. Me meto a la fila con mis nuevos datos, llevo todo arreglado. El tiempo transcurre más lento. Uno quisiera que fuera rápido, pero nada. Por fortuna no hubo mucho control, pues ese proceso dura desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde.

El trajín de ese día, la bulla, los movimientos, la congestión de la gente; algunos de los guardias no están acostumbrados a eso, son factores intangibles que uno subvalora, pero es lo que se aprovecha. Los que llegan nuevos y vienen de afuera no lo ven todo, pero el que vive adentro, está en la jugada y lo ve distinto: ha estudiado sus movimientos, con quien se puede y con quien no, se juega también con los puestos en la fila, un poco adelante o un poco atrás.

Había observado durante todo un año ese proceso, sabía como era cada paso y cada movimiento. Desde la madrugada había hecho la contabilidad de las horas. En la fila empezaron a correr los interminables minutos y luego en la revisión final, los eternos segundos hasta que... al fin, el camino estaba despejado: por instantes parecía flotar y las manos me sudaban, pero debía seguir normal, como si nada.

Una vez en la puerta caminé hacia la ciudad con cierto aire de tranquilidad, pero tan pronto pude conseguí una moto taxi para alejarme del sitio –por fortuna era un día de mucho movimiento– afuera hay gente que vive de lo que hay en la cárcel, de la vida de los internos.

Luego de once años, pude sentirme en libertad, ahora solo faltaba que los compañeros me mandaran a buscar, me daba temor que no llegara el enlace, pero al final llegó. Volver a encontrarse con los compañeros da mucha alegría, no es fácil medir esa sensación de felicidad. Ahora, otra vez entre mi gente y con un arma en la mano las cosas son diferentes.

Tener la libertad es volver a tener vida, porque lo que hay en la cárcel no puede decirse que lo sea. Se acababa el suplido de la humillación y el menosprecio, ahora estaba con los míos, con mi Organización, con el ELN que es puro pueblo.

Ahora estaba en una región distinta a la mía, en esta patria diversa abrazada por la misma bandera. Ahí encontré a mis compañeros: a cualquier parte del país adonde uno llegue y encuentre un eleno, esa es la casa. Otra vez en casa, para seguir en rebelión.

Esa es la constante de la vida en la cárcel, mirar y mirar para todo lado para encontrar el hueco, un hueco hacia la libertad. El hueco, así llaman en la cárcel a la vía que permite fugarse.



Cronología de la lucha Elena

“Me siento alegre y muy unido a este pueblo con el cual hemos dado nuestra vida, nuestra sangre y nuestros ideales. Trabajo todo lo que puedo para que avance la lucha. Estoy cada vez más convencido del triunfo de un pueblo que lucha hasta la muerte.

Hay dificultades, pero todas se pueden vencer con tesón, con voluntad de hierro y amor a un pueblo que lucha.”

Manuel Pérez M. Carta a su familia, 1970

1962

Bajo la figura del Frente Nacional (acuerdo entre los partidos liberal y conservador), es elegido presidente Guillermo León Valencia, político conservador caucano.

Se inicia un período de luchas estudiantiles a nivel nacional. Los incidentes entre la comunidad académica, el ejército y la policía se multiplican.

El 4 de junio, 27 jóvenes viajan a estudiar a Cuba becados por el gobierno revolucionario de la isla; 11 de ellos piensan

crear un movimiento guerrillero y, para tal fin, recibirán instrucción militar. Al terminar la preparación, Fabio Vásquez, Víctor Medina, Mario Hernández, Raymundo Cruz, Luis Rovira, Heriberto Espitia y Ricardo Lara conformarán la Brigada José Antonio Galán (BJAG).

1963

En Barrancabermeja, oriente del país, se desarrolla una huelga de los obreros petroleros que va a contar con la solidaridad de campesinos cercanos a la Brigada recientemente creada.

Se crea la Federación Universitaria Nacional (FUN).

Durante junio y julio, miembros de la Brigada exploran varias regiones del país con el fin de seleccionar el área de asentamiento del grupo guerrillero: Víctor Medina se dirige a San Vicente de Chucurí y Barrancabermeja, Fabio Vásquez a Viejo Caldas, Rovira a Miraflores (Boyacá) y Mario Hernández a San Pablo (Bolívar).

1964

Se producen varios enfrentamientos entre estudiantes y la fuerza pública por el alza en los precios del transporte. En el sur del país se pone en marcha la operación Marquetalia, contra las llamadas repúblicas independientes de campesinos, territorios donde habitaban comunidades de campesinos comunistas liderados, entre otros, por Pedro Antonio Marín Marín alias Manuel Marulanda Vélez o Tirofijo. Meses más tarde, estas comunidades iniciarán la lucha guerrillera fundando las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Durante enero y febrero, Julio Portocarrero, José Ayala, Pulgarcito, Wilson y otros jóvenes viajan a Cuba con el fin de recibir instrucción militar, enviados por el grupo embrionario que terminaría conformando el ELN.

En junio miembros de las redes urbanas del naciente ELN realizan sabotajes en Bucaramanga, en solidaridad con los combatientes campesinos de Marquetalia.

El 4 de julio se reúnen los combatientes para iniciar la Primera Marcha Guerrillera del ELN hacia su campamento madre. El 20 de diciembre, luego de varios meses de preparación, se inicia la marcha hacia la primera acción guerrillera de envergadura del ELN: la toma del municipio de Simacota, pueblo enclavado en las montañas del Departamento de Santander, al nororiente del país.

1965

Gran auge del movimiento estudiantil y popular. Se crea el Frente Unido liderado por el sacerdote y profesor universitario Camilo Torres Restrepo.

El 7 de enero se realiza la toma de Simacota. Se da a conocer el Manifiesto y el Programa del ELN.

El 26 de mayo aparece el primer número del periódico *Frente Unido*, del movimiento liderado por Camilo Torres.

Entre junio y julio, en la región nororiental de Colombia son detenidas más de 100 personas. Se les aplica el consejo de guerra acusados de ser miembros del ELN.

En octubre el sacerdote Camilo Torres se incorpora al ELN.

1966

El 7 de enero Camilo Torres lanza su proclama al pueblo colombiano invitándolo a la lucha revolucionaria. El 15 de febrero se da la emboscada de Patio Cemento. Cae en combate Camilo y otros 5 combatientes.

1967

El movimiento estudiantil de izquierda se divide por las contradicciones entre “pro-soviéticos, castristas y maoístas”.

El Frente Unido se debilita hasta la extinción.

El 9 de marzo se realiza el asalto al tren pagador de ferrocarriles del Magdalena. En el combate se son dados de baja 5 soldados del Ejército regular.

En diciembre, mediante una acción armada, el ELN toma un avión de Avianca con 46 personas, que es llevado a Cuba. Con esta acción el ELN denuncia el carácter dictatorial del régimen político.

1968

Por problemas internos en el ELN y malos tratamientos de las contradicciones, son fusilados varios combatientes revolucionarios.

Los mandos de más reconocimiento encabezan un proceso de expansión hacia el Magdalena Medio, Antioquia y Sur de Bolívar.

Los sacerdotes españoles Manuel Pérez y Antonio Jiménez Comín llegan a Cartagena tras ser expulsados de República Dominicana. Se dedican a trabajar en los barrios populares.

1969

Manuel Pérez y sus compañeros entran en contacto con el grupo de sacerdotes revolucionarios de Golconda, que dio origen a un movimiento renovador histórico en la Iglesia Católica colombiana. Editan un periódico de agitación llamado *Causa Justa*.

En octubre los sacerdotes españoles Manuel Pérez, Domingo Laín y José Antonio Jiménez Comín llegan a la guerrilla del ELN, a las montañas del Magdalena Medio.

La justicia colombiana realiza el “Consejo de Guerra del Siglo” contra ELN. Son juzgados 215 militantes y colaboradores.

1970

Época marcada por la radicalización del movimiento estudiantil. De igual forma se empieza a conformar un fuerte movimiento social campesino. En abril un fraude permite la elección de Misael Pastrana como presidente de Colombia. Lo que provoca levantamientos en varias ciudades del país. Se decreta el Estado de Sitio.

En el ELN siguen las contradicciones internas, al tiempo que varios de sus militantes desarrollan una intensa actividad organizativa en el campesinado, el movimiento sindical y estudiantil. En junio muere el sacerdote español José Antonio Jiménez Comín luego de una larga marcha guerrillera.

1971

Se desarrollan masivas recuperaciones de tierras auspiciadas por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC).

Se producen 316 tomas en 13 departamentos con participación de 16.000 familias.

El 28 de marzo es ajusticiado el ex dirigente estudiantil Jaime Arenas, acusado de traición a la revolución y al ELN.

El 8 de octubre el ELN atenta contra el General Álvaro Valencia Tovar, torturador y represor, quién estuvo al frente de la operación donde cayó Camilo Torres.

1972

El 7 de enero se realiza la toma de San Pablo en el Sur de Bolívar.

El 16 de enero se realiza la toma simultánea de Remedios, Santa Isabel y Otú.

En mayo aparece la revista Simacota, donde se plantean problemas prácticos y teóricos de la revolución. Este proyecto es impulsado por el comandante Manuel Vázquez Castaño.

1973

El ELN avanza en su expansión hacia el departamento de Antioquia.

El ejército regular pone en marcha la Operación Anorí, donde concentran 33.000 hombres de todas las fuerzas, contra la columna guerrillera de 100 combatientes. Es la mayor operación militar de toda la historia de Colombia.

Durante febrero y marzo se realiza el Consejo de Guerra del Socorro contra decenas de militantes y colaboradores del ELN.

El 15 de octubre es asesinado en Medellín el dirigente obrero y militante del ELN Luis Carlos Cárdenas.

El 18 de octubre, a dos meses y 10 días de iniciada la Operación Anorí, caen los comandantes Manuel y Antonio Vázquez, completando así 27 combatientes caídos durante 39 combates, en los cuales el ejército gubernamental tuvo 178 muertos y más de 400 heridos.

En noviembre, luego de la operación Anorí, desertan varios combatientes, sumiendo al ELN en una crisis. Internamente se debate sobre la viabilidad de la lucha armada, los métodos de trabajo y la democracia interna.

1974

Gobierno del liberal Alfonso López Michelsen, que busca meter al país en la senda del libre mercado. A principios de ese año, con el robo de la espada de Bolívar y la toma del Concejo de Bogotá, hace su aparición el Movimiento Guerrillero 19 de abril, M-19.

El 20 de febrero cae en combate el sacerdote español Domingo Laín.

En junio se realiza la primera Asamblea Nacional del ELN, conocida como “Asamblea de Anacoreto”. Se hace un análisis crítico de los fusilamientos, los métodos y el futuro de la revolución.

El 24 de noviembre luego de intensos debates, sale del país Fabio Vázquez, responsable político del ELN.

1975

Se reactiva el movimiento estudiantil en Bogotá. Las marchas terminan con la toma del hospital San Juan de Dios. Se realiza el Tercer Congreso Campesino de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). Se produce una oleada de paros cívicos en todo el país en contra de la carestía.

El 22 de enero el ELN reaparece con una emboscada en San Pablo, Sur de Bolívar, con el saldo de 14 bajas del Ejército regular.

Durante mayo se produce el atentado al Coronel José Romero en Barranquilla. El 8 de septiembre es ejecutado por el ELN en Bogotá, el Inspector General de las FF.AA. General Rincón Quiñónez.

1976

Se realiza con participación de varias vertientes revolucionarias, el Primer Encuentro del Sindicalismo Independiente (SI), conformándose el Sindicalismo Independiente Clasista (SIC).

El ELN avanza en el proceso de reorganización de la conducción y expansión de los frentes guerrilleros.

Se conforma el Frente Luis José Solano Sepúlveda (FLJSS) del ELN. Se crea una Dirección Nacional conformada por responsables de frentes guerrilleros. Cada frente conforma su red urbana.

1977

Luego de varios meses de agitación social, en septiembre se realiza un Paro Cívico Nacional. Se producen levantamientos

populares en las principales ciudades del país. Decenas de muertos y detenidos por la represión. Se establece nuevamente el Estado de Sitio.

El 1º de abril se conforman los comandos obreros del ELN con militantes de Barrancabermeja, Valledupar, Bogotá y Medellín. El 23 de abril se produce un hostigamiento al puesto militar “El Ocho” produciéndose 26 bajas al Ejército regular.

Durante mayo se inicia un trabajo de apoyo mutuo con el M-19. Se hace pública la división del ELN el sector oficial y otro que se denomina “Replanteamiento”, que propone cesar la lucha armada.

El 9 de septiembre en Barranquilla, Omaira del Socorro Montoya Henao, fue desaparecida, luego de ser detenida por unidades del F-2 (unidad de inteligencia de la policía colombiana).

En octubre se realiza la Primera Reunión Urbana Nacional. En diciembre se realiza la primera reunión de responsables para conformar la Dirección Nacional del ELN y darle salida a la crisis.

1978

Gobierna el país el liberal Julio César Turbay, liberal. Se implanta el Estatuto de Seguridad y se oficializa la desaparición forzada y la tortura, como política de Estado.

Se crea la convergencia de organizaciones de izquierdas legal y electoral FIRMES. En el ELN siguen los debates internos sobre el trabajo de masas y la vigencia de la lucha armada.

El 29 de septiembre es asesinado el comandante del ELN

José Manuel Martínez Quiroz, responsable del trabajo urbano, luego de ser capturado y torturado.

En octubre, una reunión de responsables traza las líneas a seguir. Se crea la Dirección Nacional Provisional con cinco sectores. Varios sacerdotes participan en esa dirección.

En diciembre se produce una declaración conjunta del ELN con el Partido Comunista-Marxista Leninista (Ejército Popular de Liberación), llamando a la lucha armada y a la unidad revolucionaria.

1979

Avanza el proceso de reconstrucción tanto urbana como rural del ELN. El año transcurre en medio de reuniones y reagrupamiento. El 30 de enero se produce la toma de Convención en Norte de Santander, frontera con Venezuela.

1980

En enero se realiza la primera reunión general de todo el grupo guerrillero que posteriormente conformará el Frente Domingo Laín en Arauca.

El 14 de septiembre se produce la toma de Beyotes. Surge el Frente Domingo Laín (FDL) del ELN.

1981

Organizaciones sindicales y populares realizan el encuentro de Zipaquirá. Es creada la Coordinadora de Solidaridad y Protesta (CSP).

En octubre se realiza el Segundo Paro Cívico Nacional acompañado de marchas campesinas. El ELN impulsa las Jornadas Camilistas y Comuneras a nivel nacional, caracterizadas por una gran agitación y una participación popular amplia y masiva.

El 2 de diciembre se produce un golpe a la Dirección Nacional provisional. Caen el sacerdote colombiano Diego Cristóbal Uribe y el dirigente Efraín Pabón Pabón al resistir un allanamiento.

1982

Los principales dirigentes viajan por todo el país haciendo reuniones con los grupos dispersos y proponiendo la centralización del ELN.

En abril se produce la cuarta reunión de responsables. Se conforma la Dirección Nacional. Se elaboran los principios organizativos.

1983

Se desarrollan acciones político-militares en todo el país. Participan todos los grupos que se reconocen como ELN. Durante septiembre y octubre se realiza la Reunión Nacional “Héroes y Mártires de Anorí”, donde se elaboran los primeros elementos sistematizados de estrategia y táctica de la revolución.

1984

Bajo el gobierno conservador de Belisario Betancur, caracterizado por su demagogia populista, la represión se

profundiza. El 16 de mayo durante una protesta estudiantil en la Universidad Nacional, la policía penetra en el claustro masacrando un número aún indeterminado de estudiantes y deteniendo a cerca de 100 personas. Tras estos hechos se decreta el cierre de la Universidad.

El ELN lanza una Campaña Nacional político-militar por la Soberanía y la Defensa de los Recursos Naturales. Se paraliza la exportación de petróleo y el ELN propone al país una nueva política de hidrocarburos.

Se realiza la campaña nacional “Camilo vive” que incluye acciones armadas y de masas, reivindicando la praxis revolucionaria del sacerdote Camilo Torres R. El ELN realiza una importante gira internacional.

1985

En medio de la represión, el movimiento popular toma la iniciativa. El encuentro Nacional Obrero Popular convoca un Paro Cívico Nacional. Empiezan a madurar los procesos de unidad guerrillera y popular.

Las FARC, mediante un acuerdo con el gobierno conservador de Belisario Betancur, inician el cese al fuego y realizan varios acuerdos políticos. Se conforma la Trilateral, entre el ELN, el MIR Patria Libre y el PRT. Se conforma la Coordinadora Nacional Guerrillera (CNG) en la cual participan el ELN, el M-19, el PRT, el MIR -PL, el Movimiento Quintín Lame, el EPL, el Movimiento Ricardo Franco.

Se realiza un Paro Nacional acompañado con acciones militares de la CNG en todo el país.

1986

En el país se implementa la elección Popular de alcaldes. Los acuerdos entre las FARC y el gobierno propician la creación del movimiento político Unión Patriótica (UP). Luego de intensos debates, en noviembre se crea la Central Unitaria de Trabajadores (CUT).

En febrero se realiza el Primer Congreso del ELN. Se traza una línea de masas, una estrategia y una táctica. Son nombrados el sacerdote Manuel Pérez y Nicolás Rodríguez Bautista como voceros oficiales de la organización, en su calidad de responsables político y militar, respectivamente.

El ELN plantea propuestas al país sobre soberanía y petróleo, humanización de la guerra, cristianismo revolucionario, la salida política al conflicto interno, el problema fronterizo con el Estado venezolano, la unidad popular y guerrillera y el deslinde categórico con el narcotráfico.

1987

Sigue el ascenso de las luchas populares. En mayo, impulsado por las fuerzas políticas de izquierda, se realiza el Encuentro Nacional Estudiantil “Chucho Peña”. En julio decenas de miles de campesinos salen a las cabeceras municipales del nororiente colombiano exigiendo mejores condiciones de vida y democracia. En septiembre se realiza el paro de los trabajadores bananeros de Urabá contra los asesinatos de sindicalistas.

Se inicia una nueva etapa de guerra sucia por parte del Estado. Narcotraficantes y mandos militares, con apoyo de los Estados Unidos e Israel crean y entrenan a grupos paramilitares a lo largo y ancho del país.

El 11 de octubre es asesinado Jaime Pardo Leal dirigente de la UP y ex candidato presidencial. Miles de personas protestan en varias ciudades del país. En Bogotá una gigantesca marcha termina en confrontación y saqueos.

En junio se produce la fusión del ELN con el MIR- Patria Libre, dando origen a la unión Camilista -ELN.

En julio se rompe la tregua entre las FARC y el gobierno. En agosto el ELN retiene a más de 80 alcaldes en todo el país, promocionando su propuesta de Poder Local. El ELN desarrolla la campaña “Despierta Colombia, nos están robando el petróleo”. Se realizan cientos de sabotajes a la infraestructura petrolera y el ELN regula, por la fuerza, la presencia de empresas extranjeras.

El 25 de septiembre se crea la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, a la cual se suman las FARC, luego de terminar su tregua con el gobierno, Se realiza la primera gira de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. En representación del ELN asiste Manuel Pérez.

En octubre es detenido por unidades Guerrilleras del ELN el antropólogo noruego Bruce Olson, acusado de asesinar indígenas Bari por encargo de la compañía petrolera Texas.

1988

Año de Gran actividad estudiantil. Foros, seminarios y enfrentamientos callejeros se multiplican en todo el país. El país es golpeado por los atentados y masacres orientadas desde el Estado terrorista y mafioso.

El ELN fortalece su propuesta de soberanía haciendo llegar

documentos a foros académicos y dialogando con agregados diplomáticos y cónsules de varios países.

La Coordinadora Guerrillera realiza acciones conjuntas en todo el país.

1989

Las masacres se multiplican en zonas de gran tradición de lucha. En medio del terror se intenta hacer un Paro Nacional, con escasa participación a pesar de haber sido aprobado mediante plebiscito popular. El gobierno declara ilegal la protesta y militariza el país.

En noviembre el ELN desarrolla su Segundo Congreso “Poder Popular y Nuevo Gobierno”. Se traza una línea de trabajo para lo urbano, se adopta con mayor claridad una postura de deslinde con el narcotráfico y se elaboran definiciones sobre la salida política al conflicto. Se lanza la propuesta de humanización al conflicto.

En desarrollo de la campaña por la soberanía, un comando del ELN ataca la terminal de embarque petrolero en Coveñas, Costa norte de Colombia.

1990

Se inicia el gobierno del liberal César Gaviria Trujillo, quién aplicará una política de choque neoliberal, combinada con militarización y represión generalizada. El M-19 y el gobierno firman en el Tolima un acuerdo para iniciar conversaciones de paz. Durante el primer semestre son asesinados los dirigentes comunistas José Antequera y Bernardo Jaramillo presidente de la Unión Patriótica y candidato presidencial.

En septiembre se reúnen por primera vez los máximos comandantes de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar en su primera Cumbre Nacional.

1991

Se desarrolla una campaña político-militar por parte de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Se desmovilizan definitivamente el M-19, una parte del PRT y el Movimiento Quintín Lame, para participar en la Asamblea Nacional Constituyente. Al interior del ELN se produce un fraccionamiento, separándose la Corriente de Renovación Socialista.

En el mundo se termina de desmoronar la experiencia del socialismo real en la Unión soviética y Europa oriental. Esta derrota va a afectar a todos los procesos de liberación y de izquierda del planeta.

Sectores sociales y académicos realizan en Bogotá el Seminario Internacional “Socialismo: realidad, vigencia y utopía”, que analiza críticamente la experiencia de la Unión Soviética y reivindica el camino socialista desde la auto determinación de los pueblos.

1992

Bajo la cobertura de la nueva Constitución el régimen reprime a lo largo y ancho del país. Se ejecuta selectivamente a dirigentes sociales y políticos. Como respuesta, el ELN lanza una ofensiva militar en todo el país. Se realizan acciones de sabotaje, hostigamientos emboscadas y combates con la fuerza pública en 18 departamentos.

1993

Se lanza una nueva Campaña por la Soberanía Petrolera. El ELN realiza 83 acciones militares contra las empresas transnacionales y la infraestructura petrolera entregada al capital extranjero. En varios foros y seminarios se presenta una propuesta petrolera soberana.

1994

El gobierno queda nuevamente bajo control de los liberales. El presidente Ernesto Samper mantiene su gobierno en medio de una profunda crisis de legitimidad al comprobarse que recibió dineros del narcotráfico para el desarrollo de su campaña. Se afianza la alianza entre la oligarquía y el narcotráfico.

En julio el Comando Central y la Dirección Nacional del ELN le proponen al país una iniciativa que coloca el orden del día la regulación del conflicto armado en el marco del Derecho Internacional Humanitario (DIH).

Se desmoviliza totalmente la Corriente de Renovación Socialista, sector escindido del ELN.

1995

Para avanzar en la concreción de su política, el ELN hace pública su adhesión y acatamiento de las recomendaciones formuladas por Amnistía Internacional en su informe sobre Colombia.

El 28 de marzo son asesinados en Bogotá los comandantes del ELN Edgar Amillkar Grimaldos Barón (Rafael) y Carlos Reyes Niño (Ubaldo), mientras realizaban labores de acercamiento con la sociedad civil y el gobierno.

1996

En junio se realiza el III Congreso “Comandante Edgar Amillkar Grimaldos” bajo la consigna “Somos Revolución, Construimos Poder y Triunfaremos”. Se fortalece la concepción del Poder Popular como estrategia revolucionaria.

1997

Mediante el terror se consolida un régimen oligárquico narco-paramilitar. El ELN proclama “habrá democracia para todos o no habrá para ninguno”. El 8 de octubre ordena a todas sus estructuras, urbanas y rurales prepararse para el más amplio boicot electoral. Se lleva a cabo un Paro Armado en más de 10 departamentos.

El 8 de agosto cae en combate Abel Enrique Cabezas, combatiente internacionalista de origen Argentino.

1998

El ELN propone la realización de una Convención Nacional, como paso inicial hacia una salida a la crisis de la sociedad. En febrero firma el borrador de un acuerdo con el gobierno en el que detallan el proceso para la Convención Nacional y un proceso paralelo de diálogos. El ELN se reúne con representantes de la sociedad civil en Alemania. De ambas partes se comprometen a impulsar la Convención Nacional.

El 14 de febrero fallece el comandante Manuel Pérez Martínez.

El 16 de mayo el régimen masacra en Barrancabermeja a 7 personas y desaparece a 25 más.

1999

Es asesinado Eduardo Umaña Mendoza, defensor de los Derechos Humanos y Procurador de los derechos de los estudiantes, trabajadores y presos políticos. Las fuerzas populares responden con un Paro Cívico Nacional. Se suceden multitudinarias marchas en todo el país y disturbios varias ciudades.

El 12 de abril el ELN desvía un avión comercial hacia el Sur de Bolívar. Denuncia de esta forma las masacres en curso y exige un pago por la libertad de algunos de los retenidos. En la nave viajan Juan Manuel Corzo Román, representante del partido conservador, y Juan Alberto Carrero López, alcalde de El Zulia.

El 16 de mayo organizaciones de derechos humanos y sociales realizan el Tribunal Internacional de Opinión y condenan al Estado por la masacre de Barrancabermeja.

El 30 de mayo un comando del ELN irrumpe en la iglesia La María, en un exclusivo sector de Cali y retiene a más de 50 personas. Denuncia la pobreza y la concentración de la riqueza en pocas manos.

2000

Para poder retomar los diálogos, el gobierno de Colombia restablece el estatus político al ELN, que había sido negado ante las acciones político-militares del año anterior. El gobierno conservador de Andrés Pastrana da inicio formal al proceso de diálogo con el ELN, que pide como condición desmilitarizar tres municipios del Sur de Bolívar.

El Estado narco-paramilitar moviliza, bajo presión, a la población del Sur de Bolívar contra la zona de diálogos. Se inicia

una gigantesca operación militar y paramilitar contra el ELN en el Sur de Bolívar. Se suceden más de 70 combates con bajas de ambas partes.

2001

El ELN da por terminada la interlocución con el gobierno. Las operaciones militares se multiplican por todo el país. El paramilitarismo, convertido en política de Estado, bajo la Doctrina de Seguridad Nacional, golpea a la población de las zonas de presencia guerrillera y los liderazgos sociales y políticos alternativos.

2002

Por iniciativa del ELN se inicia en Cuba la *Cumbre por la Paz*, con la participación de unos 100 invitados. En agosto se inicia el mandato de Álvaro Uribe Vélez, político liberal ligado a las mafias del narcotráfico.

2003

A la par de la búsqueda del diálogo, en comunicado conjunto se anuncia la realización de una campaña del ELN y las FARC en el Sur de Bolívar y el nordeste antioqueño. En septiembre 13 turistas extranjeros son retenidos en la Sierra Nevada de Santa Marta. La acción permite denunciar la masacre de indígenas y la grave crisis humanitaria de la región.

En octubre el ELN derriba un avión OV-10 norteamericano que fumigaba zonas campesinas en el Catatumbo. El piloto, un contratista costarricense, murió.

El 30 de diciembre, en una operación conjunta, las FARC y el ELN atacan posiciones paramilitares ubicadas en los corregimientos de Pozo azul (municipio de San Pablo) y Monterrey (municipio de Simití) en el Sur de Bolívar. El paramilitarismo sufre más de 60 bajas.

2004

Luego de cuarenta años de lucha, una mujer guerrillera es promovida por primera vez a la Dirección Nacional del ELN. Este nombramiento se hace a la Comandante Paula quien desde los 15 años realizó su ingreso a las filas de la Organización. Paula comandará varios años el Frente de Guerra Darío Ramírez Castro.

El régimen narco-paramilitar de Uribe desata la más feroz persecución contra dirigentes sociales. Miles son detenidos arbitrariamente y otros son asesinados. El ELN realiza 45 ataques a la infraestructura petrolera y resiste al ingreso de las empresas transnacionales a los territorios campesinos e indígenas.

En junio, el Comando Central del ELN presentan en el recinto del Senado de Colombia, una propuesta de negociación basada en el cese bilateral del fuego, un acuerdo humanitario y la libertad de todos los presos políticos.

En julio el ELN realiza un paro armado en todo el Oriente colombiano; rechaza la propuesta de tregua del gobierno de Uribe y hace énfasis en que la salida al conflicto debe ser integral.

2005

El ELN denuncia que la desmovilización de los paramilitares anunciada por el gobierno es “una farsa”. Inicia una campaña de resistencia nacional y recupera amplios territorios copados por fuerzas militares y paramilitares.

Por gestión de varios países y personalidades se inicia una nueva ronda exploratoria entre el gobierno y el ELN. Ésta se agotará dos años más tarde al negarse el gobierno a discutir una agenda de cambios estructurales y centrar su propuesta en la desmovilización.

2006

Es reelegido para un segundo mandato Álvaro Uribe Vélez.

En medio de grandes operaciones militares del enemigo, se realiza el IV congreso del ELN “Comandantes Manuel Pérez y Oscar Santos” donde se traza un camino de unidad revolucionario en el *ser con otros*. De allí surge una propuesta de Nación, Paz y Equidad; se profundiza en la necesidad de una amplia fuerza social de transformación y se afianzan las concepciones de Vanguardia Colectiva y Poder Popular.

En febrero la Comandancia del ELN se reúne con 4 obispos colombianos en Cuba para explorar nuevos caminos de paz y solución política.

2007

Todo el esfuerzo del ELN se centra en contribuir a la reconstrucción del movimiento popular. De forma simultánea se multiplican los combates en la zona de presencia histórica de

la insurgencia. Se suceden combates en Nororiente, Arauca, Suroccidente y Chocó. Se da por terminado el diálogo con el gobierno.

El 25 de enero muere en combate el comandante José María, del Frente de Guerra Central, luego de varios días de enfrentamiento con el Ejército gubernamental.

En mayo el ELN dice que el gobierno debe detener el Tratado de Libre Comercio (TLC) con los Estados Unidos y propone la realización de un plebiscito para decidir el futuro del mismo.

En octubre, ante la insistencia de varias organizaciones sociales, el ELN declara un cese al fuego de 24 horas para permitir el desarrollo de la jornada electoral.

2008

Año de intensificación de las operaciones militares contra-insurgentes con directa participación norteamericana. Son asesinados los comandantes de las FARC Raúl Reyes e Iván Ríos. Muere el histórico comandante de las FARC Manuel Marulanda Vélez.

En abril el ELN propone un amplio Acuerdo Nacional para salir de la crisis. Entre octubre y diciembre varias estructuras del ELN lanzan una ofensiva militar en el Nororiente, Sur de Bolívar, Cauca, Nariño y Arauca.

2009

Es el penúltimo año de gobierno de Álvaro Uribe, el cual en alianza con fuerzas de derecha mafiosas, promueve y se

beneficia de varios negocios fraudulentos, como la apropiación de tierras urbanas y rurales por parte de sus hijos y el desfalco del presupuesto agrario a través de Agro Ingreso Seguro. Se mantiene e intensifican las operaciones militares sobre los territorios con apoyo directo de los Estados Unidos.

El ELN mantiene una confrontación de resistencia en varias regiones, al tiempo que insiste en que debe haber un diálogo de paz con participación de la sociedad. En octubre de este año, luego de un enfrentamiento armado, se fuga de la cárcel de Arauca el Comandante Pablito del ELN.

2010

Los meses finales de la presidencia de Álvaro Uribe se ven salpicados por capturas e investigaciones de sus copartidarios ligados a casos de parapolítica y narcotráfico. En Agosto asume la presidencia el liberal Juan Manuel Santos. En Septiembre, con la utilización de más de 2 toneladas de explosivos asesinan al comandante de las FARC Jorge Briceño, también conocido como Mono Jojoy.

El ELN enfrenta varias guerras en los territorios: contra las fuerzas gubernamentales, contra fuerzas paramilitares y en algunos departamentos se presentan enfrentamientos con unidades de las FARC.

2011

A un año de posesionado Juan Manuel Santos, el gobierno colombiano desarrolla una estrategia combinada de exploración de diálogos con las FARC y el ELN, y fortalecimiento de la acción militar en los territorios. En Noviembre es asesinado

Alfonso Cano, máximo comandante de las FARC y responsable de la interlocución con el gobierno.

El 20 de diciembre en un combate desigual muere la comandante Yesenia, su campamento en el Sur de Bolívar fue atacado y bombardeado. Desde 1999 fue nombrada miembro de la dirección del frente de Guerra Darío Ramírez Castro del ELN, comandancia que ejerció hasta el día de su muerte.

Tras el acuerdo que terminó la confrontación militar con las FARC, el ELN desarrolla un plan de expansión territorial; el año 2011 se registra como uno de los de mayor accionar en varios departamentos del país.

2012

El gobierno de Juan Manuel Santos desata una acción política acorde al mandato de los EEUU, que busca reconectar al país con el circuito económico mundial. Se firma el Tratado de Libre Comercio con EEUU y se realiza en el país la Cumbre de las Américas.

En Oslo, Noruega, se inician conversaciones formales entre las FARC y el Gobierno.

El ELN mantiene conversaciones discretas con el gobierno de Santos, las cuales son suspendidas de forma unilateral por la parte gubernamental.

2013

Mientras continúan las conversaciones entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC, diversos sectores sociales se movilizan pidiendo garantías de derechos humanos y

condiciones para la producción agrícola. A comienzos de año, campesinos y pequeños productores cafeteros realizan un paro nacional; luego se movilizarán campesinos de Arauca, Catatumbo, Eje Cafetero, indígenas, comunidades afrodescendientes, hasta confluir todos en un Paro Agrario Nacional en agosto. De este paro surgirá el proceso social denominado Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular.

Muere el presidente Hugo Chávez Frías y con su muerte se debilitan las relaciones y apoyos a Colombia en el proceso de paz con las FARC y especialmente la facilitación con el ELN.

2014

Es elegido para un segundo periodo presidencial Juan Manuel Santos. Continúan las conversaciones de paz entre las FARC y el gobierno en medio del conflicto, hasta que en diciembre de este año, las FARC deciden decretar un cese al fuego unilateral indefinido.

El gobierno de Santos decide hacer oficial los diálogos con el ELN. Los comandantes Antonio García y Pablo Beltrán, del Comando Central, encabezan la delegación de diálogos de la insurgencia.

2015

En enero el ELN realiza su V congreso “Raíces, luchas y esperanzas junto al pueblo”. Se habilita un nuevo esfuerzo de solución política que da paso a los diálogos.

El ELN cumple 50 años de haber sido fundada como organización guerrillera. Nicolás Rodríguez Bautista anuncia que

se encuentra en un 80% la agenda de negociación pactada con el gobierno. El ELN y el gobierno hacen público el inicio de una fase exploratoria y pública de diálogos.

Las FARC anuncian que mantienen el cese al fuego unilateral indefinido acogiendo el llamado de los países que acompañan el Proceso de paz en Colombia.

El domingo 14 de junio, muere Marquitos responsable de la conducción en varios Frentes y Compañías del Frente de Guerra Darío Ramírez Castro del ELN. Marcos recibió un impacto mortal por un francotirador del ejército estatal, cuando atendía la visita de sus hijos en una casa campesina del municipio de Remedios, Antioquia.

2016

Muere en combate Omar Darío Gómez, (Alejandro), Con más de 30 años de militancia en el ELN, era el tercero en la comandancia del Frente de Guerra Occidental. Omar provenía del movimiento de artistas populares del nororiente del país.

En enero es retenido el político Odín Sánchez, quien fue acusado por la justicia colombiana de tener nexos con paramilitarismo. La retención del político por parte del ELN tenía como intención denunciar el saqueo y la corrupción de las finanzas públicas del departamento del Chocó ubicado en el pacífico colombiano.

En marzo se instala la fase pública del proceso de paz entre el ELN y el gobierno nacional, con una agenda de 6 puntos:

1. Participación de la sociedad en la Construcción de la Paz,
2. Democracia para la Paz,
3. Transformaciones para la Paz,

4. Víctimas, 5. Fin del conflicto: El objetivo de este punto es ponerle fin al conflicto armado para erradicar la violencia en la política y propiciar el tránsito del ELN a la política legal, 6. Implementación.

Se aprueban las zonas de concentración para las FARC, instancia en la que la guerrilla dejará las armas una vez que se firme la paz.

26 de septiembre: Se firman los Acuerdos de Paz de La Habana, entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en Cartagena, luego de 4 años de negociaciones.

2 de octubre: Se realiza el Plebiscito sobre los acuerdos de paz que buscaba que la ciudadanía refrendara o rechazara lo pactado en La Habana entre el Gobierno de Colombia y las FARC. Finalmente ganaría el «No» por un corto margen con 6.431.372 votos; las dos opciones superaron el umbral electoral del 13%, solo el 37% de los habilitados para votar lo hicieron y el país espera con incertidumbre lo que pueda ocurrir con los acuerdos.

5 de octubre: Miles de estudiantes salen a las calles de Bogotá a protestar en silencio en contra del resultado obtenido en el plebiscito sobre los acuerdos de paz.

El Congreso de la República refrendó el nuevo texto de acuerdo de paz con las FARC, con lo cual se inician los procesos de cese al fuego bilateral y definitivo, dejación de armas y reincorporación a la vida civil del movimiento guerrillero.

2017

Comienza la fase pública de los diálogos de paz entre el gobierno y el ELN en Quito, Ecuador.

Mientras se desarrollan los diálogos de paz, las fuerzas gubernamentales empiezan a copar militarmente todos los territorios donde hace presencia el ELN. En julio es asesinado por un francotirador el Comandante Roque, en zona rural del municipio de Ricaurte, departamento de Nariño.

El Consejo Nacional Electoral otorgó reconocimiento político al movimiento denominado Voces de Paz y Reconciliación, que es el partido que representará a las FARC en los eventos políticos.

En un acto solemne realizado en Mesetas (Meta), las FARC terminaron la entrega de sus armamentos a la misión de la ONU en presencia del presidente Juan Manuel Santos, cumpliendo con el proceso de dejación de armas establecido en los Acuerdos de paz e iniciando el proceso de participación política.

Se inicia un cese al fuego bilateral entre el gobierno y la guerrilla ELN como parte de los acuerdos decretados en los diálogos de paz que se desarrollan en Quito. Es el primer acuerdo de este tipo logrado entre el Gobierno colombiano y el ELN en 53 años. Un avance inédito en materia de negociación en la historia de la organización guerrillera.

2018

En enero fallece en La Habana la comandante Paula, “La perla negra” del ELN, integrante de la Dirección Nacional y de la Delegación de paz.

Una serie de acciones militares atribuidas al ELN contra las fuerzas militares en varios departamentos ocasionaron la suspensión de los diálogos de paz en Quito. El ELN aclara que son acciones defensivas ante operaciones militares del ejército gubernamental en sus territorios.

Es asesinado el comandante del ELN, Jacob David Acuña Gelis, “Samuelito”. Fue asesinado en San Pablo (Bolívar) por un francotirador del ejército. Durante meses la inteligencia militar fue siguiendo sus pasos. En el momento de su asesinato “Samuelito” se encontraba de civil y sin armas. La fuerza de élite gubernamental, incumpliendo los tratados internacionales decidió asesinarlo.

Comienza el ciclo V y es interrumpido por el retiro del apoyo del presidente de Ecuador Lenin Moreno a la mesa de diálogos. Se traslada la mesa a Cuba y retoman actividades en mayo.

El ELN anuncia cese unilateral de fuegos para la jornada electoral presidencial.

El 12 de marzo, el presidente Juan Manuel Santos ordenó reactivar los diálogos de paz con el ELN en Cuba, tras cumplir el cese el fuego unilateral que anunció por la jornada electoral.

Es elegido Iván Duque, del partido de derecha Centro Democrático, como presidente de Colombia.

2019

En enero el ELN derriba un helicóptero de valores Brinks en Norte de Santander y retiene a sus tres tripulantes, quienes posteriormente fueron liberados, los cuales custodiaban 1.700

millones de pesos (unos 531.000 de dólares) en efectivo. Esta acción se realizó para financiar la lucha revolucionaria.

En el mismo mes, un comando del ELN ataca con explosivos la Escuela de Policía General Santander, causando más de 20 bajas entre cadetes que hacían carrera de oficiales y suboficiales de la policía colombiana.

El presidente de Colombia Iván Duque levanta la mesa de diálogos de paz con el ELN. La situación de los líderes sociales empeora y a mediados del 2019 la cifras contabilizan a más de 600 líderes sociales asesinados en Colombia y más de 98 ex combatientes de las FARC asesinados luego de la dejación de armas. En más de 80 ciudades de Colombia y el exterior realizaron multitudinarias marchas por la Vida, en protesta por los asesinatos de líderes sociales en el país, en defensa del proceso de paz y la reactivación de los diálogos de paz con ELN.

El 04 de julio el ELN cumple 55 años como organización guerrillera. En este Aniversario de conmemoración de su fundación el ELN reafirma la validez de la rebeldía ante unas clases dominantes cebadas en su guerra contra la sociedad, que obliga a todos los revolucionarios a resistir y a luchar junto el pueblo por el poder, dentro de su carácter de fuerza rebelde levantada en armas.

El conflicto social y armado se extiende y multiplica por todo el territorio nacional, incluidas las antiguas zonas de influencia de las FARC. Los Estados Unidos operan y dirigen la intervención sobre Venezuela desde territorio colombiano.

En agosto a sus 83 años muere Pablo Matheus, campesino que en 1983 junto a cuarenta líderes del movimiento cooperativo, comunal y de la ANUC, tomaron el camino de la

rebelión armada y constituyeron en 1980 el Frente Domingo Laín del ELN. Daniel, como fue conocido en el ELN, fue miembro de la Dirección Nacional y condujo a la organización junto a Manuel Pérez y Nicolás Rodríguez Bautista.

El 29 de agosto, luego del incumplimiento de los acuerdos de paz de la Habana, la persecución política, el asesinato a líderes sociales y a ex combatientes de las FARC, y después del intento de extradición de Jesús Santrich a los Estados Unidos, una parte del grupo que estuvo en las negociaciones de paz anuncian nuevamente su rearme, dejando en claro que su lucha es en contra de la oligarquía Colombiana, por las clases más vulnerables de Colombia. Expresan que busquen alianzas con el ELN.

Presentación de la *Colección Realismo y Utopía*

“*Realismo y utopía*” es una de las primeras colecciones que impulsamos desde la Editorial El Colectivo, cuando comenzamos a pensar libros de intervención política que acompañaran las apuestas y los interrogantes de quienes estábamos imaginando nuevos caminos para las luchas populares de nuestro tiempo. Tal como planteamos en aquel momento, asumimos hoy la tarea de continuar con la difusión de ideas a partir de la edición de libros, como parte de una colaboración “desde abajo”, orientada a la construcción de un espacio de convergencia entre luchadores y luchadoras de diversas experiencias y tradiciones. Luego de más de 10 años de trabajo, reafirmamos nuestra voluntad de que la editorial conforme un espacio desde el cual proyectarnos, conjunta y creativamente, con una perspectiva antiimperialista, anticapitalista y de emancipación social: una construcción colectiva capaz de impulsar otra política y otra forma de hacer política.

Creemos haber cumplido, desde *Reflexiones sobre el poder popular* hasta la publicación que aquí nos convoca, la apuesta por ofrecer una colección en la que cada libro publicado represente un aporte sobre determinado tema y, al mismo tiempo, pueda dialogar con los que lo preceden y articularse con los que le sigan, como eslabones de una construcción necesariamente colectiva, plural y abierta. Una colección que permita la expresión de autores y autoras que, asumiendo e integrando la experiencia viva de las luchas y de las construcciones populares, en toda su riqueza y diversidad, las fecunden con aportes analíticos, teóricos y políticos. Una colección que sirva a una militancia consciente y comprometida en la lucha por la emancipación de quienes son oprimidos, explotados, desposeídos, por un capital cada vez más depredador y destructivo.

Estamos presentando una colección que no quiere “bajar línea”, sino dar un soporte material e ideal para contribuir al desarrollo de una nueva cultura militante y de una genuina práctica revolucionaria, basada en la vieja y probada máxima de la Asociación Internacional de Trabajadores: “La emancipación de la clase trabajadora será obra de los trabajadores mismos”. En fin, es esta una colección de y para compañeras y compañeros.